



FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

**CONSTRUCCIÓN DE LAS NUEVAS AMENAZAS DEL ORDEN
INTERNACIONAL; LA NARRATIVA DEL ESTADO FALLIDO EN EL CASO
DE AFGANISTÁN**

Trabajo de titulación presentado en conformidad con los requisitos establecidos
para optar por el título de Licenciado en Ciencias Políticas y Relaciones
Internacionales

Profesor Guía
César Hernán Escudero Martínez

Autor
Michael Daniel Revelo Arellano

Año
2015

DECLARACIÓN DEL PROFESOR GUÍA

“Declaro haber dirigido este trabajo a través de reuniones periódicas con el estudiante, orientando sus conocimientos y competencias para un eficiente desarrollo del tema escogido y dando cumplimiento a todas las disposiciones vigentes que regulan los Trabajos de Titulación”

César Hernán Escudero Martínez
Magíster en Relaciones Internacionales
CI: 1702400589

DECLARACIÓN DE AUTORÍA DEL ESTUDIANTE

“Declaro que este trabajo es original, de mi autoría, que se han citado las fuentes correspondientes y que en su ejecución se respetaron las disposiciones legales que protegen los derechos de autor vigentes.”

Michael Daniel Revelo Arellano

CI: 1715823785

DEDICATORIA

Si bien debería incluir en la presente dedicación a diversas personas que me ayudaron a lo largo de mi carrera universitaria, ya sea como compañeros, amigos profesores, colegas del trabajo, a los cuales les agradezco por todo, el presente trabajo, sin lugar a duda, es dedicado de forma entera a mi familia, sin los cuales no pudiese haber concluido, más bien, ni siquiera pudiese haber empezado mis estudios. Para agradecerles todo lo que han hecho por mí, en estos 22 años de vida debería redactar al menos cien tesis como la que me encuentro presentado, toda vez que el esfuerzo inconmensurable de mi Padre, Madre, Hermanos y mi Sobrina día a día me ha permitido alcanzar este primer paso en mi desarrollo profesional; por ello, decirles gracias por todo lo que han hecho.

RESUMEN

El presente trabajo de investigación se propuso conocer de dónde y con qué fines surgió la terminología de Estado fallido. Para ello, se optó utilizar la teoría de la securitización, misma que sienta las bases metodológicas para analizar el surgimiento de una problemática internacional por medio de los discursos emitidos por un actor relevante. Para ese fin, se analiza la actuación de un agente así como el contexto en el que toma lugar, con base en el análisis de la narrativa discursiva. El sujeto de estudio escogido fue el gobierno de los Estados Unidos durante la presidencia de George Walker Bush, quien aprovechando la coyuntura que devino a partir de los atentados terroristas del 11 de septiembre erigió un discurso para caracterizar a ciertos Estados bajo la concepción de fallido, con especial deferencia aquellos que tuviesen una ‘conexión’ con el terrorismo, mismo que fue legitimado por otros gobierno de occidente y diversos centros académicos y Think Tanks quienes inclusive desarrollaron modelos para medir cuan efectivo resulta ser un Estado. Bajo esta lógica, estos países se convirtieron —como el caso de Afganistán—, en una de las amenazas a la seguridad internacional. Ante ello, diferentes medidas de emergencia, se tomaron con afán de subsanar la crisis interna de estos países; empero, las medidas tomadas resultaron ser inefectivas y, de igual forma, los modelos analíticos se equivocaron a la hora de evaluar el fallo de un Estado. Esto, permitió demostrar que esta narrativa en torno a los Estados fallidos, fue otro discurso más del excepcionalismo estadounidense, por medio del cual este país, procuró expandir su modelo político —democracia-liberal—sin importarle en demasía, los verdaderos problemas que afectan a estos Estados, más aún, cuando al analizar en qué medida son problemáticos los Estados fallidos, se pudo concluir que si bien si afectan a la comunidad internacional, en muchas oportunidades sus problemas internos son consecuencia misma de las falencias provocadas por las grandes potencias internacionales tal como se pudo comprobar con el caso de Afganistán.

ABSTRACT

The principal aim of the following thesis pursue was to understand how the terminology of failed state appeared, due to, at the present moment, this is one of the most common conceptions use in the international relations field. For that purpose, the present document used the theory of securitization, since this theoretical model explains how the problematic that affect the international system are configured. The actor that was chosen for analysis was the government of the United States under the mandate of the President George Walker Bush, whom taking advantage of the context that arose after the September eleven terrorist attacks mold a discourse for characterize some states as failed ones, especially those that have some ties with the international terrorism. In this particular topic, what matter the most was to understand how he was so persuasive, that other western state and particularly *Think Tanks* legitimated his words by developing models as a way toward to measure the governmental capacity in different fields, and even suggesting external solutions to its internal problems. Nevertheless, when this discourse became a palpable policy, the measures that were taken, to ameliorate the situation among these countries, turned to be so ineffective. This and others inconvenient at the end prove that this policy was another example of the U.S excepcionalism directive, under which, that country is willing to expand its way of life towards the whole world. The problematic surrounding this, is that in order to achieve this, the government of that country does not measure how they are going to affect countries and population around the globe, as the case of Afghanistan proved it, when they try to impose a liberal-democratic political system.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	1
MARCO TEÓRICO	3
CAPÍTULO I: LA CONSTRUCCIÓN DE LA NARRATIVA DE ESTADO FALLIDO	11
1.1. Contexto	11
1.1.1. Las potencias y el llamado Tercer Mundo	12
1.1.2. El inicio del unilateralismo, los problemas en Somalia, Ruanda y Afganistán y los Estados hostiles.....	16
1.2. El 11 de septiembre, el surgimiento del terrorismo y su correlación con los Estados fallidos	25
1.3. La democracia y la libertad valores no concebidos en los Estados fallidos	34
1.4. Seguridad, democracia, libertad y cooperación para enfrentar a los Estados fallidos desde la academia y la política.....	45
1.4.1 Medidas de política exterior tomadas por el gobierno de Bush	45
1.5. Respuesta de la comunidad internacional frente a la amenaza de los Estados fallidos	49
1.6. La aceptación de la academia y la elaboración de los modelos de medición de los Estados	55
1.7. Conclusión.....	61
CAPÍTULO II: EL MANEJO RETÓRICO DE GEORGE BUSH Y LOS PROBLEMAS EN LA NARRATIVA DISCURSIVA SOBRE LOS ESTADOS FALLIDOS.....	63
2.1. El excepcionalismo de EE.UU.	64
2.1.1. Religión, libertad-liberalismo y democracia desde la concepción estadounidense.....	67
2.2. Los valores liberales en el Discurso de Bush	72
2.3. Deficiencias de la política exterior de EE.UU. en contra de los Estados fallidos	87
2.4. El Orientalismo	90

2.5. Los Estados fallidos y su real amenaza a la seguridad internacional	92
2.5.1 Armas de destrucción masiva	94
2.5.2. Crimen Organizado Transnacional	95
2.5.3. Propagación de enfermedades infecciosas.....	96
2.6. Democracia y libertad para los Estados fallidos	97
CONCLUSIONES.....	103
REFERENCIAS.....	108

INTRODUCCIÓN

¿Qué es un Estado fallido? O más bien ¿Quién determina lo que es un Estado fallido? La cuestión de la debilidad de los Estados y su potencial falla puede entenderse como un fenómeno social que ha existido a lo largo del tiempo; mas, su importancia relativa dentro de los estudios de seguridad internacional tiene un desarrollo reciente.

Si bien desde la década de los ochenta, se llevaron a cabo las primeras aproximaciones que buscaban indagar sobre la debilidad de las estructuras gubernamentales en los Estados que formaban parte del llamado tercer mundo y, en cambio, en los noventa se presentaron diferentes sucesos que mostraron cual caóticos pueden resultar ser las conflagraciones sociales que tomaban lugar en este tipo de países a lo largo de África, Asia y Europa, solo como consecuencia de los atentados terroristas de 11 septiembre de 2001 —de ahora en adelante llamado 9/11—, el Occidente empezó a hablar de Estados fallidos.

La reorientación de la narrativa discursiva y las nuevas medidas en términos de política exterior que se evidenciaron después de ese evento conllevaron a una transformación substancial en la conceptualización acerca de este fenómeno. Justamente, en aquel entonces, la construcción de enemigos y significados por medio del discurso devino parte de la palestra pública internacional, habida cuenta que el 9/11 fue utilizado por parte de EE.UU. y otros Estados de Occidente para legitimar, por medio de la palabra y las acciones, la modificación de su política exterior al momento de delimitar nuevas amenazas al orden internacional.

Fue consecuencia de ello, tal como dice Stephen Walt citado en Patman (2006), que la política exterior de EE.UU. viviera la transformación más rápida en la historia, toda vez que, Bush logró constituir —e inclusive legitimar— su política de guerra total en contra del terrorismo global. Esta modificación se dio de tal manera, que una nueva doctrina emergió en el seno de la política exterior

estadounidense. La llamada *Doctrina Bush* —término que responde a las expresiones y mandatos realizados durante la presidencia de George Bush hijo— se basó en la persecución a los terroristas y a aquellos Estados que les otorguen algún tipo de refugio a estos grupos (Jones, 2005).

Empero, llegó un momento donde esos Estados también fueron acusados de permitir que se gesten diversos males que afectan la paz mundial como lo es el narcotráfico, la proliferación de armas de destrucción masiva, la propagación de enfermedades infecciosas y más que nada, se convirtieron en agentes que amenazaban la paz liberal y democrática, misma que forma parte de la agencia de política exterior de EE.UU. Por ello, en la primera página de la Estrategia de Seguridad Nacional de la administración Bush, se podía encontrar que en aquel entonces, EE.UU. se encontraba más amenazado, no por Estados con afanes expansionistas sino por los ‘Estados fallidos’ (The White House, 2002).

A esta idea se adscribieron, no solo gobiernos sino también, diferentes centros académicos y *Think Tanks*, quienes empezaron a generar sus propios modelos de estudio bajo los cuales medían el nivel de eficiencia de cada Estado y por medio de estos, determinaban qué país era fallido y cuál no lo era.

En este punto, lo que se demanda y que a su vez se constituyen como las ideas centrales del presente trabajo de investigación, es entender ¿cómo EE.UU. erigió esta narrativa discursiva? ¿Cuáles fueron las medidas que optó? ¿Cuánto respaldo logró obtener? ¿En qué estuvo basado su discurso? ¿Qué rol desempeño Bush? Y ¿Cuáles fueron las consecuencias? Solo así se podrá examinar cuál fue el alcance real de la narrativa discursiva de Estado fallido.

Para llevar a cabo aquello, se procederá a delimitar que contexto caracterizó al concierto internacional previo al 11 de septiembre y como con los atentados de aquel día se presentó una crisis en el orden social y, a partir de ello, emergieron enemigos para darle un nombre y significación. Segundo, se identificará como las nuevas narrativas discursivas construyeron sus propios

imaginarios y sobre qué valores estuvieron basados. Tercero, se explicarán cuáles fueron las diferentes soluciones planteadas. Cuarto, se delimitará cuál fue la reacción de la comunidad internacional ante estas medidas tomadas. Quinto, se detallará que modelos de investigación emergieron desde las *Think Tanks* para caracterizar a este tipo de Estados. Sexto, se explicará la importancia que poseen los valores usados en el discurso dentro del imaginario colectivo del actor que los empleó. Séptimo, se detallará el rol que desempeñó el actor principal en la configuración de este discurso. Octavo, se analizará en contraste las deficiencias de las políticas implementadas para contrarrestar el problema de los Estados fallidos. Y Noveno, se rebatirá el verdadero alcance que tiene la problemática en cuestión.

MARCO TEÓRICO

Para indagar en torno a la construcción de la narrativa discursiva de Estado fallido, se procederá a utilizar el enfoque constructivista de las relaciones internacionales a través de la teoría de securitización de la Escuela de Copenhague. Esto se debe a que la corriente neorrealista y neoliberal a pesar de su contribución académica, no permiten evaluar en su totalidad porque el surgimiento de nuevas problemáticas en términos de seguridad internacional llegan a ser considerados de tal importancia por parte de los actores que a su vez, le han otorgado tal significación.

Por un lado, para los neorrealistas la concepción de seguridad se ve reflejada en términos de defensa a ultranza del territorio nacional y la búsqueda de la supervivencia propia de su territorio, ambas que se constituyen en la naturaleza del Estado y su interés principal respectivamente. Es por ello, que el surgimiento de un objeto u agente que amenace la seguridad de un Estado sería enfrentado de forma militar, dado que al no existir una autoridad central dentro del sistema anárquico que rija sobre el sistema y también, como consecuencia de la falta de confianza que se tiene hacia otros Estados lo que impide a su vez la cooperación, cada actor tendrá que solventar el problema por su cuenta y la mejor forma de hacerlo es por medio de la fuerza (Waltz, 1979). Como se puede observar, la anarquía intrínseca del sistema internacional es la que obliga a que los Estados reaccionen de forma militar, por la presión que le ejercen. Esto a su vez conlleva a que la naturaleza humana propia de los agentes como gobernantes o diplomáticos no importe, en la toma de decisiones ya que al verse sometidos por el sistema, estos no tienen capacidad de acción diferente que la de procurar la defensa a ultranza de su Estado (Waltz, 1979).

Por otro lado, para la corriente neoliberal, la seguridad dejó de ser el principal interés en el ámbito de las relaciones internacionales para los Estados y los demás agentes. Si bien Robert Keohane y Joseph Nye (2001) —máximos exponentes de esta corriente— creen que el uso de la fuerza militar podría ser

usado para hacer frente a las diferentes amenazas que busquen mermar la seguridad de un Estado, ellos a su vez consideran que dado que las sociedades hoy en días se encuentran interconectadas por diferentes medios, la interdependencia compleja que existe entre los agentes los obliga a buscar otras medidas para solventar sus discrepancias, más aún, si hay regímenes internacionales donde las entidades gubernamentales podrían solventar los problemas. Bajo esta visión, si surge una nueva problemática hacia un Estado, por medio de la cooperación internacional, la presión económica o el mismo trabajo de una entidad gubernamental podrían dar una solución al inconveniente, siempre y cuando todos los actores involucrados procuren maximizar el nivel de las ganancias absolutas de todas las partes y así mitiguen los efectos no tan nocivos que posee la anarquía del sistema internacional (Keohane y Nye, 2001).

En cambio, a diferencia de estas dos visiones, el constructivismo se plantea estudiar la forma como los agentes actúan en torno a los objetos dado el significado que estos poseen para ellos (Wendt, 1992). En este punto, la forma como un Estado planea su política exterior y, por ende, su defensa hacia un objeto u hacia otro agente no solo dependerá de la búsqueda de su seguridad o supervivencia o la obtención de una ganancia absoluta, sino más bien, de la identidad que le ha otorgado ya sea al objeto. Como bien ejemplifica Wendt (1992), para EE.UU. el hecho de que Reino Unido y China tengan la misma cantidad de misiles y solo el armamento chino le preocupe demuestra como la identidad que se le otorgue a un objeto es la que delimitará en última instancia, la respuesta a tomar frente a tal acto.

Bajo este pensamiento, inclusive la anarquía resulta ser lo que cada actor piense sobre ella, habida cuenta que al ser otra construcción social depende de cómo es interpretada y enfrentada lo que a su vez construye un conocimiento intersubjetivo (Wendt, 1992). Todo proceso social resulta ser la construcción y reconstrucción de uno mismo, su ambiente y de la forma como se relaciona con los demás. Bajo este marco, el poder de las prácticas sociales yace en su

capacidad de reproducir los significados intersubjetivos que constituyen las estructuras sociales y a los actores que las llevan a cabo, dado que el sujeto está constituido por diferentes componentes como el conocimiento, las ideas, la cultura, la ideología y el discurso, que a su vez se convierten en otra vertiente más de poder para un actor (Hopf, 1998).

Aún más, el constructivismo ha adaptado el modelo empírico utilizado para comprender la realidad social, al hacer que el método científico tome en consideración la construcción social que se da a partir de la conjunción de las actuaciones intersubjetivas de los seres humanos. Por ello, para estos científicos los datos utilizados para investigar a la sociedad tiene que ser contextualizados, es decir, tienen que ser examinados con base en el ambiente social del cual forman parte, porque solo así se logrará entender su real naturaleza (Hopf, 2004).

Como consecuencia de ello, su enfoque dentro de las RR.II. posee el fin ulterior de ampliar la manera como se estudia al sistema en general, toda vez que propende investigar no solo el accionar de los actores macros, como son los Estados, sino más bien, procura entender de qué manera, los individuos y las sociedades influyen en la construcción de la realidad social que configura al concierto internacional. Es decir, el constructivismo analiza los eventos de las RR.II. no desde un punto de vista objetivo, sino desde una realidad social intersubjetiva (Onuf, 1998, citado en Steele, 2007). Para esta corriente, el mundo es construido por ideas sociales y conocimientos intersubjetivos, que se configuran y, a la vez, constituyen nuevas identidades y prácticas sociales. Aquí, los actores, así como los intereses que los sostienen y las estructuras dentro de los cuales operan, son definidos por normas sociales e ideas y no por objetos o condiciones materiales (Wendt, 1992). Y lo material se vuelve importante solo en la medida en que los conocimientos intersubjetivos producidos por los agentes demarquen que objetivos procuran ser alcanzados (Onuf, 1998, citado en Steele, 2007).

Bajo esta corriente, la seguridad se transformó en un tipo particular de política exportable dentro de un vasto abanico de temas susceptibles a ser *securitizados*, es decir, extraídos del debate normal y elevados al rango de emergencia (Buzan, Waever y de Wilde, 1998). Esto se debe a que esta, desde una visión constructivista, puede ser definida como una situación o estructura social compuesta de entendimientos intersubjetivos entre un grupo de actores determinados y no solo como un objeto racional que incumbe a los Estados. Como bien establece Waever, la seguridad es una vía para enmarcar y manejar un problema (1996).

En este sentido, Barry Buzan, Olive Waever y Jaap de Wilde (1998), autores que formularon esta teoría de la securitización, creen que para que un problema internacional sea considerado como sobresaliente, tiene que cumplir con los siguientes criterios:

Primero, un objeto o un agente tienen que ser considerados como una amenaza existente. Segundo, un acto discursivo tiene que ser creado para presentar o denunciar a dicho objeto. Tercero, acciones de emergencia deben ser tomadas en represalia. Esto se debe a que una vez establecido un problema como tema de seguridad el agente securitizador se encuentra facultado para utilizar medidas extraordinarias (Buzan, Waever y de Wilde, 1998). En este caso, la no utilización de estas medidas implicaría que el tema en cuestión quedaría solo en la retórica del agente securitizador. Cuarto, estas medidas deben ser abaladas por una audiencia que legitime la acción. Ya sean Estados, centros académicos o el público en general, la aceptación por parte de un grupo es la que en última instancia permitirá que el objeto en cuestión sea catalogado como una amenaza y por ello, apoye que se tomen cualquier tipo de medidas necesarias. Si la audiencia no acepta un problema como amenaza, este no sobrepasará ningún orden y seguirá siendo tratado a nivel político dentro de los Estados (Buzan, Waever y de Wilde, 1998).

Para que este proceso, se pueda llevar a cabo también se requiere que, un objeto o status valioso sea protegido (objeto referente) y que haya un actor que genere dicho acto discursivo (actor securitizador). La principal tarea de este actor es denunciar porque esta amenaza puede representar un problema y, para ello, por obvias razones, tiene que ocupar un cargo importante que le permita acceder a una audiencia considerable. En cambio, el objeto referente se refiere a cosas tangibles —seguridad personal— o cosas intangibles —valores— que forman parte de la esencia propia de un conglomerado de personas que habitan un lugar. Para Buzan, Waever y de Wilde, (1998, p.123) esta idea es entendida de la siguiente manera:

“Los objetos referentes en el sector societal son cualesquiera grandes grupos que mantengan lealtad y devoción de los sujetos en una forma y en un grado que puedan crear un argumento socialmente poderoso que es el “nosotros” somos amenazados. Históricamente, tales objetos referentes han sido bastante estrechos. Para la mayoría de las personas, tienen una base local o familiar”.

En este contexto, como se pudo ver en la descripción el análisis de la narrativa discursiva es vital para comprender la emergencia y delimitación de una problemática. Esto se debe a que el discurso es un medio que le otorga a un determinado actor el suficiente poder a través del cual puede alcanzar ciertos objetivos, y por ello, es imperante analizar, como este agente utiliza este medio.

En virtud de ello, se procederá a complementar esta teoría con el análisis de la narrativa discursiva. Como establece Neta Crawford (2004) cualquier contenido se construye a través del tiempo y la cultura; por ello, cada término posee diversas acepciones en diferentes periodos; mas, algo que no ha cambiado es la manera como ciertas estructuras y actores pregonan por construir significaciones que se adapten a su realidad y necesidades. Para ello, estos buscan reproducir, de manera constante, un conjunto de declaraciones y

prácticas a través de las cuales, cierto lenguaje es institucionalizado y normalizado a lo largo del tiempo (Neumann, 2008).

Bajo esta lógica, aparece la narrativa discursiva, cuya principal función es producir una realidad material a partir de las prácticas que invoca tal como determinan Cynthia Hardy, Bill Harley y Nelson Phillips (2004). En el mismo contexto, Laffey y Weldes (2004) enfatizan que esta narrativa no es una particular colección de palabras, sino un conjunto constitutivo de estructuras sociales y prácticas. Esto se debe, a que el discurso es el contenido y la construcción de significados y la organización del contenido en un campo en particular (Crawford, 2004). Bottici y Challand (2006) citados en (Esch, 2010) lo definen como un proceso continuo de trabajo sobre una narrativa común bajo la cual los miembros de un grupo social pueden proveer un significado a sus condiciones políticas y experiencia. Y en cambio, la narrativa propende a tipificar un mensaje que ancla emocionalmente en las personas. El mensaje debe ser claro, con referencias empíricas y reales de la vida cotidiana y, por eso, tiene que tratar de ocupar un lugar en el imaginario de los segmentos objetivos. Debe ser una cuestión del debate público, que esté en la agenda y que preocupe a diferentes segmentos, por distintos motivos (Weinsteiner, 2013).

Con base en estas definiciones, se delimita que el rol primigenio de una narrativa discursiva es crear realidades, significaciones y términos que reflejen determinadas características de los actores sociales. Esto sucede porque la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad (Foucault, 1999).

En otras palabras, la narrativa discursiva se configura a partir de quien controla los temas, el contexto del que forma parte y los términos que evoca, por el hecho de que al ejercer un poder sobre la situación social, los actores buscan

construir una realidad social que responda a sus intereses; en virtud de eso, estos configuran una nueva realidad para así legitimar su accionar, mediante la eliminación o el desprestigio de fuentes alternativas de información y de opinión (van Dijk, 1999). Además, al analizar esta narrativa, no solo se va a comprender la situación coyuntural que prima en ese determinado periodo, si no a la vez, se puede llegar a conocer cuáles fueron los objetivos ulteriores que motivaron a determinados actores para construir una determinada realidad social, más aún, si se enmarca en el campo de la seguridad internacional.

“En el discurso de seguridad, un aspecto es dramatizado y presentado como de suprema prioridad; en consecuencia, al etiquetarlo como de seguridad, un agente reclama la necesidad y el derecho a tratarlo por medios extraordinarios. Para que el analista aprehenda este acto, la tarea no es evaluar algunas amenazas objetivas, sino entender el proceso de construcción y compartir el entendimiento de los que se ha considerado y colectivamente respondido como amenaza. El proceso de securitización es lo que en lenguaje teórico es llamado un acto discursivo” (Buzan, Waever y de Wilde, 1998, p.29).

Por ello, para finalizar, el presente trabajo optará por utilizar estas corrientes teóricas para así cuestionar y debatir la forma como el Gobierno de EE.UU. a través de la retórica de su Presidente, Secretarios de Estado, agencias de Estado delimitó la narrativa de Estado fallido a través de la que convenció a otros Estados e inclusive *Think Tanks* para que se unan a su fin.

CAPÍTULO I: LA CONSTRUCCIÓN DE LA NARRATIVA DE ESTADO FALLIDO

1.1. Contexto

En primer término, para iniciar cualquier tipo de análisis de carácter social se debe comprender bajo que contexto un determinado evento se llevó a cabo ya que de esta manera, se puede entender tanto los eventos que afectaron a los diferentes actores, así como el porqué del accionar de estos. Teun van Dijk (1999, p.2) indica que el contexto consiste en:

“categorías como la definición global de la situación, su espacio y tiempo, las acciones en curso (incluyendo los discursos y sus géneros), los participantes en roles variados, comunicativos, sociales o institucionales, al igual que sus representaciones mentales: objetivos, conocimientos, opiniones, actitudes e ideologías”

En el ámbito de las Relaciones Internacionales —RR.II—. dentro de esta misma lógica, un Estado y sus líderes se ven en la necesidad de conocer el contexto del que forman parte. Como indica Greenblatt citado en Hopf (2004), la construcción de una narrativa discursiva, depende del contexto bajo el cual los textos, ya sean verbales o escritos, son producidos. Fierke en Herrera y Braumoeller (2004) inclusive explica que la necesidad de comprender el contexto dentro del análisis de la narrativa discursiva proviene desde la negación de separar a la ontología con la epistemología: lo que se conoce no puede ser separado de la manera como se conoció. Esto sucede, porque el contexto se constituye como la interacción social donde un determinado discurso representa las nociones que son compartidas por un grupo, como el conocimiento, las actitudes, la cultura y las ideologías, enmarcándose en lo que los usuarios del lenguaje construyen como relevante (van Dijk, 1999).

Por ello, quien llega a controlar el contexto, pueda gobernar la realidad, al ser esta una construcción intersubjetiva donde está en disputa quien logra obtener el poder.

Entonces, si se quiere examinar la construcción de la narrativa discursiva de Estado fallido, es perentorio saber cuál fue la coyuntura en la que erigió este discurso. Para ello, es imperante saber cómo se relacionó Estados Unidos con este tipo de Estados y, con ese fin, hay que situarse en términos de tiempo, desde los inicios de la Guerra Fría.

1.1.1. Las potencias y el llamado Tercer Mundo

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y con la pérdida del poder de los Estados colonizadores de aquel entonces, que en casi su totalidad eran los países europeos de occidente, devino un masivo proceso de descolonización tanto en África como en Asia. En ese mismo contexto, se llevó a cabo la consolidación del sistema bipolar caracterizado por la confrontación del capitalismo estadounidense en contra del socialismo soviético.

Dentro de esa coyuntura, las potencias mundiales reinantes, de forma conjunta, con la Comisión de Administración Fiduciaria de las Naciones Unidas y bajo la tutela de los antiguos países colonizadores como Francia, Reino Unido y en menor medida Portugal, Países Bajos y Bélgica, auspiciaron estos procesos independentistas. El principal rol que desempeñaron todos estos países fue el de delimitar las fronteras que albergarían a los nuevos Estados —desde su visión occidental.

En virtud de aquello, esas líneas demarcatorias territoriales fueron diseñadas de forma tan imprecisa que conllevaron a la separación de etnias, comunidades y culturas que habían vivido juntas a lo largo de los siglos (Bolaños, 2013) por todo África, Medio Oriente y en menor medida Asia. Entre los casos icónicos se tiene a Israel-Palestina, Corea del Sur-Corea del Norte, Pakistán-India, Ruanda-República del Congo-Sudán-Uganda, cada uno con sus particularidades; mas, con el mismo antecedente, que se declararon como Estados libres a finales de los cuarenta e inicios de los cincuenta.

Hoy en día en el seno de la Unión Africana de Naciones todavía se considera que esta delimitación se constituye como el principal obstáculo para la convivencia pacífica y el desarrollo económico y, por ello, se tiene una política de *Promoción de las fronteras como puentes* para la búsqueda de la paz, la seguridad y la estabilidad en el continente (Gobierno de la República de Guinea Ecuatorial, 2014). Esta concepción responde al hecho de que una misma etnia al ser separada de forma abrupta, dentro de un territorio resultaba ser el grupo mayoritario y solo al cruzar la frontera se convertía en la población minoritaria. Aún más, si se considera que no existió el debido periodo de transición, dada la vertiginosa salida de los países colonizadores y el no envío de cuerpos militares de paz, la situación que enfrentaron estas comunidades fue calamitosa. Como bien afirma Bolaños (2013), el enconamiento de las relaciones de convivencia entre las minorías y los gobiernos generó una dinámica de rebelión y represión. Se favoreció así el surgimiento de diversos grupos armados, que han combatido a la vez contra otras facciones enemigas y contra las fuerzas gubernamentales.

Ello además, sirvió como el escenario ideal para que las potencias emprendan su campaña global cuyo fin era acrecentar sus zonas de influencia y así consolidar su posición de hegemonía, mientras evitaban que su competidor los supere. Con base en esa lógica, fue común ver que EE.UU., patrocinará a aquellos gobiernos que defendían su misma ideología —caso Europa—, o al menos que estuviesen en completa oposición al socialismo —como las dictaduras de derecha en América Latina o África.

Esta tendencia propició que EE.UU. mantenga relaciones gubernamentales con aquellos regímenes, que se veían amenazados por diferentes grupos insurgentes, como guerrillas o movimientos separatistas, alrededor del mundo. En este punto, Gülseven (2005) recalca que las potencias occidentales les dotaban a estos gobiernos de ayuda económica y sobre todo militar para enfrentar cualquier tipo de sublevación con el objetivo de garantizar el orden y la estabilidad en la región.

De igual forma, los gobiernos que no fueron financiados por los estadounidenses, recibieron significativas aportaciones económicas por parte de los soviéticos, quienes por ejemplo en el caso de Argelia, que recibió USD 280 mil millones (Goldman, 1965) como préstamos —o más bien dadas—, obtuvieron cuantiosas sumas de dinero, apoyo militar y tecnológico.

No obstante, con el fin de la Guerra fría, las potencias mundiales dejaron de otorgar recursos financieros a estas zonas del planeta, habida cuenta que, ya no había la necesidad de competir por estas regiones. Esto se debió a que por el un lado, EE.UU. ya no concibió que era importante involucrarse, de forma activa, en estos lugares toda vez que con la separación de la URSS y, por ende, con la caída del modelo socialista, la posibilidad de que los países llegasen a optar por este sistema era mínimo. El Departamento de Defensa en su informe estratégico de 1995 que evaluaba el accionar de EE.UU. en África indicaba que EE.UU. no tenía ningún interés vital en ámbitos de seguridad en esa región. De igual manera, la recién restituida Rusia ya no se encontraba en condiciones de seguir proveyendo de ayuda económica y militar y más bien, re-direccionó todos sus esfuerzos para su política y economía interna.

Por ende, al tomar en cuenta que muchos Estados previos a la década de los noventa edificaron un modelo económico de carácter *rentista*, es decir se transformaron en países cuyos ingresos económicos de alrededor del 40% dependían de diversas ayudas financieras provenientes del extranjero (Sidky, 2007) tras la desaparición del sistema bipolar y al no haber consolidado un modelo económico diferente, enfrentaron diferentes afectaciones políticas y sociales provenientes tanto de ciudadanos que se encontraban aquejados por la constante carencia en la provisión de servicios, así como, la de ciertos grupos locales quienes al haber acumulado recursos a lo largo del tiempo los empezaron a explotar con afán de alcanzar el poder (Collier y Hoeffler, 1998).

En este punto, tanto la conflagración social interna que devino a partir de la delimitación arbitraria de fronteras y el fin del apadrinamiento de los Estados potencias, así como otros factores, conllevaron a un cambio en la dinámica del sistema internacional en términos belicistas. En aquel entonces, se constituyó un nuevo paradigma, con la disminución de enfrentamientos entre Estados y con el incremento de las conflagraciones internas. Este cambio en la naturaleza de los enfrentamientos armados —entre diferentes causales— tuvo como eje central a las minorías sectarias quienes o percibieron que la mayoría dominante enfrentaba diversos problemas y avizoraron que aquel era el momento para actuar y, con base en una difusa reivindicación de carácter étnico-religioso, como dirían Collier y Hoeffler (2002) sobre la base de *grievance*, empezaron a gestar violentas luchas armadas por el control total del poder, o más bien, fueron víctimas del gobierno de turno quien con afán de evitar esto último decidió ‘borrar del mapa’ a sus posibles adversarios.

Para la organización International Alert citada en Duffield (2001) este tipo de beligerancias son más devastadoras toda vez que se da una lucha entre civiles y grupos armados, lo que por lo general provoca asesinatos en masa, desplazamientos forzados, refugiados, migraciones y la ruptura de los patrones económicos, políticos y sociales establecidos.

Un caso que refleja esta tendencia tuvo lugar en Somalia. Para analizar *grosso modo* a este país, se tiene que considerar que en un principio este país se declaró Estado socialista, motivo por el que recibió gran apoyo por parte del soviet supremo convirtiéndose en un Estado satélite de Moscú. Sin embargo, por el apoyo que le brindó la URSS a Etiopía durante la guerra que sostuvo este último con los somalís, el gobierno de Mogadiscio decidió cambiar su orientación y para ello buscó el respaldo de EE.UU. (Diario El País, 21 de agosto de 1977).

En ese contexto, se consolidó la dictadura de Mohamed Barre, misma que fue auspiciada desde Washington que se encargó de otorgar una gran cantidad de

recursos económicos en forma de ayuda humanitaria y dotaciones armamentísticas (Embidi, 2007). Si bien en ese período ya se conocía que la situación en diferentes zonas del país era peligrosa, no obstante, ni la ONU, ni los países de occidente decidieron actuar. Esta situación cambió con la caída del régimen dictatorial de Barre a inicios de los noventa, a manos de diversos grupos separatistas que por años no recibieron el apoyo necesario por parte del Gobierno central y que aprovecharon que este, así como muchos otros regímenes no pudieron sobrellevar el fin de la Guerra Fría.

Al ver esta álgida situación social, EE.UU. actuó de forma militar conjuntamente con los Cascos Azules de la ONU. En este punto, para continuar con este análisis se procederá a detallar el contexto en el que se erigió esta actuación belicista desde la posición de EE.UU.

1.1.2. El inicio del unilateralismo, los problemas en Somalia, Ruanda y Afganistán y los Estados hostiles

Para indagar sobre el porqué de la actuación de EE.UU. se tiene que manifestar que durante la administración de George Bush Padre, se tenía plena confianza que esta país podía construir una nueva gran estrategia que haga frente al cambiante contexto global (Patman, 2006). Como demarca Zbigniew Brzezinski (2008), tras la desaparición del sistema bipolar, se creyó que era posible alcanzar una seguridad compartida. Los primeros acontecimientos coadyuvaron para que esta creencia gane aceptación. La implementación de medidas para evitar la proliferación de armas nucleares entre un número creciente de Estados, con especial deferencia las ex repúblicas soviéticas, y el trabajo en conjunto de diferentes Estados —inclusive con el patrocinio del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas— durante la Primera Guerra del Golfo fueron los cimientos sobre los que se construyó esta idea.

De igual manera, con el fin de la división que sufrió Europa, se llegó a pensar que el Viejo Continente se vincularía aún más con Estados Unidos a través de la comunidad atlántica. Esa comunidad, de connotaciones democráticas podría

servir como el núcleo tanto político como económico, para alcanzar la cooperación global responsable (Brzezinski, 2008).

En virtud de ese nuevo escenario, la intervención en Somalia se avizoraba que iba a ser exitosa. Entre 1992 y 1993 la ONU, conjuntamente con EE.UU. y otros países lanzaron esta operación de paz con el fin de garantizar la seguridad de la población somalí, e instaurar un gobierno de transición; no obstante, los resultados fueron totalmente opuestos. Ya con Clinton en el poder, se vivió el punto de inflexión de esta crisis, cuando 18 soldados americanos fueron asesinados durante una operación en Mogadiscio. Tras este evento, la opinión pública presionó para que el restante número de tropas sea traído a casa con afán de evitar un mayor número de pérdidas humanas. En cambio, dentro de Somalia la situación empeoró a tal punto que hasta hoy en día, aquel país vive una crisis sin precedente, con un gobierno en el sur y otro en el norte, ambos que se claman a sí mismos como legítimos.

Para EE.UU., este fracaso le demostró la imposibilidad de concebir un nuevo orden internacional pacífico, con base en la colaboración entre ellos y la ONU. A partir de dicha operación su accionar cambió de forma radical y como consecuencia de ello, afectó el desenvolvimiento en una de las crisis humanitarias más importantes de los noventa.

En este sentido, si bien EE.UU. no fue responsable en la consolidación de las políticas segregacionistas de Hutus sobre Tutsis, mismas que provienen desde el período pre colonial y que se acrecentaron de forma dramática durante la instauración de la República, hasta tal punto que la condición de vida de la etnia gobernada —tutsis— llegó a ser tres veces inferior a la de la etnia gobernante —hutus— (Patman, 2006). Y tampoco, tuvo que ver con el repentino magnicidio del General Juvénal Habyarimana, presidente ruandés, mismo que desencadenaría el genocidio que tomó lugar en este país. Lo que en cambio sí fue cuestionable, fue la forma en como actuó por medio de su vocera Madeleine Albright a la hora de frenar el cometimiento del genocidio,

toda vez que bloqueó el envío de un mayor número de Cascos Azules y además, retrasó el accionar del Consejo de Seguridad, al pedir la disminución del número tropas de la UNAMIR —Misión de Naciones Unidas de Asistencia en Ruanda— (Brzezinski, 2008). Con ello, este país —al igual que muchos otros— incumplió con la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio, de la que es parte desde 1981 y, a través de la cual, se ve en la obligación de intervenir para impedir y castigar los actos tendientes a destruir una nación, etnia, raza o grupo religioso (Brzezinski, 2008). Ya solo con la situación en un estado álgido —cuando ya habían más de 800 000 asesinatos, 1 000 000 de desplazados, violaciones y demás atrocidades humanas— decidió ceder en su posición y apoyó el envío de una misión de paz.

Estos dos acontecimientos, que si bien demandarían un análisis más exhaustivo para indagar sus diferentes problemáticas, para el presente análisis demarcan las siguientes directrices necesarias dadas las transformaciones que propiciaron para el sistema internacional. Como bien resalta Patman (2006), tras los eventos acaecidos en Somalia se produjeron cuatro modificaciones:

- La concepción de Estados fallidos emergió;
- Los conflictos sociales estaban caracterizados por la ausencia o la incapacidad del gobierno local;
- Las disputas bélicas se producían en su mayoría, como consecuencia de las diferencias étnicas, tribales, raciales y religiosas entre grupos;
- Se intensificó la postura de aquellos Estados que buscaban esparcir los cánones democráticos

En cambio, con la crisis en Ruanda, se pudo comprobar que a pesar de las masivas transgresiones a los derechos humanos, entre las que se incluye el asesinato, el desplazamiento forzado, las violaciones a niños, niñas y mujeres, el accionar de la comunidad internacional para responder a este tipo de amenazas se encontraba supeditado a las directrices emitidas desde EE.UU.

Este escenario claramente denota que ya para 1993 e inclusive 1994, se pudo haber manifestado que habían ciertos tipos de Estado que dado sus problemas estructurales internos, entraban bajo una nueva categoría que podría ser considerada como fallida, no obstante, en aquel entonces, ni EE.UU., ni el resto del occidente optaron por darle importancia. Más bien, la indiferencia con la que actuaron con respecto a África no sólo se demostró con Somalia o Ruanda, sino durante las Guerra civiles del Congo, Burundi, Uganda.

Mientras eso pasaba en esos países, Afganistán atravesaba por una situación similar. La mayoría de los problemas que por aquel entonces este país experimentaba eran consecuencia directa de la intervención soviética y estadounidense como parte de la guerra que este país experimentó desde inicios de los ochenta.

Es perentorio considerar que la *Afghanjihad*, que enfrentó a afganos y soviéticos con un saldo de un millón y medio de fallecidos y varios millones más de desplazados y refugiados (Sidky, 2007) fue otro ejemplo más de la lucha por el poder de las potencias de aquel entonces, tal como acaeció en Somalia. Afganistán antes del inicio de la guerra había recibido casi un billón de dólares en asistencia económica y militar desde Moscú; en cambio, desde Washington le entregaron medio billón de dólares, lo que derivó a que este país se vuelva en un Estado rentista. Tras el fin de la guerra fría, al igual que Somalia, el modelo económico colapsó para el gobierno y en mayor medida para la población civil no armada, cuando la ayuda económica proveniente desde EE.UU. y Arabia Saudita dejó de llegar —Riad entregó entre 6 y 9 billones de dólares en ayudas a los rebeldes afganos (Sidky, 2007) y Washington unos 3 billones de dólares (Shahrani, 2002).

Esto último desencadenó en que la estructura económica empezara a basarse en la producción y comercio de diferentes bienes ilícitos, como el opio, el tráfico de drogas y madera, el contrabando de gemas, bienes manufacturados en el occidente y antigüedades (Sidky, 2007). Otros bienes fuertemente

comercializados fueron las armas pesadas y ligeras, así como los equipos de comunicación, las computadoras, los satélites y las demás herramientas de coordinación militar que quedaron dispersas a lo largo del territorio (Sidky, 2007).

Este nuevo modelo económico fue utilizado por los diferentes grupos militares que habían peleado de forma en conjunta contra los soviéticos, mas, ante la ausencia del enemigo común y bajo el afán de lucro, estos se separaron en diversas facciones que ahora se enfrentaban entre ellos para alcanzar el poder.

Es decir, en aquel entonces, Afganistán también fue un espacio que se adscribió a la nueva lógica de las conflagraciones belicistas, es decir, enfrentamientos armados caracterizados por la lucha de grupos étnicos pertenecientes a un mismo país que se enfrentan por el control del territorio y los recursos. Afganistán pasó de ser un Estado unido que derrotó a una potencia, a un país inmerso en el regionalismo, sectarismo y *warlordism*, donde las facciones armadas se enfrentaban entre ellas y contra la misma sociedad civil (Rotberg, 2004).

La anarquía que tuvo lugar en este territorio, se vio afectada por la creciente enemistad entre el grupo sectario dominante como lo son los pastún y las minorías tayikas, uzbekas y hazaras, con cada una de estas controlando una importante parte del territorio afgano. No obstante, los pastunes fueron ampliamente respaldados por parte de Paquistán y Arabia Saudita (Shahrani, 2002).

En este punto, vale aclarar, que esta diversidad étnica que azolaba a este país, también fue fruto de la división territorial interpuesta en este caso, desde Reino Unido y Rusia, quienes configuraron las fronteras de Asia central a inicios del siglo XX y por medio de las cuales separaron a las diferentes etnias y comunidades de forma arbitraria (Shahrani, 2002), algo que también terminó afectando a países como Iraq, Paquistán, India a la posterioridad.

Justamente, un grupo perteneciente a esa mayoría formó una milicia armada, conocida como los Talibanes, quienes en un inicio fueron uno de los tantos grupos muyahidines que habitaban por Afganistán; mas, gracias al financiamiento proveniente desde Riad, Islamabad y Washington —en un inicio— (Laub, 2014) empezaron a ganar el control de los territorios localizados al sur del país, desde los cuales, de un momento a otro, extendieron su control hacia el resto del país. A partir de ahí, explotaron aquel modelo económico y la posición geográfica afgana como estado de tránsito de hacia Asia Central y Europa del Este para así asegurar la obtención de una gran cantidad de ingresos monetarios e inclusive militares que les permita mantenerse en el poder. Finalmente, para 1996, los talibanes se hicieron con el control del casi el 90% del país (Shahrani, 2002).

Meses después a este evento, un grupo de yihadistas extranjeros que también se había constituido para hacer frente a la amenaza soviética, liderados por un multimillonario saudí, conocido como Osama bin Laden y que respondían al nombre de al-Qaeda lograron constituir en aquel país, su centro de operaciones al cual pudieron acceder después de entregar una gran cantidad de recursos económicos, militares y humanos al gobierno de turno (Shahrani, 2002). Desde ahí, empezaron a diversificar sus centros de operaciones por todo el mundo musulmán y en zonas de occidente.

Bajo el liderazgo de los Talibanes se implementó un Estado centralizado en el que la facción principal impuso su voluntad sobre el resto de grupos étnicos con la ayuda extranjera y, por ello, estos erigieron un modelo de explotación hacia el resto de la población, con especial deferencia hacia las mujeres afganas. El único avance ostensible, fue en la seguridad del Estado gracias a que los gobernantes implementaron un estricto modelo islámico de control por medio de la sharia a través de la cual fueron controlando aquellos espacios que buscasen alguna independencia.

Si bien, para aquel entonces, EE.UU. y el resto de occidente llegaron a conocer la situación problemática que acaecía en estos países y, a pesar de que, la concepción de Estado fallido fue formulada dentro de las cuatro tipologías de Estados de la administración Clinton, lo que primó para este país era indagar sobre la situación de las democracias industrializadas, las democracias emergentes, y especialmente los *rogue states* (Gülseven, 2005) o estados hostiles, canallas o demás acepciones que hay en el idioma español ante la ausencia de una traducción definida.

Para Anthony Lake, asesor en temas de seguridad en la presidencia de Clinton, y creador de este concepto, las características que tienen este tipo de Estados son: tener un comportamiento agresivo y desafiante; ser gobernados por mandatarios coercitivos que suprimen los derechos humanos, y promueven ideologías radicales; exhibir una inhabilidad crónica para relacionarse con el mundo exterior; poseer una mentalidad que los ha llevado a tratar de desarrollar armas de destrucción masiva y misiles (American Foreign Relations, s/f).

En 1994, Clinton uso ese término por primera vez, en relación a la creciente amenaza que poseía este tipo de Estados en contra del futuro de los líderes de occidente (Minnerop, 2010). A él le siguió Brian Atwood (1994, citado en Gülseven, 2005) administrador de la Agencia Internacional de Estados Unidos para el Desarrollo —Usaid por sus siglas en inglés— quien indicó que los Estados hostiles se han convertido en el principal punto de interés para la política exterior estadounidense. De igual forma, desde la perspectiva de Madeleine Albright (1999 citado en Gülseven, 2005), Secretaria de Estado durante esta administración, en ese periodo de tiempo había una gran variedad de nuevas amenazas como los Estados hostiles quienes habían logrado alcanzar un poder que antes no tenían.

Este interés por los Estados hostiles continuó durante la administración de George W. Bush, quien centró sus directrices de relaciones internacionales en

diferentes medidas que hiciesen frente a los problemas que emanaban desde los países anteriormente mencionados (Stohl, 2000).

A inicio de su mandato, él expresó que:

“Hoy en día, las amenazas más urgentes no provienen de misiles balísticos en manos de los soviéticos, sino, desde un menor número de misiles manejados por estos Estados, para estos Estados del terror el chantaje es una forma de vida. Ellos buscan tener armas de destrucción masiva, para intimidar a sus vecinos y para mantener tanto a Estados Unidos como a otras naciones responsables de ayudar a sus aliados en diversas zonas estratégicas del mundo” (Bush, 2001a, para.10).

Estas expresiones fueron complementadas por las palabras de su entonces Asesora de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice (2000) quien indicó que el objetivo más importante para EE.UU. y sus aliados era el de lidiar, de forma decisiva con las diferentes amenazas provenientes de los regímenes y poderes hostiles, quienes han ido adquiriendo esta imagen por su relación con el terrorismo y el desarrollo de armas de destrucción masiva. Colin Powell (2001, citado en Osborn, 2001), Secretario de Estado señaló en febrero de 2001 que es una responsabilidad tener un escudo de defensa de misiles para proteger a EE.UU. y a sus amigos y aliados de los Estados hostiles.

Al analizar la definición y las diferentes expresiones citadas, se puede entrever que la acepción de Estado hostil, puede ser considerada como el antecedente a la concepción de Estado fallido; si bien el contenido —como se detallará más adelante— difiere en ciertos puntos, siendo el más importante de estos, la búsqueda de armas de destrucción masiva por partes de estos Estados; no obstante, esa categorización tiene un objetivo muy similar, dentro de la política interna como en la política externa. Dentro de la primera, al identificar a los

Estados como enemigos para el público, se busca enfatizar la identidad propia en oposición a los otros, quienes se constituyen como una amenaza para la seguridad nacional y, por ello, se deben tomar las medidas que sean necesarias. En cambio, como parte de la segunda, a través de la designación de ciertos países como desestabilizadores del sistema internacional —por medio del discurso— se busca alcanzar el apoyo necesario del resto de Estados a las diferentes decisiones que EE.UU. llegase a tomar a la hora de enfrentarlos (Minnerop, 2010).

En oposición a este accionar, está Noam Chomsky (1998), para quien un Estado hostil es solo aquel que desafía las ordenes de los poderosos y por ello, y con base en el estudio *Essentials of Post-Cold War Deterrence*, él indica que Estados Unidos direccionó su estrategia de disuasión que usó con la Unión Soviética hacia los ‘Estados hostiles’ como Irak, Libia, Cuba y Corea del Norte. De igual forma, para Petra Minnerop (2010), el objetivo de la acepción de Anthony Lake no es otra más que contener a ciertas naciones que de forma supuesta están fuera de la ley con el fin de aislarlos, al ser identificados como enemigos de los intereses de EE.UU. por el hecho de ‘amenazar’ su seguridad nacional y la del mundo.

En la práctica, EE.UU. si implementó diferentes medidas para aislar y castigar a estos y a otros Estados, desde sanciones económicas unilaterales, ataques aéreos, lanzamientos de misiles cruceros —Afganistán fue uno de los países afectados por esta medida en específico, en retaliación a los ataques perpetrados contra las Embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania—. Empero, llegó un momento donde etiquetar a los Estados de esta forma resultó ser improductivo, lo que obligó a EE.UU. a derogar dicho precepto. Esto pasó gracias a que este tipo de actuaciones, fuera de este país no encontró el apoyo necesario —salvo el de Reino Unido e Israel—, dada la dificultad que se tiene al persuadir a otras naciones a respaldar a estas medidas con claro carácter de ostracismo (American Foreign Relations, s/f). Por ello, Madeleine Albright tuvo que enfatizar que si bien EE.UU. cambiaría dicha categorización, no significaba

que su país aprobaba el comportamiento de estos regímenes, más aún, cuando en estos países se apoya al terrorismo, se desarrollan misiles y se tiene el deseo de afectar al sistema internacional (American Foreign Relations, s/f).

Estos dos preludios dejaron las siguientes enseñanzas: Por un lado, previo al 9/11 ya existían Estados que podría ser catalogados como Estados fallidos, mas, para aquel entonces su importancia geoestratégica era relativamente menor y por tanto no representaba ningún interés para EE.UU.; Bush ya en el poder llegó a señalar que él no creía que los eventos en África o Asia eran del interés nacional de EE.UU., así como, la reconstrucción de estas naciones no formaba parte del rol que debía desempeñar este país. Por otro lado, este país se dio cuenta, ante el poco apoyo recibido en su lucha en contra de aquellos regímenes y Estados que desde su concepción amenazan la estabilidad mundial, que debía transformar su narrativa discursiva para así alcanzar los fines que buscaba y esto acaeció gracias a los atentados terroristas. En este punto, se procederá a describir como los eventos de aquella mañana de septiembre fueron utilizados para construir la narrativa de Estado fallido.

1.2. El 11 de septiembre, el surgimiento del terrorismo y su correlación con los Estados fallidos

El llamado 11 de septiembre o 9/11 merece un tratamiento particular con respecto a los eventos anteriormente mencionados. Desde diversos enfoques, este es el acontecimiento que irrumpió con el patrón preestablecido. Como señala Ávila (2006), este tipo de sucesos rompe con el estado de situación, de manera tal, que en un inicio no hay conceptos ni palabras para explicarlos. Al implicar una ruptura con este orden, ninguna generalidad disponible puede dar cuenta de él hasta que se logra incorporar al estado de situación. Jacques Derrida, reconocido filósofo francés, fue más específico en esta cuestión, al establecer que el 9/11 se marcó como un evento imborrable en el archivo común de un calendario universal. Su singularidad lo hizo innombrable y el

lenguaje se limitó a pronunciar mecánicamente una fecha (2001, citado en Borradori, 2004).

De forma concreta, dentro del análisis de la narrativa discursiva, este evento se constituye como el punto de partida en el proceso de construcción de los imaginarios colectivos. Esto se da ya que al encontrarse en una fase de indefinición hay un impase de tiempo entre el acontecimiento y su ulterior significación el cual tiene las siguientes consecuencias:

Primero, le permite, a quien posee el poder de hacerlo, de darle un nombre y una significación, lo cual genera una definición concreta del acontecimiento. Segundo, abre la posibilidad de marcar la frontera entre amigo-enemigo. Tercero, se constituye como el discurso que dominará el accionar del actor que lo posiciona (Ávila, 2006).

Así, este cuenta con su propio orden moral, sus virtudes que lo caracterizan y sus objetivos a seguir. A partir de ese momento, surgen nuevas interpretaciones con base en un orden moral que se buscará posicionar a la luz de los eventos (Ávila, 2006).

En la práctica, el 9/11 reunió todas esas características, permitiéndole de esa forma a EE.UU. construir un discurso sobre seguridad internacional y terrorismo sobre la base de conceptos teológicos y referencias constantes a una clase de moral, a través de la que definió un nuevo enemigo y dividió el mundo entre el bien y el mal.

Con ello definido, el 9/11 fue utilizado como eje central para mostrar al mundo cómo las crisis internas que se viven en ciertos países, en un momento determinado, devienen a amenazar la seguridad internacional, transformando de tal manera el accionar estadounidense, que tan solo en unos meses Bush modificó su narrativa discursiva en torno a esta temática.

En su debate presidencial contra el demócrata Al Gore, Bush había puntualizado que no ayudaría en la reconstrucción de Haití —mismo que puede ser considerado como Estado fallido—. Además, expresó que él nunca hubiera intervenido en Ruanda, y peor aún, que él jamás hubiese enviado tropas a los Balcanes (Stohl y Stohl, 2001).

Empero, después de los atentados esos mismos Estados empezaron a forma parte importante, de al menos los discursos emitidos por las autoridades estadounidenses.

“Los eventos del 11 de septiembre de 2001 nos enseñaron que los Estados fallidos, como Afganistán, pueden plantear un peligro grande para nuestros intereses nacionales como Estado fuerte. La pobreza no hace que la gente pobre se convierta en terroristas o asesinos. Sin embargo, la pobreza, las instituciones débiles y la corrupción pueden hacer que los Estados fallidos sean vulnerables a las redes terroristas y a los carteles de drogas terrorista dentro de sus fronteras” (The White House, 2001, p.1).

Esta modificación tuvo como eje central el establecimiento de un vínculo —difuso— entre los Estados fallidos con el terrorismo toda vez que se manifestaba que esos países ofrecían a estos grupos un refugio seguro, que les permite acceder a armas, recursos financieros y zonas de tránsito de estupefacientes y demás mercadería ilícita. También se estima que los ciudadanos, insatisfechos por la ausencia del gobierno, apoyan estas causas (Patrick, 2007a). Esto les permitiría tener la oportunidad de desarrollar estructuras logísticas, tener medios para comunicarse, transportarse, generar ingresos, sin ser atacados o descubiertos.

En este punto, de forma acertada Gülseven (2005) determina que el 9/11 sirvió para configurar un supuesto, con el que se llega a afirmar que este tipo de Estados fallidos no existieron antes del período pos-Guerra Fría y de forma no avizorada, aparecieron como un nuevo desafío para la comunidad

internacional. Esto se produjo gracias a que las condiciones desfavorables como la pobreza, la anarquía y demás características que —de forma supuesta— subyacen la crisis interna que viven este tipo de países, fueron vistos por parte de los responsables de la política exterior de Estados Unidos, como los causales que permitían que el terrorismo opere en estos territorios.

Precisamente, este supuesto de que los Estados fallidos por su marcada conflagración social proporcionan el refugio ideal para las redes terroristas o *safe haven*, es la concepción en la que se ha basado el occidente para demarcar el peligro que se emana desde estos países y el por qué ellos están llamados a actuar. Como bien posiciona Lambach (2004), el Estado fallido como un objeto de estudio de la seguridad internacional fue concebido solo después de que se revelará la supuesta correlación entre los terroristas del 9/11 y el ‘Estado fallido’ Afganistán.

Esta conexión fue manifestada el 20 de septiembre por Bush (2001b, p.67) durante la posesión del congreso estadounidense, al demarcar que:

“El liderazgo de al Qaeda tiene una gran influencia en Afganistán y apoya al régimen Talibán para que controle la mayor parte de ese país. En Afganistán, se refleja la visión de al Qaeda para el mundo. Las personas han sido brutalizadas, muchos están hambrientos y muchos han huido. Las mujeres no están permitidas de asistir a la escuela. Puedes ser condenado por tener una televisión. La religión puede ser practicada solo cuando los líderes los dictan. Un hombre puede ser encarcelado si su barba no es suficientemente larga. Los Estados Unidos respetan a las personas en Afganistán, después de todo, nosotros somos sus principales fuentes de ayuda humanitaria pero también condenamos al régimen Talibán, no solo por reprimir a su propia población sino por amenazar a la población de todo el mundo al patrocinar, dar refugio y suministrar a los terroristas. Por

ayudar e instigar el asesinato, el régimen Talibán está cometiendo asesinatos”.

Y fue ampliada en su discurso ante las Naciones Unidas en noviembre de ese mismo año:

“Los líderes de todas las naciones deben, de forma cautelosa, considerar sus responsabilidades. Los grupos terroristas como al Qaeda dependen de la ayuda o la indiferencia de los Gobiernos. Ellos necesitan el apoyo de una infraestructura financiera, y refugios seguros para entrenar, planificar y ocultarse. Algunos gobiernos, mientras decían defender los principios de la ONU, apoyaban a los terroristas. Ellos los apoyan y los albergan, y ellos van a hallar que sus huéspedes son parásitos que los debilitarán y finalmente, los consumirán” (Bush, 2001c, p.85)

En este sentido, George Tenet (2002, para.5), ex director de la CIA, señala cómo el fracaso en un Estado ofrece un ambiente favorable para que las organizaciones terroristas operen en este:

“Los problemas que los terroristas explotan —la pobreza, la alienación y la tensión étnica— crecerán de forma aguda en la próxima década... Ya hemos visto —en Afganistán y en otros lugares— que el descontento interno y el conflicto en los Estados fallidos es uno de los factores que crean un entorno propicio para el terrorismo”.

El subsecretario de defensa, Paul Wolfowitz (2001, citado en Ávila, 2006, p.57) en cambio sostenía que “No es simplemente una cuestión de capturar gente y hacerlos responsables de sus actos, sino también quitarle sus santuarios, sus sistemas de financiamiento y terminar con los Estados que financian el terrorismo”.

A partir de su correlación con el terrorismo, se empezó a asumir que estos Estados también eran el centro de otras problemáticas que afectan la seguridad internacional.

En la Revisión Cuadrienal de Defensa número 43 (QDR) (Departamento de Defensa, 2001, p.5) —formulada después de los atentados— se sugiere que los Estados fallidos en Asia, África y en el hemisferio occidental crean un terreno fértil para el narcotráfico, el contrabando de armas y el terrorismo ante la ausencia de gobiernos capaces o responsables en muchos países y, por ello, estos Estados son identificados como una de las principales amenazas dentro de este reporte que es elaborado por el Departamento de Defensa y presentado al Congreso cada cuatro años para guiar las directrices en materia de defensa para EE.UU.

En cambio, para el Grupo de Trabajo Interinstitucional sobre el Delito Internacional, los Estados fallidos al no cumplir con las responsabilidades demandadas en el control soberano sobre su territorio, permiten que se produzca el contrabando ilícito y el lavado de activos, dada la incapacidad en hacer cumplir la ley y los altos niveles de corrupción. Inclusive existen vínculos entre las organizaciones terroristas y las bandas criminales que se encargan del tráfico de drogas (Wyler, 2008). Ejemplo de ello, es que más del 90% de la heroína mundial proviene de Afganistán y es traficada por Europa, a la que llega al atravesar zonas de Asia Central y por la ruta de los Balcanes (Patrick, 2007a).

De igual forma, se expresa que los Estados fallidos desempeñan un papel crítico en el contrabando global de armas pequeñas y armas ligeras ya que a menudo resultan ser rutas de tránsito para el tráfico ilegal de este tipo de armamento (Patrick, 2007a). Solo en Afganistán, por año se comercializan alrededor de 1 000 000 de armas y se estima que existen 4.4 armas por cada 100 personas (Alpers y Wilson, 2014).

De igual forma, se manifiesta que estos Estados no poseen la capacidad o ni la voluntad para garantizar la seguridad de materiales nucleares, químicos, biológicos y radiológicos, los mismos que pueden ser contrabandeados con facilidad por redes criminales o grupos terroristas (Wylter, 2008). Aquí de igual forma, la corrupción y el síndrome de frontera porosa, son causales que propician el cometimiento de estos actos ilícitos. En este sentido, Liana Sun Wylter (2008), al citar a la Agencia Internacional de Energía Atómica, manifiesta que solo en Afganistán se han confirmado 1 080 casos en los que se ha producido el traslado de este tipo de materiales, la mayoría provenientes de la frontera con Pakistán.

En último lugar, el fracaso de un Estado al no producirse de forma aislada experimenta un efecto de *spillover* que propicia una inestabilidad regional al acarrear a otros Estados en el proceso. Ello se produce gracias al gran número de refugiados, el contrabando de armas, la disminución de la provisión de servicios y la conformación de grupos armados transfronterizos como algunos de los elementos que pueden regionalizar la debilidad de un Estado (Wylter, 2008). Bajo ese contexto, la inestabilidad en Afganistán coadyuvó a que se gestara una crisis interna en Iraq y Paquistán (Bush, 2003).

En resumen, estos países son escenarios donde se permite el contrabando de armas, se da vía libre al crimen organizado y, más importante, son espacios donde acaecen catástrofes humanitarias, surgen los conflictos regionales, y se alberga al terrorismo (Crocker, 2003; Fearon y Laitin, 2004; Fukuyama, 2004).

Entonces, en primera instancia, la problemática en torno a los Estados fallidos surgió de la mano del terrorismo y de todos los problemas internacionales que rodean a esta cuestión. Por ello, hablar sobre la situación de este tipo de países, implicaba posicionarse dentro de una cuestión de defensa territorial para EE.UU. Por ende, al verse afectada la seguridad estadounidense, se legitimaban las acciones a tomarse en represalia, especialmente dentro de las esferas económicas, diplomáticas y militares, siendo un ejemplo de ello la

resolución 1368 del Consejo de Seguridad de ONU que aprobada en unanimidad solo 24 horas después de los atentados, reconoció que el terrorismo es una amenaza a la seguridad y paz internacional (Organización de las Naciones Unidas, 2001a). En esta misma se le otorgó el permiso a EE.UU. y sus aliados para hacer uso de la fuerza y así enfrentar dicho peligro. También, está la resolución 1373 en donde se expresa que todo país debe usar mano dura con el financiamiento del terrorismo y en contra de los Estados que lo favorezcan, inclusive se gestó el desarrollo de un manual por medio del cual cada país debía reportar al Consejo de Seguridad las acciones que había tomado para contrarrestar dicha problemática como compartir información de inteligencia, cerrar los campos de terroristas dentro de sus fronteras y negarle las armas a estos (Organización de las Naciones Unidas, 2001b).

Mas, los debates en torno al terrorismo entraron en una fase de indefinición, donde no se sabía quién mismo era el enemigo o cuáles eran sus objetivos, solo se conocía que su fin era desestabilizar al sistema internacional.

"Los americanos necesitan saber que estamos encarando a un enemigo diferente al que jamás antes hayamos tenido que enfrentar. Este enemigo se esconde en la sombras y no tiene ningún aprecio por la vida humana. Este es un enemigo que toma como víctimas a gente inocente y sin sospecha, para después correr a refugiarse. Pero no podrá correr a refugiarse para siempre. Este es un enemigo que se trata de esconder. Pero no podrá esconderse para siempre. Este es un enemigo que piensa que sus puertos son seguros. Pero no lo serán para siempre. No vamos a permitir, que este enemigo gane la guerra cambiando nuestra forma de vida y restringiendo nuestras libertades" (Bush, 2001d).

Inclusive dentro de los documentos estratégicos de seguridad nacional se expresaba que:

“Estados Unidos de América está luchando una guerra en contra el terrorismo con alcance global. El enemigo no es un actor político, un régimen, no inclusive una religión o una ideología solitaria. El enemigo es el terrorismo premeditado, políticamente motivado perpetrado con violencia en contra de inocentes” (The White House, 2002, p.5).

Ante esta indefinición, EE.UU., de forma estratégica, amplió la narrativa para que las cuestiones sobre terrorismo y Estado fallido no solo sean consideradas en ámbitos de defensa nacional, sino como cuestiones que de no ser enfrentadas inclusive pondrían en jaque el propio modelo de vida de EE.UU. Como expresa Audrey Kurth Cronin (2001, citado en Reid, 2005, p.240) “el terrorismo internacional no es peligroso porque nos puede derrotar en una guerra, sino porque potencialmente, puede destruir nuestro contrato estatal al socavar la capacidad de proteger a los ciudadanos de los ataques”.

Flint y Falah (2004), adscritos a esta lógica, señalan que llegó un momento donde la difusión de la modernidad ideal, es decir, la promoción de los *valores estadounidenses*, como parte de la política exterior de EE.UU. se volvió un antónimo del terrorismo y los Estados fallidos, provocando con ello que el surgimiento de la violencia y el debilitamiento de estos Estados, amenacen no solo la seguridad territorial sino la esencia misma de EE.UU. y es allí en donde radicó su mayor peligrosidad.

En este sentido, Bush (2001b, p.70) manifestó que:

“El 11 de septiembre de 2001, descubrimos que los problemas que se originan en un Estado fallido y opresivo localizado a 7 000 millas pueden conllevar a la muerte y destrucción de nuestro país. Las dictaduras protegen a los terroristas, y alimentan su resentimiento, radicalismo, y búsqueda de armas de destrucción masivas. Las democracias reemplazan ese resentimiento con esperanza, respeto por los derechos de los ciudadanos y de sus vecinos, y se adscriben

en la lucha contra el terror. Cada paso que se tome en pos de la libertad en el mundo, hace a nuestro país más seguro para que actuemos de forma firme por la causa libertaria”.

Dentro de la Estrategia de Seguridad Nacional de EE.UU. (The White House, 2002, p.1) en cambio se tipificó que:

“Las grandes luchas del siglo veinte entre la libertad y el totalitarismo terminaron con una victoria decisiva para las fuerzas de la libertad y de un solo modelo sostenible de éxito nacional: libertad, democracia y libre empresa. En el siglo XXI sólo las naciones que compartan el compromiso de proteger los derechos humanos básicos y de garantizar la libertad política y económica podrán desatar el potencial de sus pueblos y asegurar su prosperidad futura”.

Al señalar esta realidad, se posiciona como la libertad y la democracia, son virtudes que cualquier sociedad debería defender, más aún, si se toma en cuenta que la protección de ambos valores es un requisito fundamental para alcanzar la paz mundial. Por ende, al enfatizar la forma cómo los problemas que acaecen dentro de un territorio considerado como fallido, cuestionan la libertad y la democracia mundial, le permite a EE.UU. ampliar su narrativa discursiva con afán de defender estos valores que para ellos son universales. Con ese fin, se procederá a describir como la expansión de la libertad, la democracia y demás componentes configuraron la segunda parte de la narrativa discursiva en contra de los Estados fallidos.

1.3. La democracia y la libertad valores no concebidos en los Estados fallidos

Hablar de libertad y democracia, implica considerar los valores —que de forma supuesta— más caracterizan a los estadounidenses. Francis Fukuyama (1992), al presentar su tesis sobre el fin de la historia y el último hombre, logró posicionar —a pesar de las múltiples críticas que ha recibido a lo largo de los

años— que con el triunfo del capitalismo y todo lo que este engloba desde la cosmovisión occidental, es decir libertad, igualdad, cooperación y democracia, la humanidad había alcanzado su pico más alto de desarrollo. En este libro, no solo se recogen los pensamientos de este teórico, sino también, los sentimientos que más son defendidos por los estadounidenses. Esta creencia —vale aclarar— no es una concepción que se formuló en los noventa; más bien, responde a un mito que se concibió desde que EE.UU. era conformado apenas por trece colonias en el que se señaló que este país ha sido y será diferente a todos —*City upon a hill*—.

Este precepto se refleja en las siguientes palabras:

“Esta es la pelea del mundo. Esta es la pelea de la civilización. Esta es la pelea de todos los que creen en el progreso y el pluralismo, la tolerancia y la libertad. Este es el llamado de los Estados Unidos de América, la nación más libre del mundo, una nación construida con base en valores, que rechaza el odio, la violencia, los asesinatos, el mal” (Bush, 2001b, p.72)

Dentro de esta lógica, el documento que más indaga sobre esta cuestión fue la Estrategia de Seguridad Nacional del año 2002 (The White House, p.1). En este texto se refleja como los Estados fallidos están yuxtapuestamente opuestos a los valores de EE.UU.:

“La libertad es el valor no negociable en lo que se refiere a la dignidad humana, es un derecho inalienable desde el nacimiento de cada persona, en cada civilización. A lo largo de la historia, la libertad ha sido amenazada por la guerra contra el terror. Ha sido escenario del choque de voluntades entre Estados poderosos y tiranos y ha sido puesta a prueba por la expansión de la pobreza y las enfermedades. Hoy en día, la humanidad se sostiene ante la oportunidad para expandir la libertad triunfante sobre estos enemigos. EE.UU. da la

bienvenida a su responsabilidad para liderar en esta gran misión” (The White House, 2002 p.1).

“La libertad y el desarrollo de instituciones democráticas son temas centrales dentro de nuestras relaciones bilaterales, buscando solidaridad y cooperación de otras democracias mientras presionamos a gobiernos que niegan que los derechos humanos busquen un mejor futuro. Hay que poner esfuerzo para promover la libertad de religión y conciencia y defenderla del ataque de los gobiernos represivos” (The White House, 2002, p.1).

A partir de ello, EE.UU. se erige en oposición a aquellos Estados que amenazan tanto sus intereses como su forma de vida:

“EE.UU. debe pararse firme ante las demandas no negociables de la dignidad humana [como lo son]: el imperio de la ley o Estado de derecho, límites al poder absoluto del Estado, libertad de expresión, libertad de trabajo, justicia equitativa, respecto para la mujer, tolerancia étnica y religiosa, y respeto por la propiedad privada” (The White House, 2002 p.3).

“El gran conflicto ha terminado. Las visiones militantes de clases, naciones y razas que prometen la utopía y entregan la miseria han sido derrotadas y desacreditadas. EE.UU. es menos amenazado por Estados conquistadores que por los fallidos. Estamos menos amenazados por tropas y ejércitos que por tecnologías catastróficas en las manos de unos pocos. Debemos derrotar esas amenazas hacia nuestra nación, aliados y amigos” (The White House, 2002, p.1).

“La estrategia de seguridad nacional de EE.UU. busca diferentes oportunidades para expandir la libertad. Hacer que la libertad y el desarrollo de instituciones democráticas temas centrales dentro de

nuestras relaciones bilaterales, buscando solidaridad y cooperación de otras democracias mientras presionamos a gobiernos que niegan que los derechos humanos busquen un mejor futuro” (The White House, 2002, p.4).

"Hoy, tratamos de crear un equilibrio de poder que favorezca la libertad humana: condiciones con las cuales todas las naciones y todas las sociedades puedan escoger por sí mismas las recompensas y los desafíos de la libertad política y económica. En un mundo seguro, la gente podrá mejorar sus propias vidas. Defenderemos la paz combatiendo a los terroristas y tiranos. Preservaremos la paz al crear buenas relaciones entre las grandes potencias. Extenderemos la paz al fomentar sociedades libres y abiertas en cada continente" (The White House, 2002, p.4).

“Al negar el auspicio, soporte y provisión de territorio a los terroristas ya sea convenciendo u obligando a los Estados a que acepten sus responsabilidades soberanas usando la total influencia de EE.UU. y trabajando de forma conjunta con aliados y amigos, para hacer claro que todo los actos de terrorismo sean ilegítimos, para que este sea visto a la misma luz de la esclavitud, piratería o genocidio. Un comportamiento que ningún gobierno responsable puede condonar o soporta, más bien que se deban poner. Al apoyar a gobiernos modernos y moderados, especialmente en el mundo musulmán para asegurar que las condiciones e ideologías que promuevan el terrorismo no encuentren un espacio en ninguna nación” (The White House, 2002, p.4).

Esta concepción fue complementada con el plan estratégico quinquenal para los años 2004-2009, elaborado por el Departamento de Estado y la Usaid. En este, se señala que la amenaza más álgida que experimenta EE.UU. es la inestabilidad regional en diversas zonas del mundo, donde los Estados fallidos

son los que promueven esto. Esta afectación se da inclusive en términos financieros, ya que la comunidad internacional como consecuencia de estas crisis internas por el 'colapso' de los Estados pierde "USD 250 billones de dólares" (Departamento de Estado y Usaid, 2004, p.15)

Además, en este informe se expresa la imperiosa necesidad de indagar sobre lo que acaece dentro de los Estados fallidos, por ser estos países espacios donde se da la proliferación del terrorismo (Departamento de Estado y Usaid, 2004). Ante ello, la forma como se podría mejorar esta situación es a través de la promoción de la democracia, las libertades individuales, los derechos humanos, y las políticas económicas de libre mercado habida cuenta que, desde su concepción, se creía que la coyuntura les demandaba expandir estos valores alrededor del mundo, más aún, si hay millones que siguen siendo víctimas de regímenes opresivos.

Si en ese documento ya se abría la posibilidad para acrecentar las políticas intervencionistas en esos Estados, esta noción se expandió con los informes del Consejo Nacional de Inteligencia (2001). Este centro del pensamiento estratégico dentro del gobierno estadounidense, indicó que el fracaso del Estado es una amenaza a la influencia mundial de EE.UU. y además, pregonó la intervención por parte de este país para promover la democracia y la libertad a las personas que en el mundo no la tienen.

En este mismo contexto, se tiene a actores que contribuyeron con la creación de este discurso y, que a su vez, redactaron múltiples libros que emergieron dentro de esta coyuntura. Deepak Lai en *In Praise of Empires* (2004, citado en Rehn, 2005) argumenta que el mundo musulmán no se ha adaptado a los caracteres de modernidad y hasta que no lo haga, el terrorismo seguirá siendo un problema. Esta idea estuvo basada en los escritos de Bernard Lewis y Raphael Patai (citados en Rehn, 2005) asesores en diversos cuerpos oficiales como el Departamento de Estado o el de Defensa, quienes en sus diferentes textos dentro de los que se destaca *Roots of Muslim Rage*, posicionan la idea

de que la pobreza, la tiranía y el fracaso al alcanzar la modernidad — occidental— son los causales de los problemas que se vive en el mundo musulmán, mismos que amenazan la forma de vida de occidente.

Otro autor, Robert Cooper (2002, citado en Rehn, 2005), argumenta que es necesario inclusive colonizar a estos países al ser *pre-modernos* a diferencia de los países *pos-modernos*. De forma similar, Max Boot (2005, citado en Rehn, 2005) dice que se necesita un nuevo imperialismo liberal con afán de encontrar soluciones para las regiones más problemáticas del mundo. Niall Ferguson (2004) coincide con estas visiones al recalcar que lo que se requiere es un imperio liberal efectivo que permita que EE.UU. y otros, gobiernen en este mundo sin ley.

Dentro de esta tendencia en un tono más moderado, en su segundo discurso inaugural, Bush recalcó que EE.UU. debe llevar el éxito de la libertad a otros países. Él señaló que “la pieza central de la política nacional, para este período representa no sólo la urgente necesidad de dotar de seguridad a nuestra nación, sino también hacer frente al llamado de nuestros tiempos”.

Esto se debe a que:

“El mundo tiene un interés claro en el esparcimiento de los valores democráticos, porque las naciones estables y libres no pregonan las ideologías de muerte. Ellos promocionan la búsqueda de una vida pacífica mejor. Y hay signos esperanzadores de una democracia para libertad en el Medio Oriente. Los intelectuales árabes han llamado a sus gobiernos para que cierren la brecha libertaria, y así las personas puedan vivir el progreso de nuestros tiempos. Los líderes en la región hablan de una nueva constitución árabe que premie la reforma interna, una mayor participación política, la apertura económica y el libre comercio” (Bush, 2003).

En el mismo sentido, la consejera Nacional de Seguridad Condoleezza Rice demarcaba que la política exterior del Presidente Bush maneja una nueva visión misma que responde a las ideas que han guiado por décadas a la política exterior de EE.UU.: las democracias nunca deben perder la voluntad o perder los medios para hacer frente y derrotar a los enemigos de la democracia, el poder estadounidense debe ser usado para defender la libertad, y así liderar la democracia para alcanzar una paz duradera (2001, citada en Esch, 2007).

Ella mismo, ya en el cargo de Secretaría de Estado llegó a argumentar la importancia de utilizar esta directriz para el Medio Oriente:

“Por mucho tiempo el occidente, y especialmente EE.UU., asumió que no debía tomar en cuenta lo que los intelectuales árabes llamaban el déficit libertario en el Medio Oriente y que eso funcionaría. Nosotros tuvimos esa actitud por 60 años. Y lo estábamos haciendo por nombre de la estabilidad, sin embargo, no obtuvimos ni estabilidad ni cambio democrático; por el contrario, dentro de nuestra creencia obtuvimos un tipo de maldad que produjo a Al Qaeda y las filosofías extremistas, y la única manera de combatir a estas ideologías extremistas es por medio de la difusión de la democracia” (Rice, 2004, para.2).

En su conjunto, los documentos oficiales de la política exterior, los informes y las observaciones de las comisiones de asesoramiento y los discursos de los responsables académicos y políticos en la toma de decisiones del gobierno de Estados Unidos, revelan que en el centro de los debates sobre el fracaso del Estado, este país se propuso de forma exhaustiva instalarse del lado de la libertad y de la democracia, que representan el bien desde el pensamiento occidental dejando de lado a aquel oscuro e indefinido mal que busca destruirlos, amedrentarlos para así acabar con el ‘bastión más importante de libertad y democracia del mundo’ (Ávila, 2006 y Gülseven, 2005). A tal punto

llegó este pensamiento que la operación militar de EE.UU. en Afganistán fue llamada operación libertad duradera.

Al hacer esto, EE.UU. era consciente de que se vivía una nueva coyuntura internacional en ámbitos de seguridad global, misma que legitimaba que las esferas de desarrollo y de seguridad se cohesionen bajo una misma visión.

Este nuevo contexto abocaba —e inclusive aboca— por la consecución de lo que Mark Duffield llama *paz liberal* (2001). Este término hace referencia a la importancia de transformar a las sociedades afectadas por la guerra, en conglomerados donde prevalezcan las entidades de cooperación y representación política (Duffield, 2001). Para llevar a cabo aquello, se requiere la imposición de esta paz liberal, misma que es fielmente caracterizada por la unión de políticas de estabilidad, donde la democracia cumple un papel tangencial, de forma conjunta, con diferentes medidas que apoyen el libre mercado y la libertad individual y, en virtud de ello, solo los países desarrollados están capacitados para comandar dicha iniciativa.

“El siglo 20 finalizó con un solo modelo para el progreso humano, basado en demandas no negociables de la dignidad humana, el estado de derecho, los límites al poder del estado, el respeto a las mujeres, la propiedad privada, la libertad de expresión, la equidad de la justicia y la tolerancia religiosa. EE.UU. no puede imponer esta visión, pero, si puede respaldar y premiar a los gobiernos que tomen las decisiones adecuadas para sus ciudadanos. Con nuestra asistencia al desarrollo, con nuestro esfuerzo diplomático, con nuestra asistencia en educación, EE.UU. promoverá la moderación, la tolerancia y los derechos humanos. Y defenderemos la paz para que el progreso se haga posible” (Bush, 2002^a, p.81).

También, el siguiente discurso de Rice (2003, citada en Gülseven, 2005, p.46) se adscribe dentro de esta lógica:

“Los costos de los [Estados fallidos] a los Estados Unidos son sustanciales. En ello se incluye: el flujo de refugiados que pueden llegar a las costas de EE.UU.; la proliferación de armas convencionales que exacerba la inestabilidad regional y fortalece a los forajidos internacionales; billones que se gastan en asistencia humanitaria y misiones para el mantenimiento de la paz; las pérdidas en comercio e inversión; y la exportación por parte de elementos criminales de los valiosos recursos, portátiles ... Los Estados fallidos también pueden perjudicar la seguridad nacional e impactar sobre la sociedad estadounidense ... a través de su participación activa en la producción y el tráfico de estupefacientes”

Esta tendencia también se refleja en la Estrategia de Seguridad Nacional. A lo largo de este documento, las nociones de seguridad que fueron anteriormente señaladas se complementaron con parámetros que forman parte de la concepción de democracia liberal, como los siguientes, divididos en ámbitos de comercio, salud, educación:

“El concepto de libre comercio nació como un principio moral inclusive antes de que se constituyese como un pilar económico. Si tú puedes producir algo que otros valoran, deberías ser capaz de venderlo, si otros producen algo que tú valoras, tú deberías poder comprarlo. Esta es la verdadera libertad, la libertad de una persona de una nación para vivir. Promover las conexiones entre comercio y desarrollo” (The White House, 2002, p.18).

“La escala de la crisis de salud pública en países pobres es enorme. En países afligidos por epidemias y pandemias como el VIH/SIDA la malaria, la tuberculosis, el crecimiento económico y el desarrollo se ven amenazados hasta que estos problemas sean contenidos. Los recursos que provienen del mundo desarrollado son necesarios, pero serán solo efectivos solo si hay gobernanza honesta, que soporte los

programas de prevención y provea de infraestructura local efectiva” (The White House, 2002, p.23).

“La alfabetización y el aprendizaje son los cimientos para la democracia y el desarrollo. La proporción debería crecer. EE.UU. va a incrementar sus propios fondos para asistencia a la educación al menos en un 20% con un énfasis en mejorar la educación básica, y ayudar con la enseñanza en África. EE.UU. también puede dotar de tecnología a estas sociedades, muchas de las cuales tienen sistemas de educación que han sido devastados por el VIH/SIDA” (The White House, 2002, p.23).

Dentro de este contexto, Duffield (2001) manifiesta que la narrativa sobre los Estados fallidos se ha constituido como aquel nexo teórico que conecta los campos de estudio de la seguridad con la democracia liberal, algo que no se pudo dar durante la Guerra fría.

En este marco, el informe del Banco Mundial titulado *Breaking the Conflict Trap* elaborada por el académico inglés Paul Collier et al (2003), describe cómo el conflicto y los problemas de seguridad están asociados al fracaso de las políticas de desarrollo. Por ello, la provisión de ayuda de este tipo se constituye como un instrumento eficaz para prevenir el fracaso del Estado. De igual forma, el estudio *On the Brink: Weak States and US National Security*, de una comisión establecida por el *Center for Global Development* (2004) ilustra cómo las políticas hacia el desarrollo se convierten en medidas para solucionar el fracaso del Estado. Este documento sugiere que los desafíos fundamentales de la política exterior de EE.UU. como el terrorismo, la delincuencia transnacional, la pobreza global y las crisis humanitarias son difusas y complejas por sus diferentes causales; mas, lo que tienen en común es que se originan, se extienden, y afectan, desproporcionadamente a los países donde los gobiernos no tienen la capacidad de promover el desarrollo ni la voluntad para responder.

Adicionalmente, una investigación de la U.S. Agency for International Development (2004) con el título *U.S. Foreign Aid: Meeting the Challenges of the Twenty First Century* sugiere que tras la desaparición de la Unión Soviética, la integración de las comunicaciones globales y de los mercados, la creciente amenaza del terrorismo global, la existencia de armas de destrucción masiva y del crimen transnacional, el aumento del VIH y el SIDA y otras enfermedades infecciosas, son características de una alteración del paisaje del siglo XXI para el desarrollo. Con base en ello, los estadounidenses entienden que la seguridad en su país depende en gran medida de la democracia, la libertad y la creación de oportunidades más allá de sus fronteras. Las políticas exteriores que impulsen el desarrollo ahora son tan esenciales para Estados Unidos como lo son la seguridad nacional y la diplomacia.

El propio Bush (2001c, p.88) enfatizó que:

“Debemos presionar nuestra agenda de paz y prosperidad en todo el mundo. Mi país se comprometió a fomentar el desarrollo y la expansión del comercio. Mi país se comprometió a invertir en la educación y la lucha contra el SIDA y otras enfermedades infecciosas en todo el mundo. Después del 11 de septiembre, estas promesas son aún más importantes. En nuestra lucha contra los grupos de odio que se aprovechan de la pobreza y la desesperación, debemos ofrecer una alternativa de oportunidades y de esperanza”.

A partir de toda esta narrativa discursiva, en donde se define que los Estados fallidos se constituyen como una amenaza no solo por su relación con el terrorismo en contra de la seguridad nacional de EE.UU., sino también por no responder a los cánones ideales de occidente en lo que respecta a libertad y democracia, lo que pone en peligro la estabilidad mundial y la misma forma de vida de EE.UU., Washington construyó un enemigo que podía ser culpado de cualquier cosa y, a partir de ello, las acciones de emergencia que tomase en represalia primero no serían tan cuestionadas y segundo, lograrían obtener el respaldo de parte de la comunidad internacional. Entonces, para proseguir con

este análisis desde la visión de la teoría de la securitización, se procederá a detallar aquellas medidas de emergencia en forma de directrices de política exterior tomadas por esta administración para hacer frente a esta problemática y la posterior reacción de la comunidad internacional y la academia.

1.4. Seguridad, democracia, libertad y cooperación para enfrentar a los Estados fallidos desde la academia y la política

1.4.1 Medidas de política exterior tomadas por el gobierno de Bush

Ya en el campo político-internacional, el trabajo que se configuró en torno a la problemática de los Estados fallidos fue llevado a cabo desde diversas visiones por parte de EE.UU., dentro de los ámbitos propios de la seguridad, así como aquellos que circunscriben las esferas de cooperación.

Por obvias razones, se dio una mayor relevancia a los temas de seguridad nacional, lo que propició que el Departamento de Defensa obtenga una marcada autonomía y un mayor apoyo institucional a la hora de ejecutar sus diferentes programas. Como la cuestión de los Estados fallidos fue adscrito a la lógica de la guerra contra el terror, esto se benefició del aumento del presupuesto de defensa a casi el doble, es decir, a unos USD 38 mil millones, más la provisión fondos de emergencia por USD 13 mil millones, recursos que favorecieron las diferentes medidas tomadas para hacer frente a las crisis sociales (Monroy, 2011).

Esa cantidad de dinero permitió, entre otras cosas, propiciar iniciativas como la Directiva 3000.05 sobre *Apoyo Militar para las Operaciones de Estabilización, Seguridad, Transición y Reconstrucción*, cuyas directrices autorizan a que las Fuerzas Armadas cumplan funciones fuera del campo militar, como lo son las actividades de seguridad, estabilización, transición y reconstrucción de la infraestructura física, incluyendo la capacitación de las fuerzas policiales y la promoción de políticas que favorezcan el impulso de las economías de

mercado y el desarrollo de instituciones con gobiernos representativos (Patrick, 2007b).

De igual forma, se tipificó la norma 1206 a través de la que el congreso autorizó a que este Departamento entrenara y equipara a las fuerzas militares extranjeras en operaciones contra-terroristas, protección fronteriza y técnica de estabilidad militar en aquellos lugares donde haya presencia de tropas estadounidenses con especial deferencia en Afganistán. Para este fin, se requirieron de USD 300 millones a USD 700 millones de inversión. De estos, USD 100 millones fueron entregados bajo el título de ayuda extranjera (Wylter, 2008).

Por último, un punto álgido dentro de esta normativa, fue que se le permitió tanto al Presidente o en su defecto al Secretario de Estado, el tener la potestad de derogar ciertas restricciones legislativas que impedían la provisión de fondos, o la elaboración permisos especiales para el ejercicio de funciones de los militares u otras fuerzas de seguridad (Wylter, 2008).

Por su parte, en ámbitos de cooperación, bajo directiva del Departamento de Estado se creó la Oficina del Coordinador para la Reconstrucción y la Estabilización a quien se le otorgó la prerrogativa de coordinar las operaciones entre las agencias gubernamentales y fortalecer las capacidades civiles y militares del gobierno de Estados Unidos dentro de los Estados fallidos, con el fin de anticipar la falla del Estado, evitarla siempre que sea posible y responder rápida y efectivamente cuando sea necesario y apropiado para promover la paz, las prácticas democráticas, la economía de mercado y el Estado de Derecho (Patrick, 2007b). Posteriormente, esta función de avizorar los problemas que se podrían dar en los Estados fallidos también fue adscrita a las funciones del Consejo de Inteligencia Nacional a la Usaid y al Departamento de Defensa. Inclusive, esta última cartera de Estado fue demandada en convertirse en el ente rector dentro de esta temática, habida cuenta que la identificación sobre cuáles conflictos pueden emerger en el corto plazo,

requieren una participación estadounidense, primero de carácter militar y luego civil (Wyler, 2008).

En términos democráticos, se propuso como objetivo, acrecentar la promoción de las iniciativas para alcanzar o fortalecer las democracias en países fallidos en aras de prevenir el surgimiento del terrorismo, la proliferación nuclear y otras amenazas que caracterizan a estos Estados. Un ejemplo de ello, lo cita Liana Sun Wyler (2008) en su documento de reporte ante el Congreso estadounidense con base en información proveniente de la propia Casa Blanca. La iniciativa tuvo el nombre de diplomacia transformativa llevada a cabo por parte de la Secretaria de Estado Condoleezza Rice, misma que buscaba prevenir y mitigar los conflictos, estabilizar las crisis, promover la estabilidad regional, proteger a los civiles y suscitar el cumplimiento de las obligaciones de ley y gobierno en diversos países —Filipinas, Marruecos, Níger, Mali.

Un pilar de esa política, fue el desarrollo transformacional mediante la entrega de asistencia externa. Lo que se propuso fue mejorar la coordinación en la asignación de los recursos de asistencia extranjera, a través de la identificación de prioridades en la política exterior, tales como los Estados fallidos quienes requieren directrices de reconstrucción, desarrollo y transformación. Así, se podrían alcanzar cinco metas: paz y seguridad, gobierno justo y democrático, inversión en las personas, crecimiento económico y entrega de asistencia humanitaria. Para ello, se buscó una mayor centralización en la administración de los recursos y la generación de iniciativas que fomenten la estabilización civil, militar, policial (Wyler, 2008).

De igual forma, la administración de Bush se enfocó en los procesos de estabilización pos-conflicto. Estos programas se dividieron entre funciones civiles y militares. Para el primer campo se buscó crear un cuerpo de voluntarios que pudiese ser desplegado en cualquier lugar del mundo ante una emergente crisis. Para formar parte de esta misión se requería policías, jueces,

abogados, agrónomos, funcionarios de salud pública, urbanistas, economistas y otros. Mas, con la directiva 3000.05, el Secretario de Estado elevó estas operaciones de estabilidad solo al personal militar quienes ahora también tenían que encargarse de todas las tareas necesarias que se requiriesen para establecer o mantener el orden y promover el desarrollo. Para alcanzar aquello, asumieron las competencias que en un principio fueron tipificadas solo para el personal civil (Wyler, 2008).

No obstante, la medida de emergencia más importante tomada por la administración Bush, fue la implementación de la política de *state building* en el caso específico de Afganistán. EE.UU. buscó erigir un nuevo Estado afgano que posea la misma naturaleza de un Estado desarrollado. Para alcanzar dicho fin, EE.UU., durante la Conferencia de Bonn de 2001 que se llevó a cabo para tratar en torno a las acciones que se tomarían como parte de la iniciativa militar en contra de los Talibanes, propuso a la comunidad internacional adscribirse a su iniciativa de *state building* en Afganistán (Morgan, 2010).

Esta medida se concentró en fortalecer las instituciones del Estado con el fin de acrecentar la capacidad de esta entidad al momento de controlar, regular e implementar directrices en aspectos de seguridad interna, provisión de servicios básicos y respeto a la ley (Morgan, 2010). Con motivo de ello, desde la conferencia de Bonn, se autorizó la creación de un nuevo régimen, que al ser reconocido por la comunidad internacional, se vio en la misión de gobernar de forma interina el país, hasta que una asamblea parlamentaria escogida por medio de elecciones tipifique una nueva *Loya Jirga*—constitución afgana— (Morgan, 2010).

De igual forma, en esta conferencia se exigió a las futuras autoridades afganas que en su nueva constitución se establezcan los tres poderes del Estado — ejecutivo, legislativo, judicial—. Inclusive se invitó para que una comisión judicial reconstruya el aparato legal del país con base en los principios

islámicos, las normas internacionales, la tradición legal afgana y el estado de derecho en general (Morgan, 2010).

Finalmente, después de haber escrito las medidas de emergencia que se tomaron en un inicio para enfrentar la crisis de los Estados fallidos y a pesar de que la gran mayoría de las medidas poseyeron un fuerte influjo militar, a diferencia de lo que acaeció con la narrativa en torno a los Estados hostiles, esta vez este país sí logró acaparar el suficiente respaldo por parte de la comunidad internacional para así ejecutar y legitimar las políticas que tomase. No solo ellos, sino inclusive la propia academia estadounidense se adscribió a esta iniciativa y en conjunción a las políticas de la administración Bush, empezaron a desarrollar diferentes modelos mediante los cuales medían el fallo de los Estados. Entonces, como último punto dentro de la teoría de securitización, se procederá a detallar cual fue la aceptación por parte de los diversos países del concierto internacional y los *Think Tanks* frente a esta cuestión.

1.5. Respuesta de la comunidad internacional frente a la amenaza de los Estados fallidos

Como se vio, EE.UU. construyó un imaginario a través del que posicionó como los Estados fallidos se constituyen como una amenaza tanto en ámbitos de seguridad como en temas que involucran la misma paz liberal —libertad y democracia—. A partir de todo ello, ya sea por el lado de defensa o por el lado de promoción del desarrollo, EE.UU. logró obtener el apoyo que necesitó para acrecentar sus directrices unilaterales.

Chris Patten (2001 citado en Gülseven 2006, p.20) comisario de la Unión Europea fue uno de los primeros en expresarse sobre la situación de estos Estados. Para él:

“los acontecimientos del 11 de septiembre trajeron a colación la existencia de Estados fallidos —como el control Talibán en Afganistán— como un hecho que contribuye tanto a la inestabilidad regional y global; que es un problema al que hay que dedicar más tiempo, más energía política, y más dinero”.

En ese mismo contexto, el 12 de diciembre de 2003, los jefes de Estado de los países miembros de la Unión Europea adoptaron formalmente la Estrategia Europea de Seguridad (EES) elaborada por Javier Solana, Alto Representante de la UE para la Política Exterior y Seguridad Común. En esta se definen cinco principales amenazas a la seguridad europea como: el terrorismo, la proliferación de armas de destrucción masiva, los conflictos regionales, los Estados fallidos y la delincuencia organizada (Lambach, 2004). La ESS también establece la existencia de conexiones entre estas amenazas. Por ejemplo, el fallo del Estado puede estar asociado con riesgos evidentes, como el crimen organizado o el terrorismo. El fracaso del Estado es un fenómeno alarmante, que socava la gobernanza global y se suma a la inestabilidad regional. La ESS pide una política de seguridad más dinámica y multidimensional:

“Nuestro concepto tradicional de autodefensa [...] estaba basado en la amenaza de la invasión. Con las nuevas amenazas, la primera línea de defensa estará a menudo en el extranjero. [...] A diferencia de la amenaza abrumadora y evidente en la Guerra Fría, ninguna de las nuevas amenazas es puramente militar; ni puede ser enfrentada solo de forma militar” (Lambach, 2004, p.2).

En el Reino Unido, la Oficina de Asuntos Exteriores y de la Commonwealth (FCO) fue la pionera en hacer uso del término *Estados fallidos* en los discursos de seguridad. En las declaraciones que se emitieron de forma previa al 9/11, no se enfatizó ningún interés por alcanzar la estabilidad en estos países, así como no se manifestó la voluntad política para apoyar la prevención de los conflictos

que los aquejan y que repercuten en contra del mantenimiento de la paz — como lo mostró la intervención a Sierra Leona— (Lambach, 2004). En resumen, un Estado fallido así como sus problemas internos o externos no fueron percibidos como amenazantes a la seguridad del Reino Unido.

En contraste, solo tres días después de los ataques terroristas del 9/11, el secretario de Relaciones Exteriores, Jack Straw dijo (2001 citado en Lambach 2004, p.8):

“ya no es tolerable que ningún Estado albergue o de socorro a los terroristas. La comunidad internacional debe unirse como nunca antes para tomar acciones determinadas y colectivas contra la amenaza que los Estados fallidos representan para la seguridad mundial”.

El Ministerio de Defensa de Reino Unido llegó a las mismas conclusiones. En 1998, esta entidad creyó que la inestabilidad fuera de Europa era una amenaza indirecta a la seguridad. Si bien, la provocación del sufrimiento humano, la afectación regional y el número refugiados, eran problemáticas significativas, ninguna acción fue tomada en aquel entonces. En el mes diciembre del año 2000, se volvió a enfatizar como la inestabilidad regional demanda la atención de las organizaciones internacionales y nada más. Solo en, julio de 2002, los Estados fallidos en cambio ya aparecieron como territorios que otorgan refugio al terrorismo, por ello, se presentan como amenazas a la seguridad. Además, al ser una vía libre para el tráfico de drogas y al masivo desplazamiento de personas, coadyuvan al surgimiento de conflictos regionales y, por ello, deben ser intervenidos de forma inmediata (Lambach, 2004).

De manera similar, Tony Blair —ex Primer Ministro del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte— comenzó a emplear el término a finales de 2001 al resaltar que la amenaza que proviene del fracaso del Estado en el contexto de la guerra contra el terror:

“el 11 de septiembre nos mostró lo que sucede cuando no se toman medidas, cuando dejamos a que un Estado fallido viva bajo la influencia del terrorismo y las drogas, la represión de su gente brutalmente. Cuando salimos de ese Estado tarde o temprano terminamos por enfrentar sus consecuencias” (Lambach, 2004, p.8).

El 05 de marzo de 2004, durante la exposición de su doctrina de comunidad internacional, Blair declaró:

"A partir del 11 de septiembre, pude ver claramente la amenaza. Aquí estaban terroristas que se preparan para llevar a cabo el Armagedón. Aquí estaban estados cuyos líderes no cuidan a nadie más que a sí mismos; eran a menudo crueles y tiránicos hacia su propio pueblo; y vieron en las armas de destrucción masiva los medios para defenderse contra cualquier intento externo o interno que tratase de eliminarlos y que, en su estado caótico y corrupto, no tenían ni la voluntad ni la capacidad para impedir que los terroristas que también odiaban Occidente, aprovechen el caos y la corrupción" (Lambach, 2004, p.8).

En estas palabras, la definición de un Estado hostil —por sus connotaciones tiránicas, aisladas, militaristas— se combinaron con elementos de un Estado fallido —el caos y la corrupción— (Lambach, 2004).

Otro mandatario que se expresó en torno a esta cuestión fue el ex Canciller de la República Federal Alemana, Gerhard Schroeder, quien señaló que los Estados fallidos, en donde los gobiernos no pueden o no quieren garantizar la seguridad y el bienestar a sus ciudadanos, representan una de las más grandes amenazas de nuestros tiempos (Lambach, 2004).

De forma complementaria, el ministro de Asuntos Exteriores Joshcka Fischer denunció a los Estados fallidos de la siguiente forma:

"Las zonas de desorden político y social no son solo un problema regional y una tragedia humana, más bien, son una amenaza existencial para la paz mundial que emana de estos puntos de acceso, estos agujeros negros de la política mundial" (Lambach, 2004, p.10).

Alemania, sin embargo, fue más lenta en adaptarse a esta lógica toda vez que en dos documentos estratégicos publicados en el año 2002, presentaron a los Estados fallidos como desafíos dentro de la política exterior sin relación directa con la forma de vida de ese país.

A estos países se sumaron Canadá, Japón, Indonesia, Australia, México, quienes siguieron muy de cerca el accionar de EE.UU. e inclusive le coadyuvaron, al romper los lazos diplomáticos con el régimen Talibán en Afganistán, e inclusive aislarlo por dar refugio a los terroristas tal como lo demarcó Bush (2001e) en el siguiente discurso: "Este mundo civilizado reconoció que de no enfrentar esos problemas, en algún momento como países civilizados iban a enfrentar las consecuencias".

También en el seno de la OTAN se invocó el cumplimiento del artículo quinto del tratado constitutivo donde se tipifica que un ataque en contra de uno de los miembros, se convierte en una querrela en contra de todos. Con base en ello, y, como otro legado de la Conferencia de Bonn de 2001, se creó la misión de fuerza de asistencia de seguridad internacional ISAF —por sus siglas en inglés— que todavía sigue desplegada en Afganistán y cuya principal misión era reconstruir el país a través de la creación de una nueva estructura gubernamental en colaboración con la autoridad de transición en Afganistán (Resolute Support Mission, s/f) y, a su vez, reemplazaba el mandato de la operación libertad duradera de EE.UU.

Entre las múltiples funciones de la ISAF, el tema que más los ocupó, fue la cuestión en seguridad. Esta temática demandó trabajo en conjunto por parte de los diferentes Estados que la conformaban. Alemania fue encargada de

liderar las reformas policiales, mientras que las militares quedaron supeditadas a EE.UU.; Italia supervisó las reformas judiciales; el Reino Unido administró la lucha contra la producción de drogas; y Japón tuvo que colaborar con el proceso de desarme, desmovilización y reintegración de los combatientes a través del programa nuevos comienzos para los afganos o Afghan New Beginnings Programme (ANBP).

De igual forma, otros países que apoyaron fueron China y Rusia. China asistió para que su viejo aliado, Pakistán —vecino de Afganistán— se aleje, a pesar de sus vínculos estrechos, del régimen talibán, respondiendo así, de forma positiva a la presión diplomática de Washington. Igual proveyó de instalaciones a las tropas occidentales. Por otra parte, Rusia se constituyó en una fuente estratégica en el campo de información de inteligencia sobre Afganistán para EE.UU. y un vínculo importante con el grupo de oposición Alianza del Norte contra los talibanes. En este punto, es perentorio aclarar, que en aquel entonces, Rusia también se sentía amenazada por la insurgencia terrorista que podría provenir de Afganistán y de Chechenia. Por ende, la estrecha asociación entre estos últimos resaltó cuando se hizo evidente que Washington buscaba que este grupo participara activamente en los combates en contra de los talibanes en el terreno. El apoyo del presidente Vladimir Putin también coadyuvó a la administración Bush para asegurar el acceso a los servicios básicos y de apoyo aéreo en Uzbekistán (Patman, 2006).

Con todo ello descrito, tanto en esos discursos como en las acciones tomadas se evidencia un cambio de paradigma con respecto a la importancia de este tipo de Estados. Como resultado directo de los ataques terroristas y con la exposición de cómo la democracia y la libertad pueden verse amenazadas, se cambió la visión que se tenía sobre estos países, toda vez que anteriormente, funcionarios de alto nivel en Washington, Londres o Berlín tendían a considerar a estos Estados periféricos con déficit de soberanía, solo en términos humanitarios, que en alguna ocasión tal vez se pudiesen solventar, no obstante, la situación no era tan apremiante, tal como comprobó su desinterés

durante las crisis humanitarias de los noventa. Como reafirma Patrick (2007a), se tenía el pensamiento que en ocasiones estos Estados podrían afectar los intereses de los Estados del norte, mas, siempre fueron preocupaciones de tercer orden.

1.6. La aceptación de la academia y la elaboración de los modelos de medición de los Estados

En cambio desde la academia la aceptación al discurso se dio de la siguiente forma. William Zartman citado por Bilgin y Morton (2002) y por Langford (1999) fue el primero desde la academia en analizar esta cuestión. Él considera que un Estado —definido como la institución política que ejerce autoridad y soberanía sobre un territorio reconocido— falla cuando no cumple las funciones normales que le son atribuidas por sus mandantes. En estos países, la autoridad central a través de la cual se generan las leyes y cuya potestad es hacerlas cumplir, se vuelve inoperante. El Estado deja de ser una fuente de identidad y significado social. El marco socio-económico se disuelve y es reemplazado por una estancación económica.

En esencia, el gobierno pierde su capacidad mínima y su derecho a ejercer la ley, es decir, no ha logrado ejercer por sí mismo —tal como Max Weber definió— el monopolio del legítimo uso de la violencia física en su territorio (Gert y Wright, 2009, p.78), al no haber podido garantizar, de forma irrestricta, la seguridad a su población de amenazas tanto externas como internas.

Para complementar dicha concepción, diversos *Think Tanks* y centros universitarios de EE.UU., construyeron modelos para categorizar a este tipo de Estados.

El primero de ellos fue el *World Peace Foundation* creado en 1910 cuyo objetivo es estudiar las causas y posibles soluciones a los conflictos interestatales. Bajo la dirección de Robert Rotberg, también profesor del Centro Kennedy de la Universidad de Harvard, esta institución delimitó su propio

modelo para estudiar el fallo de los Estados. Desde su concepción, un Estado fallido es aquel que pierde el control del territorio al no ejercer el monopolio de la violencia legítima y, ante ello, en muchas ocasiones, solo es capaz de controlar la capital y escasamente los centros urbanos más importantes (Rotberg, 2004). Esta ausencia del Estado merma la provisión de seguridad a sus habitantes y, a su vez, permite que se acreciente la violencia y la proliferación de actividades del crimen organizado, y esto justamente conlleva a un incremento de la inestabilidad en la región.

En menor medida, otro factor que afecta el desempeño del Estado es la provisión inefectiva de un Estado de Derecho a través de un sistema judicial fuerte. Desde su perspectiva, la ineficiencia en este campo se ve reflejada con mayor énfasis cuando hay un ataque a la propiedad privada. Otras libertades que se ven afectadas dentro de un Estado fallido son el derecho de participar en la política y competir por puestos públicos, así como la libertad de palabra, de prensa, de pensamiento y hasta de religión (Rotberg, 2004).

En última instancia, otro problema que enfrenta este tipo de Estados, es en la provisión de servicios médicos y de salud, colegios e instrucción en educación, vías, ferrocarriles, puertos y otro tipo de infraestructura física; redes de comunicación, sistema bancario y financiero (Rotberg, 2004).

En forma sistemática, desde la visión de Robert Rotberg (2003), estos países por lo general para fallar han vivido guerras civiles, esto ha conllevado a su incapacidad de controlar las regiones periféricas, lo que produce el incremento de la violencia, el crimen y la anarquía y todos estos aunados por la corrupción desemboca en la disminución del crecimiento económico y la pérdida de legitimidad política.

Bajo estos indicadores, Afganistán fue catalogado como un Estado fallido. Si bien, este país en aquel entonces experimentaba todos estos problemas, más

aún, después de la invasión estadounidense, un hecho en particular conllevaba para que ese país entre en esta tipología.

Para Rotberg (2004) la falla de la agencia humana en Afganistán al mando de los Talibanes era otro causal que provocaba la falla del Estado. Según él y su estudio, la carencia de voluntad política de los Talibanes —y múltiples gobiernos más— acrecienta los problemas de aquellos países que se encuentran experimentando un periodo de transición después de una guerra. La solución que él entrevé es que se corrija las fallas de la agencia humana — es decir, que se instaure un nuevo gobierno— que a su vez, garantice una voluntad política para que así se fortalezcan las capacidades materiales necesarias para revertir la falla del Estado.

Un segundo *Think Tank* involucrado fue el *Fund for Peace* (FFP) quien estudia el manejo de conflictos y elabora informes de alerta temprana de cuales de estos se podrían producir. Su enfoque con respecto a los Estados fallidos enmarca el uso de diversos medidores cualitativos y cuantitativos que se ven reflejados en una publicación anual en la revista de *Foreign Policy* conocida como el *Fragile States Index* (FSI).

Este FSI es un ranking que mide a 177 países con base en sus niveles de estabilidad y capacidad. El primero de estos fue publicado por primera vez en el 2005. Para determinar la efectividad del Estado analizan 12 criterios diferentes que a su vez se subdividen en otras subcategorías, como se lo puede apreciar en la siguiente figura:

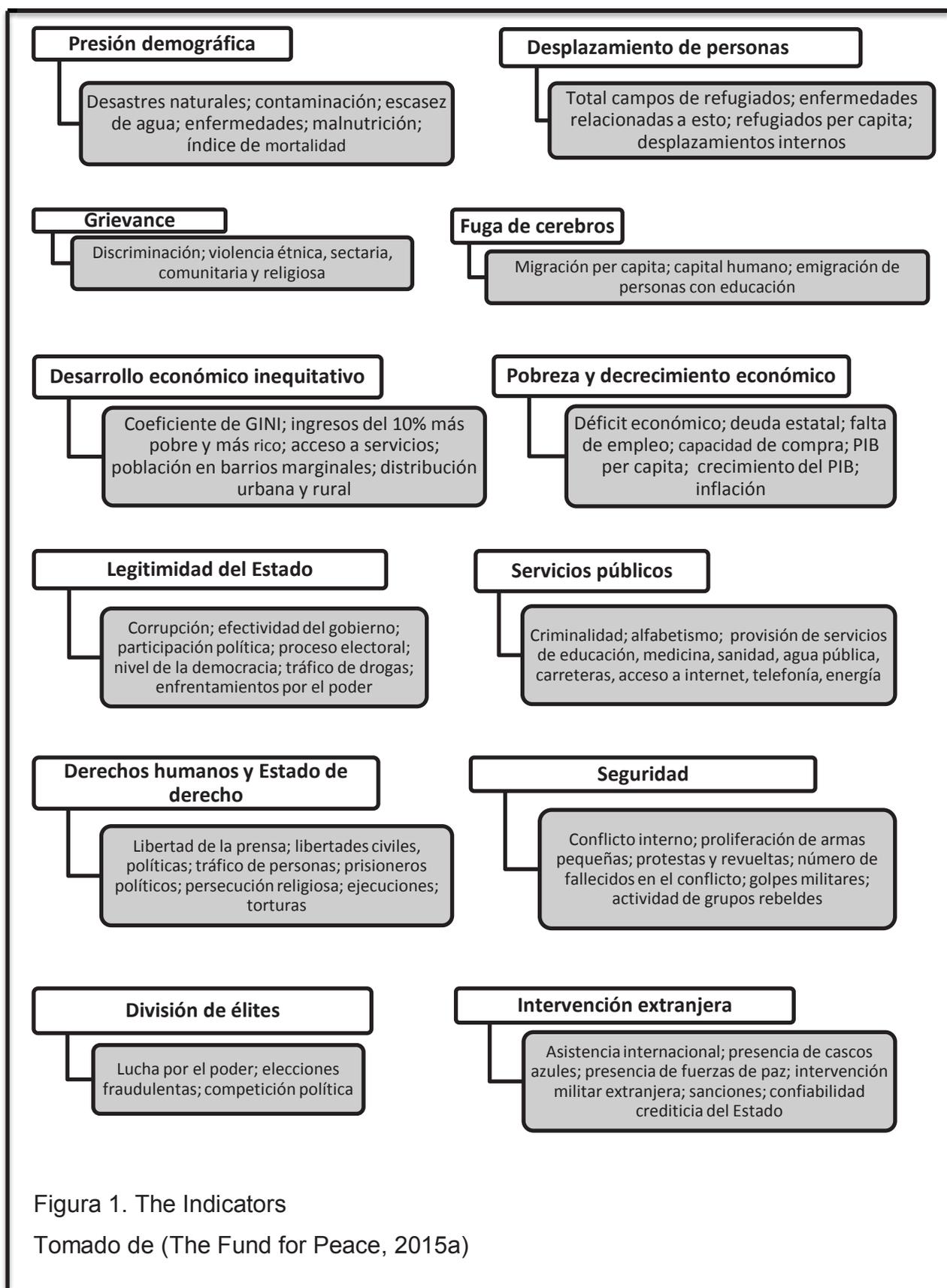


Figura 1. The Indicators

Tomado de (The Fund for Peace, 2015a)

Toda la información que es recopilada dentro de cada campo es utilizada por medio de un Software para la Evaluación de Conflictos o CAST —por sus siglas en inglés—. Esta herramienta realiza un análisis de todo el contenido que es investigado y a través de algoritmos, primero separa los datos relevantes; segundo, selecciona la información que será usada en cada medidor; y tercero, con otro sistema de algoritmos le otorga una calificación a cada variable sobre 10, siendo este el peor resultado y 0 el mejor (The Fund for Peace, 2015b).

Dentro de este sistema, durante los cuatro años que Afganistán pudo ser calificado como parte de la presidencia de George Bush recibió los siguientes resultados dentro de cada categoría:

Tabla 1. Estado de situación de Afganistán en el índice de Estados fallidos

Afganistán	Total	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
2005	99.0	9.0	9.0	8.0	7.4	8.8	7.5	8.1	8.1	7.9	8.2	8.0	10.0
2006	99.8	7.9	9.6	9.1	7.0	8.0	7.5	8.3	8.0	8.2	8.2	8.0	10.0
2007	102.3	8.5	8.9	9.1	7.0	8.0	8.3	8.8	8.0	8.2	9.0	8.5	10.0
2008	105.4	9.1	8.9	9.5	7.0	8.1	8.5	9.2	8.3	8.4	9.6	8.8	10.0

Adaptado de (The Fund for Peace, 2015c)

Con base en esta calificación, Afganistán entró dentro de la tipología de Estado fallido, durante todos los años. Lo preocupante de la situación era que para aquel entonces, ya habían pasado cuatro años de la invasión estadounidense y de tropas de la OTAN y la situación no mejoraba en ningún aspecto ni lo económico, ni lo social, ni lo político y peor en lo militar. Inclusive como se puede observar en el mismo cuadro, durante los dos últimos años de la presidencia de ese mandatario, las condiciones internas empeoraron de forma ostensible.

Como consideración final, es perentorio recalcar que la legitimidad que otorgan estos centros de investigación a la toma de decisiones de la política de un gobierno dentro de una sociedad democrática es importante. Al validar de

forma cuantitativa y cualitativa, la percepción que tiene un gobierno sobre un tema puntual, permiten legitimar las acciones que son ejecutadas frente a la sociedad, ya que hacen que el público conozca sobre que se está tratando y a partir de ello, acepte y comparta las directrices emitidas desde el Ejecutivo. Todo esto se debe a que se tiene la creencia, tal como afirma Andrew Rich citado en (Monroy, 2011), que los *Think Tanks* son organizaciones independientes, no interesadas y sin fines de lucro que producen y que principalmente se basan en, experticia e ideas para obtener apoyo e influir en el proceso de formulación de políticas. Por ello, se considera que por ser centros de producción de conocimiento, desarrollo de ideas y conceptos influyen de forma beneficiosa en la formulación de las políticas nacionales al aplicar el conocimiento científico interdisciplinario, con el fin de mejorar a fondo la formulación de políticas públicas sirviendo como un puente principal entre el poder y el conocimiento (Monroy, 2011).

Si bien el trabajo desarrollado por las *Think Tanks* tiene un carácter invaluable, es innegable, a su vez, que su dimensión política también puede mermar su accionar. Bajo esta lógica, se puede ver a estos centros del pensamiento como instituciones agresivas que están en la búsqueda de maximizar su credibilidad en la esfera pública con el fin de tener influencia política (Monroy, 2011).

En este contexto, el desarrollo de estos nuevos estudios que se adscribieron a las necesidades de la política exterior estadounidense no es nuevo. En términos históricos, el trabajo llevado a cabo por los *Think Tanks* ha tenido como fin acrecentar el acceso de sus investigaciones a la toma de decisiones de la política; para ello, han procurado que sus estudios complementen la formulación de las políticas públicas. Esto se debe a que desde un inicio, estas entidades estuvieron relacionadas con los diferentes departamentos gubernamentales. Uno de ellos, fue por ejemplo el Departamento de Estado quien desde la década de los cincuenta a través de diferentes iniciativas como el *Proyecto Troy* promovió la anexión de los estudios académicos a los debates previos a la ejecución de las medidas del gobierno. El Departamento de

Defensa, por su parte, también trabajó en conjunto con estos *Think Tanks* en diferentes proyectos como *Camelot* a través del cual se empezó a involucrar a diferentes expertos para que estos, por medio de estudios, puedan predecir y controlar las precondiciones de revueltas sociales que se daban en el Tercer Mundo (Bilgin y Morton, 2002). Finalmente, los estudios pos-guerra Fría fueron delimitados dentro del *Social Science Research Council projects*, cuya función principal es colaborar económicamente en la modernización de los estudios comparativos de la política interior y exterior de EE.UU. (Bilgin y Morton, 2002).

1.7. Conclusión

El Estado fallido como actor del sistema internacional pudo haber existido a lo largo de la historia moderna; mas, solo tras el 11 de septiembre apareció de forma pública ante la comunidad internacional como una problemática que de no ser enfrentada puede llegar a afectar a todo el mundo en general. Si bien, con Somalia y Ruanda, en los noventa se pudo evidenciar la forma como las conflagraciones internas perturbaban el balance del sistema, más aún, en términos humanitarios, únicamente a partir de su correlación con el terrorismo, estos países se convirtieron en agentes que perturban la seguridad internacional. Este enfoque con carácter de seguridad, se acrecentó hasta un punto en el que estos países fueron culpados por la propagación de armas nucleares y ligeras, el narcotráfico, refugiados y demás. En este sentido, Afganistán fue un sujeto de estudio que poseyó casi todas estas características.

Si bien ahí ya se evidenciaba una directriz que podría haber sido seguida dentro la narrativa discursiva empleada desde Washington, ellos acrecentaron la problemática en torno a estos Estados. Esta transformación fue efectiva, habida cuenta que se empezó a manifestar que al no hacer frente a las amenazas que provienen de estos países la propia libertad y democracia del mundo estarían siendo afectadas y, por ello, EE.UU. debía emprender una campaña misionera para llevar estos valores al resto de países; el expansionismo fue visto como una medida que traería paz al mundo, esa paz

liberal que en el siglo XXI es el fin último que debe ser alcanzado —desde su visión.

Para alcanzar este fin se emprendieron diferentes programas desde el campo militar, diplomático y de desarrollo. De estos, el primero fue el que mayor atención recibió y, por ende, fue el que obtuvo la mayor cantidad de recursos.

A pesar de esto, hubo una marcada aceptación tanto por parte de la comunidad internacional como desde los centros académicos; Europa no solo colaboró de forma militar, sino en sus diferentes documentos estratégicos también demarcaron como la amenaza que caracteriza a los Estados fallidos en algún momento los podría afectar. También para ellos, estos Estados aparecieron solo tras el 9/11. Por su parte desde la academia, se gestaron los primeros modelos cualitativos por medio de los cuales se medían que países poseían las características de fallidos y cuales otros no, contribuyendo así a legitimar el accionar de la política exterior estadounidense.

En este punto, si bien ya se cumplieron con los parámetros establecidos por la teoría de la securitización a la hora de delimitar como las amenazas llegan a ser construidas por medio de una narrativa discursiva, lo que falta por evaluar es el rol que desempeñó el agente securitizador y el objeto referente que utilizó para crear este discurso y después de ello, contrastar si lo expuesto contrajo algún beneficio para los Estados fallidos o no.

CAPÍTULO II: EL MANEJO RETÓRICO DE GEORGE BUSH Y LOS PROBLEMAS EN LA NARRATIVA DISCURSIVA SOBRE LOS ESTADOS FALLIDOS

Al haber descrito la coyuntura que propició el surgimiento del discurso de Estado fallido como parte de la política exterior estadounidense dentro de la guerra contra el terror, así como, las medidas tomadas y la respuesta favorable por parte de la comunidad internacional y la academia, es perentorio —como parte del análisis— entender por qué esta narrativa logró tener tal aceptación, contrastándolo con las graves falencias a la hora de ser puesta en práctica, por haber creado un discurso que reflejó una realidad menos peligrosa que la que fue descrita. Con motivo de ello, en este capítulo se procederá a examinar el rol que tuvo Bush como actor principal en el momento de configurar el presente discurso, donde además, se detallará la importancia que poseen valores como la libertad y la democracia para los estadounidenses que facilitaron la aceptación del mismo. Y a partir de ello, se cuestionará como se tergiversó el mensaje que se buscó transmitir, hasta tal punto que el tratamiento de la problemática de Estado fallido, parece más bien ser otro ejemplo del discurso orientalista que maneja el occidente.

Para llevar a cabo aquello, en primer lugar, se tiene que indicar que desde la visión constructivista con la que se ha venido desarrollando el presente trabajo, para llegar a ejercer control sobre el contexto, un actor tiene que conocer primero quién es, cuál grande es su influencia y cómo es visto. La mejor manera de hacerlo dependerá de cuál es la identidad que lo caracteriza (Wendt, 1992). Este término, desde esta visión constructivista, analiza cómo se construye la imagen del Estado dentro de la política mundial, misma que en parte es producto de las prácticas sociales que la constituyen y a la vez le dan identidad en casa. De esta manera, la identidad interna —donde se enmarcan las características intrínsecas de la sociedad, y la de los líderes— restringe y configura la identidad estatal externa, así como, la constitución de sus intereses y su accionar (Wendt, 1992). En virtud de eso, el Estado asume la necesidad

de construir una identidad nacional y a partir de ésta, configurar, e inclusive, legitimar su accionar internacional (Hopf, 2004), para ello, no hay mejor forma que utilizar aquellos términos que reflejen la característica de su sociedad. Y esto es lo que se detallará a continuación.

2.1. El excepcionalismo de EE.UU.

En el capítulo anterior se pudo apreciar el común uso de los términos libertad y democracia en el marco de la narrativa discursiva de los Estados fallidos. La administración de Bush, en este sentido, hizo uso de aquellos valores que por años han formado parte de los discursos de diferentes presidentes y que a su vez, tanto caracterizan el imaginario colectivo de EE.UU., habida cuenta que desde la fundación de este país, se ha tenido la idea de que ellos son la *nación elegida*. Esta idea, en términos históricos se remonta al siglo XVI; John Withrop, en aquel entonces había concebido la noción de la ciudad sobre la colina, misma que se basa en el supuesto de que Estados Unidos de América es un país elegido por Dios (Wlodarek, 2010). A este se sumó Alexis de Tocqueville (1911), quién hizo mención del término *excepcionalismo*, para señalar la forma como Estados Unidos es diferente a Europa, principalmente en términos de la estructura de clases y la religión.

Justamente, esta idea del excepcionalismo se refiere a una ideología informal que dota a EE.UU. de una fe generalizada de su singularidad, inmutabilidad y superioridad gracias a sus principios liberales, propios de la fundación del país, y también con base en la convicción de que este país tiene un destino diferente al del resto de naciones. Como bien señala Patman (2006), los padres fundadores concibieron a esta nación como una nueva forma de comunidad política, dedicada a cristalizar los principios de la ilustración como lo son el estado de derecho, la propiedad privada, el gobierno representativo, la libertad de expresión y de religión, y la libertad comercial y siempre guiados bajos la providencia de Dios. En este punto, este mito se construyó sobre la base de tres ideas principales: nación escogida, vocación o misión y fuerza del bien contra el mal.

El primero se refiere a la noción de que “EE.UU. es la nación de Dios, o nación de la naturaleza” (Hughes, 2003, p. 45). El carácter religioso que forma parte de los diferentes documentos que se elaboraron durante la fundación, demarcan la idea de que EE.UU. es el país de Dios. Las colonias exigieron su emancipación e igualdad ante las leyes de la naturaleza y de Dios. Inclusive, en la Declaración de Independencia consta que esta se hace al amparo de la protección de la Divina Providencia.

El segundo se refleja mediante la noción de destino manifiesto, un término que apareció por primera vez en la *Democratic Review* en 1845. Para su editor, John O' Sullivan, esta frase evoca el derecho —e inclusive el deber— que EE.UU. posee para extender su influencia no solo con el ejemplo, sino por la fuerza (Hughes, 2003).

El tercero se adscribe dentro del mito de la civilización vs. la barbarie o el choque de civilizaciones. En este, EE.UU. representa las fuerzas del bien contra el mal, donde el mundo político y cultural civilizado como el de occidente, se define en oposición a un mundo violento y barbárico como el de oriente (Esch, 2010). Es la clásica historia de nosotros contra ellos.

Estas nociones demarcan un problema llamado dicotomía de identidad. Por un lado, EE.UU. se ve como el ejemplo a seguir del mundo, sin necesariamente tener que involucrarse en este. Por el otro, son los actores misionarios, que están en la necesidad de promover sus valores alrededor del mundo (Eliassen, 2012). No obstante, al analizar esta cuestión en términos históricos se demarca como la segunda visión ha sido la que ha caracterizado al excepcionalismo estadounidense en última instancia y, a través del cual, se ha delimitado una específica narrativa para cada enemigo que fue enfrentado en diferentes períodos históricos. Por ejemplo, durante la etapa de los padres fundadores, se intentó derogar la tiranía del viejo mundo y construir lo que Thomas Jefferson llamó un imperio de la libertad. Luego los demócratas, descendientes

de la corriente de Jackson, manifestaron su interés en eliminar a los demonios rojos y construir una civilización cristiana. Por último, las generaciones del siglo XX han visto triunfar sus preceptos por sobre la Alemania imperial, el fascismo, el comunismo, hasta la creación de un orden democrático mundial con base en sus valores. El punto de inflexión acaeció durante la Guerra Fría, cuando en la batalla del bien contra el mal —o imperio del mal en términos de Reagan—, Dios coadyuvó a EE.UU. a hacer frente a los comunistas ateos (Esch, 2010).

Lo que demarcan estos acontecimientos es que el excepcionalismo de EE.UU. solo se pudo —y se puede— dar, como expresa John Ikenberry en Kerton (2008), en un inicio gracias al carácter de aislamiento que este país vivió en materia de política exterior y, actualmente, dentro del mundo globalizado, solo por su dominio del concierto mundial. Es decir, EE.UU. modificó su accionar, ya que pasó, en términos de Kaplan citado en Eliassen (2012), del aislamiento —esto significa mantener a distancia al mundo preocupándose solo por sus propios asuntos— al internacionalismo —estar activamente involucrado en el acontecer mundial.

En virtud de esto, se dio un cambio en este paradigma. Ahora, tanto los ciudadanos como los gobernantes creen firmemente que los valores estadounidenses, ya no solo son importantes para el desarrollo de su sociedad, más bien, son imperantes dentro de cualquier sociedad —que ellos consideran—sea civilizada. Por ende, este país se ve en la fausta misión de difundirlos globalmente sin importar que diversos grupos llegasen a estar en contra. Tal como Kerton (2008) enfatiza, el afán más grande, es llegar a todas aquellas sociedades que —según la concepción estadounidense— lo necesiten.

En este punto, es perentorio considerar que tan arraigado están los valores de libertad y democracia en el pensamiento estadounidense, que han formado parte de su excepcionalismo a lo largo de la historia, complementados con los preceptos religiosos que como se describirá posteriormente, son un pilar para llevar a cabo el análisis de la narrativa discursiva de Bush.

2.1.1. Religión, libertad-liberalismo y democracia desde la concepción estadounidense

En primer lugar, al hacer alusión a que Dios y la divina providencia han guiado desde su independencia, el accionar de EE.UU., directamente se infiere que la religión es uno de los componentes principales del excepcionalismo de este país. En un inicio, fueron los dogmas protestantes los que dominaron estas creencias. Los protestantes expulsados de Inglaterra y otras partes de Europa encontraron en el Nuevo Continente un espacio donde podían expandir sus ideas, sin temor a represalias. Con el pasar del tiempo, otras corrientes fueron adoptadas por los estadounidenses como el cristianismo y demás. Hoy en día, la gran mayoría de los estadounidenses afirma tener creencias religiosas, y además, considera a esta práctica como parte importante de su vida.

Al preguntarles a los estadounidenses si creían en Dios o no, el 92% respondió afirmativamente. De la misma manera, el 57% dijo que la religión era muy importante en sus vidas; el 27% opinó que era bastante importante y solo el 16% expresó que ésta no era muy importante. Para finalizar, del 80 al 85% de los estadounidenses se consideran pertenecientes al cristianismo (Patman, 2006).

Con base en ello, esta tendencia ha estado fuertemente arraigada al acontecer político y por eso, puede ser visto en los discursos de los presidentes estadounidenses a lo largo de la historia. No solo George Walker Bush, construyó su política exterior y su discurso con base en este componente. Por el contrario, la gran mayoría de presidentes estadounidenses poseen este influjo religioso. En este punto, Jon Shields en Smith (2008) argumenta que los líderes de EE.UU., en su mayoría religiosos, han llegado a la conclusión de que en defensa de la política, ellos deben cumplir con las normas deliberativas, donde se incluye la civilidad y el respeto y la práctica de un cuidadoso razonamiento moral. Un ejemplo de ello, es que cada vez que un presidente toma posesión de su cargo tiene que poner su mano sobre la biblia.

En este contexto, Ronald Reagan ha sido uno de los mayores referentes de esta tendencia. En sus manifestaciones era común observar el empleo de diversos términos que hacían alusión al carácter religioso que defienden los estadounidenses. Solo por citar un ejemplo, al celebrar el aniversario de la Constitución en 1987, este presidente señaló en referencia a este evento que:

“La mano guía de la providencia no creó esta nueva nación de América para nosotros mismos, sino por una causa superior: la preservación y extensión del fuego sagrado de la libertad humana. Este es el deber solemne de Estados Unidos” (Reagan, 1987 citado en Esch, 2010)

Por ende, EE.UU. no solo por ser la nación de Dios, sino inclusive por recibir los designios de la divina providencia se ve en la necesidad de cumplir con el objetivo de expandir y más que nada, defender los valores sagrados que toda sociedad libre posee. En este contexto, al hacer alusión a la libertad, emerge el segundo componente —tal vez el más importante— del excepcionalismo estadounidense. Desde la concepción estadounidense, la libertad está muy arraigada al carácter religioso del país, motivo por el cual, la primera enmienda que se realizó a su Constitución fue la Carta de Derechos, que establece como primer artículo la libertad religiosa, de expresión y de prensa; derechos de reunión y petición que se garantiza en todo el territorio soberano (Departamento de Estado, 2004) con el fin de garantizar el progreso de su sociedad.

En este sentido, la importancia de la libertad, como señala Frances Lappe (1989), se da al ser este, el valor primigenio para la sociedad estadounidense. Ya en su declaración de independencia de 04 de julio de 1776, se expresaba en el manuscrito “que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”

Diversos jefes de Estado de la unión en sus ponencias han resaltado la importancia que posee la libertad para esta sociedad y para el mundo en

general. Dentro de estos, a opinión personal, el que mejor refleja el sentimiento de este país, fue el discurso inaugural de John Fitzgerald Kennedy (1961), donde se expresó que:

“Todas las naciones han de saber, sean o no amigas, que pagaremos cualquier precio, sobrellevaremos cualquier carga, afrontaremos cualquier dificultad, apoyaremos a cualquier amigo y nos opondremos a cualquier enemigo para garantizar la supervivencia y el triunfo de la libertad (...) A los nuevos estados que recibimos entre las filas de los libres, les damos nuestra palabra de que ninguna forma de control colonial habrá terminado simplemente para ser sustituida por una tiranía mucho más dura. No esperaremos que estén siempre de acuerdo con nosotros, pero sí esperamos la sólida defensa de su propia libertad (...) En la larga historia del mundo, solo unas pocas generaciones han tenido que defender la libertad en su momento de máximo peligro. No me asusta esta responsabilidad, le doy la bienvenida. Creo que ninguno de nosotros querría cambiar de lugar con otras personas u otra generación (...) Conciudadanos del mundo no pregunten qué puede hacer Estados Unidos por ustedes, sino qué podemos hacer juntos por la libertad del ser humano.

En esta excelsa declaración, Kennedy resalta la convicción que tiene EE.UU. por defender su libertad y la de todos los pueblos, dejando entrever como esta nación no escatimará en esfuerzos para promover y garantizar este valor a cualquier país del mundo.

Este pensamiento forma parte de la corriente liberal que —supuestamente— caracteriza a EE.UU., misma que responde a las aportaciones teóricas de John Locke, quien al ser el padre del liberalismo moderno, delimitó la importancia que posee la propiedad privada, la vida, la libertad y el derecho a la felicidad como caracteres inalienables del ser humano (Fatovic, 2009). El otro teórico que coadyuvó a este pensamiento fue Immanuel Kant. Al analizar sus escritos,

se puede entender como el fin político —e inclusive ideológico— que él buscó dejar como legado para la humanidad, era que la sociedad logre alcanzar un sistema de paz perpetua que terminara con todas las guerras, sin la necesidad de llegar a un gobierno mundial único. Para que dicho sistema funcionase de manera efectiva, todos los países necesitaban tener el mismo sistema político republicano. En el primer artículo de la paz perpetua se tipifica que la constitución civil de cada nación debe ser de carácter republicano (Kant, 1983).

Este pensamiento de Kant (2006, pp.3-4) se refleja en el siguiente enunciado:

"Para la paz perpetua no basta la voluntad individual de todos los hombres, se necesita la unidad colectiva de la voluntad general. Hace falta que todos quieran ese estado para que se instituya una unidad total de la sociedad civil. Sobre las diferentes voluntades particulares de todos es necesario, además, una causa que las una para constituir la voluntad general, y esa causa unitaria no puede ser ninguna de las voluntades particulares".

Bajo este contexto, lo que se demarca es que para que la sociedad en general sea prospera, libre y justa, no basta que esto acaezca en pocos países. Para hacer que el mundo sea seguro, todos los Estados deben adoptar el carácter republicano. En este punto, EE.UU. se ha guiado por este pensamiento, aunque en contraposición a la visión de Kant, vio en la democracia y no en el republicanismo, el mecanismo por medio del cual podría impulsar la paz y seguridad internacional —EE.UU. ha buscado promover más los parámetros de participación del pueblo en la toma de decisiones (democracia) más que el propio imperio de la ley (República) —. Justamente, éste es el tercer componente del excepcionalismo estadounidense.

Desde la época de Lincoln, ya se tipificaba la importancia que poseía la democracia para el pueblo estadounidense. En su aclamado discurso en conmemoración a la batalla de Gettysburg durante la Guerra Civil, el presidente

pronunció “Que esta nación, Dios mediante, tendrá un nuevo nacimiento de libertad. Y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparecerá de la Tierra” (Lincoln, 1863).

Alexis de Tocqueville también fue uno de los principales defensores de la importancia de la democracia para la sociedad estadounidense. Después de finalizado su viaje por EE.UU. en el siglo XIX, el teórico francés elaboró su aclamada obra *La Democracia en América*. En esta resalta como este valor, en particular, es el que más diferencia a esta nación del resto del mundo. En diversos pasajes del texto se hace mención a lo siguiente:

“Querer detener la democracia parecerá entonces luchar contra Dios mismo. Entonces no queda a las naciones más solución que acomodarse al estado social que les impone la Providencia (...) Instruir a la democracia, reanimar si se puede sus creencias, purificar sus costumbres, reglamentar sus movimientos, sustituir poco a poco con la ciencia de los negocios públicos su inexperiencia y por el conocimiento de sus verdaderos intereses a los ciegos instintos; adaptar su gobierno a los tiempos y lugares; modificarlo según las circunstancias y los hombres: tal es el primero de los deberes impuestos en nuestros días a aquellos que dirigen la sociedad” (Tocqueville, 1911, pp.15).

En la actualidad, este interés por la democracia se refleja directamente dentro de los cánones establecidos por la teoría de la paz democrática. Su hipótesis señala, con base en diferentes estudios cuantitativos, como las democracias son menos propensas a ir a guerra, y aún es más reducido, que entre éstas se enfrenten (Doyle, 1997).

Michael Doyle (1997), uno de los principales teóricos de esta corriente, señala que, dado que los ciudadanos tienen derecho a la libertad, los Estados que democráticamente los representan tienen el derecho de ejercer la independencia política. El respeto mutuo de estos derechos se convirtió en la

pieza angular de la teoría liberal internacional, por el hecho de que estos convenios han conllevado a buscar la cooperación entre los Estados.

En este sentido, la teoría de la paz democrática es un ideal liberal y como resultado tiene tres supuestos generales. En primer lugar, la democracia es un bien universal y, por ello, se convierte en un fin que debe ser alcanzado por los Estados racionales. En segundo lugar, todas las democracias tienden a aliarse entre sí. Y en tercer lugar, solo este sistema político puede ser considerado como legítimo (Steele, 2007).

En caso de que las democracias decidan ir a la guerra se verán limitadas, tanto por sus instituciones internas —el consentimiento de las personas—, como la normativa internacional que las cohesiona, y gracias a eso, se verá mermada su acción belicista. Bruce Russett y John Oneal citados en Steele (2007) señalan que los Estados kantianos han influenciado la evolución de las normas e instituciones internacionales y, por lo tanto, afectan la probabilidad de que la fuerza sea utilizada por aquellos Estados que no son kantianos.

Si bien, como se demarcó, muchos presidentes a lo largo de la historia hicieron alusión a la democracia, la religión y la libertad como parte de su política de estado; no obstante, fue Bush quien enfatizó el uso del excepcionalismo para garantizar la seguridad y la paz internacional. Por ello, a continuación se procederá a detallar la influencia de este ex mandatario como el actor que configuró los valores estadounidenses con base en la coyuntura que se vivía para así construir su acción de política exterior en la guerra contra el terror.

2.2. Los valores liberales en el Discurso de Bush

Nye (1995) afirmaba que el poder es la capacidad para influenciar a otros actores con el fin de alcanzar los resultados preferidos. Dentro de esta temática, como ya se había demarcado anteriormente, el discurso es uno de esos mecanismos que son utilizados —dentro de la política— para afectar el acción de las personas y así, promover dentro de estas creencias y

pensamientos que se acoplen a los designios de un líder o un grupo específico (van Dijk, 1999).

Esto acaece dado que los receptores tienden a aceptar las creencias —tanto conocimientos como opiniones— que son transmitidas a través del discurso por parte de las fuentes que ellos consideren como autorizadas, fidedignas o creíbles, tales como académicos, expertos, profesionales o políticos (Nesler *et al.*, 1993 citado en van Dijk, 1999). Esta acepción se acrecienta, si lo que es expresado tiene relación con los valores comunes que caracterizan a los individuos y son parte importante de su vida.

De manera complementaria, como señala Piotr P. Chruszczewski (2002, citado en Wlodarek, 2010), la opinión que los presidentes emiten, por medio de los discursos —ya sean verbales o escritos— puede manipular un gran número de estructuras sociales al crear diferentes estereotipos a través de los cuales llegan a caracterizar a su nación.

Con ello delimitado, al analizar la característica discursiva que llevó a cabo George W. Bush durante su administración, se puede encontrar como este presidente propendió a realzar los valores intrínsecos de su nación como la libertad, la democracia y la religión, a los cuales los utilizó como ejes centrales tanto para legitimar su accionar como para construir un enemigo, que desde su concepción era el causante de todos los males que en ese entonces aquejaban al mundo y de no ser combatido, se pondría en riesgo la seguridad mundial y, más que nada, el propio modelo de vida estadounidense.

Autores como Ávila (2006) y Wlodarek (2010) han identificado que en general él opta por emplear diversos términos que corresponden a distintos campos discursivos con el fin de auto-catalogarse como un mandatario que posee un poder excepcional tanto en el terreno político como en el moral. Un presidente que busca erigirse como un luchador contra el mal y como aquel que debe repartir la paz y la libertad en el mundo. Un pastor que es capaz de reconocer

los momentos de a prueba a los que es sometido por Dios y, a partir de ello, tiene la habilidad de distinguir entre buenos y malos. Y al estar del lado del bien tiene el conocimiento y la capacidad para guiar al mundo frente a esta tragedia y superarla. Esta tendencia, se puede ver en los siguientes discursos:

En la noche del 11 de septiembre, en la Casa Blanca, Bush (2001f, p.57) expresó que:

“Nuestro país es fuerte. Un gran pueblo ha sido impulsado a defender una gran nación. Los ataques terroristas pueden sacudir los cimientos de nuestros edificios más grandes, pero no pueden tocar los cimientos de los Estados Unidos. Estos actos hacen añicos el acero, pero no pueden hacer mella en el acero de la resolución estadounidense. Estados Unidos fue tomado como blanco porque somos la luz de la libertad y una oportunidad brillante del mundo”.

Cuatro días después, el 15 de septiembre, Bush (2001g) manifestó que:

“Nos ha llegado una gran tragedia, y la estamos confrontando con lo mejor que hay en nuestro país - con valor y con interés en los demás, porque esto es los Estados Unidos. Es lo que somos. Es lo que nuestros enemigos odian, y lo que han atacado. Y es por eso que prevaleceremos”.

Su objetivo al emplear este discurso es lograr que él pueda llegar a ser percibido como el protector de la libertad, aquel que controla todos los pasos y las medidas a tomarse en todo el mundo al presentarse como el líder que traerá orden y recuperará la paz y la justicia para el planeta (Wlodarek, 2010); es decir, Bush se presentó como un presidente de tiempos de guerra que sabía cómo conjugar los sentimientos de ansiedad del público.

Para llevar a cabo ese fin, este mandatario optó por emplear dos directrices bien delimitadas a nivel nacional e internacional a la hora de delimitar la temática en torno a los Estados fallidos.

Dentro del territorio estadounidense, este presidente prefirió utilizar frases cortas en consonancia con las expectativas culturales y además, optó por usar el humor como herramienta que llegase a generar empatía con sus oyentes. Fue común, su forma de agradecer a casi todas las personas que estaban presentes y, a partir de esto, trato de presentarse como alguien que personifica las diferentes características de su nación —apoyo, lealtad, valentía y sacrificio—. También fue constante en su misión de resaltar el esfuerzo de los individuos que están a su alrededor.

La siguiente expresión ejemplifica lo anteriormente dicho:

“Quiero agradecer a los estadounidenses por su gran apoyo. Quiero agradecer a los estadounidenses por su fuerte voluntad. Y a la vez quiero recordar al pueblo estadounidense que seguimos siendo la mejor nación del mundo y que ningún terrorista jamás podrá decidir nuestro destino” (Bush, 2001h).

Es decir, con afán de alcanzar el apoyo de sus conciudadanos él optó por emplear los preceptos del excepcionalismo estadounidense y así resaltar que el accionar estadounidense estaba basado en la religión, la libertad y la democracia.

“No existe una raza Estadounidense. Sólo existe una creencia Estadounidense. Creemos en la dignidad y los derechos de cada persona. Creemos en una justicia igual... un gobierno limitado, y en el imperio de la ley... en responsabilidad personal y tolerancia hacia los demás. Esta creencia de libertad e igualdad ha enaltecido las vidas de millones de estadounidenses - de ciudadanos por nacimiento, y de

ciudadanos por elección. Esta creencia nos acerca a nuestros amigos... nos opone a nuestros enemigos... y siempre inspira lo mejor que tenemos dentro de nosotros” (Bush, 2002b).

Estos tres preceptos son usados de manera reiterativa con el fin intrínseco de resaltar que EE.UU. es una nación diferente que se ve en la urgencia de hacer frente a las amenazas internacionales para así garantizar la estabilidad mundial. Lo que más se debe destacar es el hecho de que Bush expresa que la misma divina providencia es la que le ha otorgado esta misión a EE.UU.

“La libertad es a la vez el plan del Cielo para la humanidad, y la mejor esperanza de progreso aquí en la Tierra, y que como parte de este plan, Estados Unidos tiene la misión de promover la libertad en todo el mundo” Bush citado en (Smith, 2008, p.274):

“Yo creo que EE.UU. es el faro de libertad para el mundo. Y yo creo que nosotros tenemos la responsabilidad de promover libertad, que es tan importante, como la responsabilidad de proteger a los estadounidenses, ya que ambos van de la mano” Bush citado en (Smith, 2008, p.275).

También la democracia se instituyó como un concepto que aunaba el actuar de EE.UU.:

“las democracias nunca deben perder la voluntad o perder los medios para hacer frente y derrotar a los enemigos de la democracia, el poder estadounidense debe ser usado para defender la libertad, y así liderar la democracia para alcanzar una paz duradera” (Rice, 2004)

En este sentido, Bush, al igual que lo hicieron diversos mandatarios de este país a lo largo de la historia, se guió por los preceptos establecidos por la teoría de la paz democrática, lo que le llevó a creer que la difusión de la democracia y

la libertad le aseguraría la seguridad a EE.UU. y le permitiría avanzar en la difusión de sus ideales (Esch, 2007).

Por ello, optó por delimitar como esos preceptos podrían ayudar a las personas afligidas en Afganistán, e inclusive invitaba a que los estadounidenses se unan en esta campaña.

“El pueblo Afgano es víctima de la opresión, la hambruna y el mal gobierno. Muchos refugiados de esa desafortunada nación se están desplazando y, tristemente, muchos afganos están a punta de morir de hambre. Los Estados Unidos respeta al pueblo Afgano - su larga tradición y su orgullosa independencia. Y lo ayudaremos en estos momentos de confusión y crisis en su país” (Bush, 2001c, p.88).

“Muchos otros se preguntan ¿Qué puedo hacer yo? Los estadounidenses ya contribuyen a la guerra sobre el terror con su paciencia y patriotismo... con su resolución y generosidad. Pero les hago un pedido más: uno especialmente a los niños estadounidenses. Les pido que muestren lo mejor de nuestro país ayudando directamente a los niños de Afganistán, los cuales sufren a causa de la opresión y del mal gobierno en su país. Muchos están mal nutridos. Muchos se mueren de hambre. Pongan un dólar en un sobre, envíenlo al *Fondo Estadounidense para los Niños Afganos* y mándenlo aquí a la Casa Blanca, Avenida Pennsylvania 1600, Washington DC 20509-1600. Trabajando con la Cruz Roja, podemos hacer llegar ese dinero a los niños afganos que lo necesitan” (Bush, 2001i).

En resumen, entre 2001 y 2008, en más de 50 discursos emitidos por parte de este mandatario, él se refirió a expresiones correlacionadas con libertad en 438 veces, las de democracia alcanzaron las 162 veces y los preceptos religiosos llegaron a ser mencionados en 225 oportunidades. Lo que esto nos demuestra, es que Bush recurrió al nacionalismo estadounidense como la fuente más importante para legitimar su accionar internacional.

Por otra parte, sus intervenciones ante otros jefes de estado, primeros ministros o con la prensa estaban caracterizadas por emplear acepciones en donde el problema que vive uno se vuelve el problema de todos (Ávila, 2006). El 20 de octubre, en su primera gira presidencial tras los atentados, él recalcó que:

“Las naciones que se reúnen aquí en Shanghái comprenden lo que está en riesgo. Si no enfrentamos al terrorismo ahora, todos los países civilizados en algún momento serán objetivos del terrorismo. En esta lucha de la libertad contra el miedo, el desenlace no está en duda. La libertad ganara y traerá nueva esperanza a las vidas de millones de personas en Asia y en todo el mundo” (Bush, 2001g).

Aquí, lo que Bush procuró configurar por medio de sus palabras es comprometer el apoyo de los diferentes Estados del mundo en su enfrentamiento en contra del terror. Para alcanzar aquello, soslayó los valores del excepcionalismo y recurrió a invocar como la cooperación internacional que EE.UU. ha dado y ha recibido a lo largo de la historia ha sido fundamental para el desarrollo de la paz y la seguridad internacional.

“En el último siglo, los conflictos en Europa condujeron a la guerra y al sufrimiento para los Estados Unidos. Hoy en día, Europa está creciendo en la unión y en la paz, y eso beneficia a nuestro país. Las naciones de la Unión Europea han contribuido considerablemente a la guerra contra el terror. Y el volumen de nuestra relación de comercio e inversión anual es casi dos trillones de dólares - ayudando a trabajadores, consumidores y familias en ambos continentes. Alemania, donde estuve de visita a principios de esta semana, ha surgido de una historia turbulenta para convertirse en una fuerza para el bien. Tropas alemanas han servido - y han muerto - en Afganistán, al lado de las nuestras. Hablando en Berlín, agradecí al pueblo alemán

por su apoyo y sacrificio - y hablé sobre los retos que todavía nos esperan” (Bush, 2002c).

En 2008, expresó que:

“En Afganistán, EE.UU. y nuestros 25 aliados de la OTAN, y 15 naciones compañeras están ayudando a los afganos a defender su libertad y a reconstruir su país. Gracias al coraje de estos militares y personal civil, una nación que una vez fue refugio para al-Qaeda es ahora una joven democracia donde niños y niñas van a la escuela, donde nuevas vías y hospitales son construidos y donde las personas avizoran un futuro con esperanza” (Bush, 2008, p.526).

Con aquellos Estados donde el discurso de cooperación no funcionaba, él recalca —a breves rasgos— la situación oprimida de las personas y como Naciones Unidas estaba coadyuvando a enfrentar esta problemática para así alcanzar una mayor legitimidad por parte de sus oyentes. Frente a la Asamblea General de la ONU, Bush manifestó:

“El pueblo afgano no merece sus actuales gobernantes. Los años de mal gobierno de los talibanes han traído nada más que miseria y hambre. Incluso antes de la crisis actual, 4 millones de afganos dependían de alimentos de los Estados Unidos y otras naciones, y millones de afganos eran refugiados de la opresión de los talibanes. Hago esta promesa a todas las víctimas de ese régimen: están llegando a su fin los días de albergar a terroristas y comercializar heroína y atacar a las mujeres. Y cuando ese régimen se ha ido, el pueblo de Afganistán dirán con el resto del mundo: hasta nunca. Se necesitará de más ayuda con el tiempo. Los Estados Unidos trabajarán en estrecha colaboración con las Naciones Unidas y los bancos de desarrollo para reconstruir Afganistán después de que las hostilidades allí hayan cesado y los talibanes ya no estén en control. Y Estados

Unidos trabajará con la ONU para apoyar a un gobierno post-talibán que represente a todo el pueblo afgano” (Bush, 2001c, p.90).

Por último, de no servir ninguno de los dos acercamientos, desde Washington también se optó por recurrir a una táctica más efectiva para alcanzar sus objetivos. Bush el 20 de septiembre (2001b, p.73), en su discurso a la nación dijo que:

“Vamos a perseguir a las naciones que proporcionan ayuda o refugio al terrorismo. Cada nación, en cada región, tiene ahora que tomar una decisión. O están con nosotros, o están con los terroristas. Desde este día en adelante, cualquier nación que continúe albergando o apoyando el terrorismo será considerada por Estados Unidos como un régimen hostil”

De ahí, el 10 noviembre después de haber sostenido reuniones en el seno de Naciones Unidas, él manifestó de forma pública que:

“Toda nación que posea inteligencia útil sobre el terrorismo debe compartirla. Toda nación debe cerrar los campos de terroristas dentro de sus fronteras. Toda nación debe negarle las armas a los terroristas. Estos compromisos son obligatorios para todo país – y muchos países están cumpliendo con estas obligaciones. Sin embargo esperamos aún más de los países que deseen ser contados como miembros de la coalición mundial contra el terror. Esperamos que las naciones se opongan a todos los terroristas, no solo a algunos. No hay causa política que pueda justificar el asesinato deliberado de civiles. No hay tal cosa como un terrorista bueno. Cualquier gobierno que trate de escoger selectivamente a sus amigos terroristas será considerado por nosotros como un patrocinador del terrorismo” (Bush, 2001c, p.86).

Esta política de suma cero dado el carácter del *o están con nosotros o están con el enemigo* tuvo marcado apoyo tanto dentro de EE.UU., como en el exterior (Patman, 2006). Desde un punto de vista teórico, esto acaeció por el hecho de que las demandas morales que subyacen el actuar del poder hegemónico fueron construidas como nociones universales que —de forma supuesta— tomaban en cuenta los intereses de cada individuo; entonces, al hablar de todos, EE.UU. logró un alcance global, al cohesionar tácitamente a cada país y gobierno del mundo.

Elshtain citado en Flint y Falah (2004) es uno de esos académicos que abogan por una misión hegemónica, donde se propenda a derogar la injusticia global, con el objetivo de promover un tipo ideal de modernidad. Este autor recalca que EE.UU. no busca conquistar a ningún país, ni destruir pueblos o religiones, sino solo defender lo que son y mejor representan.

En este sentido, Bush —desde un inicio— construyó su discurso mediante la creación de dualismos y oposiciones binarias para reemplazar al mal que antes era concebido como el comunismo y estaba representado por la Unión Soviética (Ávila, 2006), por uno nuevo donde el terrorismo y la anarquía que existe en ciertos tipos de Estado se constituye como una amenaza directa a la seguridad internacional. Esta idea del enemigo común es concebida como un método de control social, que refuerza y busca mantener los valores del sistema dominante (Keen, 1986; Spillman y Spillman, 1997) y así permite desarrollar una inconsciencia colectiva que se genera a partir de la aberración al enemigo (Foucault, 1992).

Esto se produce porque la imagen del enemigo, definida por su influencia cultural, se vuelve negativa y estereotipada, coadyuvada por las palabras y opiniones emitidas por los líderes políticos y la prensa (Merskim, 2004). La enunciación del enemigo sirve de pivote para definir, establecer y mantener el orden moral. Es por esta razón que en los discursos de Bush no se puede dejar de hablar del enemigo-otro sin hablar del amigo-nosotros. Aquellos que están

del lado del bien se definen por oposición a los terroristas, a los talibanes y los que castigan a su propia población. Todo es una lucha del bien contra el mal (Ávila, 2006). De acuerdo con Lazar y Lazar (2004), la expulsión del enemigo del orden moral queda reforzada por la caracterización de los antivalores del enemigo, haciéndolos ver como repugnantes y desviados.

Esta acepción se puede entrever en la siguiente declaración de 24 de septiembre de cuando Bush (2001j) manifestó que

“Los ataques del 11 de septiembre trazaron una línea clara de demarcación entre lo civil y lo salvaje, y nuestra nación nunca será la misma. A un lado de esta línea están los enemigos de la libertad, los asesinos de inocentes en el nombre de una causa bárbara. Por otro lado están los amigos de la libertad; ciudadanos de todas las razas y etnias, unidos para defender nuestra forma de vida”.

Al señalar que existe una marcada diferencia entre *ellos* y *nosotros*, Bush configura gran parte de su discurso, toda vez que por un lado, están todos aquellos que defienden los valores humanos y por el otro están todos aquellos que se encuentran en oposición a estos. Para van Dijk (1999), esto responde a una estrategia global que engloba la auto-presentación positiva por parte del grupo dominante y la heterorepresentación negativa de los grupos dominados. De la misma manera, al hacer uso del término *nosotros*, lo que se intenta es crear una noción, donde los oyentes o receptores se den cuenta que forman parte de una misión colectiva cuyo fin es difundir valores particulares en todo el mundo (Flint y Falah, 2004).

La polarización del *nosotros* y del *ellos* que caracteriza las representaciones sociales compartidas y sus ideologías subyacentes se expresa y se reproduce entonces en todos los planos del texto y del habla (van Dijk, 1999). Dos discursos son claro reflejo de esta forma de actuar.

El 20 de septiembre en el Capitolio, Bush (2001b, p.73) recalcó que

“Los estadounidenses se preguntan ¿porque nos odian? Ellos odian lo que ven aquí, en esta cámara, dentro del congreso de EE.UU., un gobierno elegido democráticamente. Sus líderes se auto-designan. Ellos odian nuestras libertades; nuestra libertad de religión, nuestra libertad de expresión; nuestra libertad de elección, de reunión y de estar en desacuerdo entre nosotros”.

En el siguiente abril, en cambio, Bush (2002d, p.116) expresó que:

“La mejor manera de proteger el territorio nacional es encontrar al enemigo dondequiera que tratan de ocultarse y llevarlos ante la justicia. Es la mejor manera, no se equivoquen sobre esto. No se debe confundir acerca de la naturaleza de las personas con la que estamos tratando. Nos odian porque somos libres. Odian la idea de que los estadounidenses aceptan todas las religiones. No pueden soportar ese pensamiento. Odian la idea de que educamos a todos. Odian nuestras libertades. Odian el hecho de que respetamos la libertad individual-Que reivindicamos a cada individuo. Creemos en la dignidad de cada persona. No pueden soportarlo. Y la única manera por la cual se expresan es a través del asesinato, asesinato a sangre fría. Y así tenemos que tratarlos, de la manera como son, como criminales internacionales. Y es por eso que mi presupuesto de defensa es el mayor en 20 años. Ya saben, el precio de la libertad es alto, pero para mí nunca es demasiado alto porque luchamos por la libertad”.

El objetivo de emplear esta directriz de polarización entre dos actores puede ser contextualizado desde la concepción amigo-enemigo de Carl Schmit. Para varios académicos, este teórico desarrolló una teología política en la que la afirmación de lo político era, en último término, la afirmación de la moralidad. “La lucha en contra de un enemigo válido requiere de la religión para articular la

división entre amigo-enemigo [...] lo que equivale a la tensión entre razón y revelación. Sin ésta tensión la vida civilizada no sería posible" (Bishop y Phillips, 2002, citados en Ávila, 2006, p.16). Bajo este contexto, Bush trató de configurar una realidad, con el propósito de difundir los valores estadounidenses, a un mundo lleno de problemas, donde al apoyar sus designios se estaría cumpliendo con los mandatos de Dios y aquellos que se opusiesen, estarían en contra de él.

En este punto, la teóloga Caryn Riswold en Smith (2008) al investigar el discurso de Bush de 20 de septiembre de 2001 donde se invoca el uso de acciones militares en contra de Al Qaeda y el régimen talibán en Afganistán, encontró en el argumentó de este mandatario que EE.UU. estaba llamado a defender la libertad a pesar de que el curso del conflicto sea desconocido, Dios los ayudará justificando de forma tácita la violencia. Entonces, se comunica una visión religiosa que legitima el llamado a una guerra santa, que se correlaciona con sentimientos de patriotismo. Los discursos presidenciales se configuraron como respuestas religiosas que cohesionan a la teología con la política nacional.

De igual forma, Denise Bostdorff citada por el mismo Smith (2008) describe como Bush invoca repetidamente tradiciones protestantes que sostienen que EE.UU. tiene un sagrado pacto civil, mismo que se remonta a la alianza entre Dios y la Nueva Inglaterra que necesita ser renovada periódicamente por los ciudadanos actuales. Él también se ha apoyado en el tema de la predestinación, porque esta idea permite que los ciudadanos apoyen la guerra al creer que el esfuerzo, en última instancia, tendría éxito

Con ello señalado, en esta estructura se dan dos bandos, uno del bien y otro del mal. Dentro del primero, están los estadounidenses que al ser afligidos por los eventos del 9/11, se ven en la misión de traer la paz y la seguridad mundial, por medio de la enseñanza de la libertad, la democracia y los valores religiosos. A estos se pueden sumar todos aquellos que se solidaricen con la

causa de este país. Por el otro lado, dentro del segundo grupo, está —tal como lo pronunció el presidente el 11 de septiembre— lo peor de la naturaleza humana. Un enemigo diferente al que jamás se hayan enfrentado, uno que se esconde en las sombras, que ataca a los inocentes y después corre a buscar cobijo (Ávila, 2006).

“En la misión de EE.UU. contra el mal lo que está en juego no es sólo la libertad de América. Esta es la lucha del mundo. Esta es una lucha de la civilización. [...] Mientras Estados Unidos de América esté determinada y fuerte, ésta no será una era de terror; ésta será una era de libertad, aquí y en todo el mundo. La libertad y el terror están en guerra, y le corresponde a Estados Unidos asegurar que triunfe la libertad” (Bush, 2001f, p.60).

En este sentido, en el ensayo *El mal que los hombres hacen*, Alessandro Ferrara (2001, citado en Ávila, 2006) afirma que la distinción entre un mal ordinario y un mal radical es de gran importancia porque en el siglo XXI, la línea que separa la legítima e ilegítima interferencia en los asuntos internos de un Estado soberano podría descansar en ello. A partir de ello, cualquier acción política que toma el enemigo es considerada un acto criminal. El horror de los crímenes cometidos por el enemigo se concretizan al describir, de manera gráfica y fácil de imaginar, las acciones específicas de que es capaz (van Dijk, 1999).

La importancia de esta aportación para el presente análisis yace en el hecho de que Bush (2001g) a lo largo de su discurso evoca diferentes tipos de males, desde personas, hasta Estados. Ejemplo de ello fue su discurso del 15 de septiembre donde demarcó que:

“Este será otro tipo de conflicto contra otro tipo de enemigo. Es un conflicto sin campos de batalla ni cabezas de playa - un conflicto con adversarios que se creen invisibles. La victoria contra el terrorismo no

se logrará en una sola batalla, sino en una serie de acciones decisivas contra organizaciones de terroristas, y contra los que les dan asilo y los apoyan. Estamos planeando una campaña amplia y sostenida para asegurar a nuestro país y erradicar el mal del terrorismo. Y estamos empeñados en ver este conflicto hasta su final”.

No obstante, al definirlos de forma difusa solo sobre la base de terrorismo, se generó un marcado problema. Por lo general, la indefinición permite dejar abierto el quizás, es decir la posibilidad de que a cualquiera se le nombre de esta manera. En este caso, hubo oscilaciones entre el enemigo abstracto y uno concreto. Se pasó del terrorismo al Estado fallido, de los Talibanes como grupo a los Talibanes como gobierno. En este punto, al emplear, la metonimia, — figura narrativa que explica la forma como ciertas especificidades de un objeto o evento son reducidos a algo común— desde Washington se llegó a asumir que aquellos que tienen el potencial para amenazarlos realmente lo hacen. De esta forma, se comprime una serie de causas y efectos dentro de una narrativa que posee una definida dirección. Si una nación tiene mala voluntad hacia Estados Unidos, va a desarrollar armas para atacarlos. Si no los puede atacar con éxito directamente, va a vender armas a grupos terroristas (Turner y Fauconnier, 2002, citados en Eubanks y Schaeffer, 2004).

Como bien demarca Ávila (2006) el tomar esta medida en el terreno de lo político permite hacer negociaciones y alianzas para la guerra. Le daba también un espacio de tiempo para poder definir una estrategia y hacer público de quién habían venido los actos de guerra, y a quien se le atribuirían (Ávila, 2006). Además, al no dimensionar la magnitud de la batalla —ante el público— que se estaba enfrentando, se abre un amplio margen de acciones que se requieren tomar con el fin de hacer frente al problema. Para perseguir y dar batalla a un enemigo omnipresente, se necesita una fuerza omnipresente, con poderes más allá de lo nacional y con un presupuesto excepcional.

A modo de consideración final, fue esta retórica la que le permitió a Bush construir una narrativa discursiva a través de la cual logró designar diferentes Estados como gestores del mal que de no ser confrontados por la fuerza del bien que representa EE.UU. llegarían a presentar una amenaza al sistema internacional que se encontraba caracterizado por tratar de alcanzar la paz mundial. No obstante, esta misma retórica puesta en práctica, enfrentó marcadas vicisitudes que como a se verán a continuación, permiten cuestionar el real grado de peligro que se deriva de los Estados fallidos.

2.3. Deficiencias de la política exterior de EE.UU. en contra de los Estados fallidos

Como se vio en el capítulo anterior, EE.UU. le otorgó a cada departamento y oficina gubernamental una función delimitada para enfrentar la problemática en torno a los Estados fallidos. Empero, al concentrar la mayor parte de su esfuerzo en el campo militar, hubo diversos inconvenientes que mermaron el desempeño de las otras entidades y que a su vez perjudicaron las políticas ejecutadas hacia este tipo de países. El primero de estos problemas fue la visión divergente que cada entidad tuvo.

Para el Departamento de Defensa, los Estados fallidos eran un reto para la seguridad nacional (militar). Por ello, había que enfocarse, en particular, en los países inestables del mundo musulmán que eran centros donde operaban terroristas e insurgentes. El Departamento de Estado, en cambio, se interesó en un rango más amplio de países débiles y con problemas alrededor del mundo y tendían a promocionar a la democracia como una potencial cura a sus males (diplomacia). Finalmente, el Usaid vio la fragilidad del Estado primordialmente como un reto para el *desarrollo*. Uno que puede ser enfrentado con el trabajo en conjunto con gobiernos locales y partes interesadas que busquen sentar las bases institucionales hacia la buena gobernanza y el crecimiento económico (Wyler, 2008).

Al no reflejar una aproximación unitaria, no se llevó a cabo un trabajo en conjunto entre las entidades, lo que perjudicó el objetivo de prevenir las crisis en otros Estados o el de recuperar aquellos en los que ya se estaba actuando. Por ello, el Departamento de Defensa, falló en llevar a cabo las operaciones de tipo civil, motivo por el cual el proceso de reconstrucción de la sociedad afgana se ha ralentizado hasta estos días. En el mismo rango, está la promoción de la democracia en Afganistán a cargo del Departamento de Estado, que recién para 2013 permitió la celebración de elecciones con un menor número de complicaciones políticas.

De igual forma, la Usaid (2005) que estableció su *Fragile States Strategy* con la que pretendió aunar los esfuerzos de EE.UU. para prevenir la posible falla del Estado haciendo frente a las raíces de su debilidad, se vio comprometida cuando su estrategia fue mermada con la reestructuración que realizó la Secretaría de Estado. Lo que más le impactó a esta entidad gubernamental, fue que la reestructuración de la entrega de ayuda internacional destinada al desarrollo en lo que se denominó la iniciativa de desarrollo transformacional, al reformarse la forma y los motivos por los cuales el gobierno de Estados Unidos preste o done dinero, solo a aquellos gobiernos que fuesen una democracia y manejen un sistema económico propenso hacia la economía de mercado.

Además, la Usaid fue la agencia más perjudicada en cuanto a su autonomía y manejo de recursos en torno a los Estados fallidos, lo que propició que el componente de desarrollo en la proyección de la política exterior estadounidense se haya visto debilitado en detrimento de la seguridad y de la promoción de la democracia. Eso se debe a que la Usaid, en este tema, fue adscrita a la Secretaría de Estado y por lo tanto, su financiamiento dependió de las directrices de esa entidad, que también tuvo que otorgar dinero a otros proyectos. De igual forma, la creación de la Oficina para Asuntos Militares que en un inicio formó parte de la Usaid y, a través de la cual, se buscó mejorar la comunicación entre las Fuerzas Armadas y los profesionales en temas de

desarrollo para garantizar una aproximación más integral al problema, fue movida al Departamento de Defensa.

Una segunda problemática en la que cayeron las agencias gubernamentales, fue que cada una decidió mezclar las terminologías en torno al tratamiento de los Estados, toda vez que se habló de Estados fallidos, débiles, en proceso de fallo y demás acepciones de forma indiscriminada, a pesar de que cada una de estas concepciones difiere en diferentes formas.

Por ejemplo la Usaid desde 2005 empezó a utilizar el precepto de Estados frágiles para incluir dentro de este, a todos aquellos que son caracterizados por fallar, estar en proceso de fallo o recuperándose de una crisis. Además, la peor forma de este tipo son los Estados en crisis donde el conflicto persiste en seguir, y el gobierno central no ejerce el control efectivo sobre su territorio y no tiene la capacidad para asegurar la provisión de servicios vitales en diferentes partes de su territorio y no tienen legitimidad entre sus ciudadanos.

En cambio, el Consejo de Seguridad Nacional, también demarcó que los Estados débiles son aquellos donde se carece la voluntad para cumplir con las funciones soberanas y, por ello, no se puede cumplir la ley, o tener las capacidades militares y de inteligencia para ejercer el efectivo control sobre el territorio.

Por su parte el Consejo de Inteligencia Nacional (2004) considera en su reporte final *Mapping the Global Future*, que los términos Estados fallidos y pos conflicto son sinónimos, que se entrelazan de forma perfecta.

A la luz de estos eventos se demuestra una falta de cooperación y coordinación entre las agencias gubernamentales, lo que propició que la política estadounidense hacia los Estados fallidos se constituya en una serie de medidas fragmentadas, donde no se dio ninguna estrategia preventiva, que coadyuve a la consolidación de instituciones efectivas y legítimas que conlleven

hacia el fortalecimiento de los Estados y prevengan el aumento de la inestabilidad, la violencia y las amenazas a la seguridad.

Además, se observa una falta de precisión a la hora de delimitar que mismo es cada Estado, porque si se quiere elaborar una política a favor de los Estados fallidos se debe comprender, con la mayor exactitud posible, que implica este término y no confundirlo de forma indiscriminada con otras acepciones que si bien se encuentran correlacionadas tienen marcadas características diferentes. No es lo mismo, diseñar una estrategia para tratar el problema que afecta a un Estado 'débil' o a un Estado 'hostil' o a un Estado 'fallido'.

Esto conlleva a preguntarse ¿por qué si los Estados fallidos emanan tal amenaza para la seguridad internacional, EE.UU. equivocó la política que utilizó para hacerlos frente?

Para comprender esa interrogante se puede recurrir a la concepción del orientalismo dentro de la narrativa discursiva de Estado fallido, para entender que razones motivaron a que se construya un imaginario en torno a una cuestión, la que no se aproximó al grado al que le otorgaron.

2.4. El Orientalismo

Tras haber descrito la forma como la creencia del excepcionalismo estadounidense formó parte del discurso de Bush, en oposición a esta idea subyace una noción bajo la cual se llega a argumentar que la construcción de imaginarios colectivos para delimitar ciertas problemáticas no es algo nuevo para la cosmovisión occidental, toda vez que dentro de la producción del conocimiento ha residido un mecanismo complejo de dominación y una mentalidad imperialista que por lo general no describe de manera adecuada la realidad en el mundo fuera de occidente. Esta idea conocida como *orientalismo*, formulada por Edward Said (2003) defiende que los discursos coloniales definidos desde esta corriente son una colección de expresiones de como el oriente ha sido caracterizado por el occidente. Para él, el punto central

de esta noción es marcar una distinción entre la superioridad occidental y la inferioridad oriental.

Además, para Said (2003), el orientalismo es un sistema de ideas que no ha cambiado a lo largo del tiempo y, más bien, se ha constituido en una vía para lidiar con esa región del mundo. Más aún, al hacer declaraciones acerca de ellos, se autoriza la forma de analizarlos al tomar en cuenta que tener el conocimiento sobre algo permite acrecentar las posibilidades de dominarlo.

Entonces, con base en esos enunciados, se puede comprender el por qué tanto políticos, como académicos usan la distinción entre culturas y lugares modernos y pre-modernos para justificar que la intervención del occidente es necesitada para traer orden en el mundo, todavía más, si se toma en cuenta que desde la teoría pos-colonial, el poder reside dentro del control sobre los mecanismos de representación la cual es asistida por el manejo sobre las ideas de la información y la comunicación (Darby y Paolini, 1994).

Esto precisamente acaeció, dentro de la narrativa discursiva de Estado fallido. Como se vio, en la justificación para intervenir en los asuntos de estos países surgieron cuando el occidente observó a Afganistán como una amenaza bárbara como resultado de los ataques del 9/11 que permitieron que la élite gobernante en esa región del mundo se sienta más fuerte para comprometerse en zonas barbáricas para traer orden a ellos y prevenir que los terroristas se asienten en esos lugares (Ignatieff, 2003).

En este punto, aunque los responsables políticos han ofrecido diferentes explicaciones con respecto a los problemas experimentados por los Estados fallidos, en su mayoría coincidieron en la necesidad de actores externos para desempeñar un papel en los conflictos y el restablecimiento del orden en estos países. Esto se debe, a que los enfrentamientos internos no fueron vistos como conflagraciones entre actores legítimos en el marco político, sino más bien, como eventos caóticos que solo aquellos actores externos imparciales,

llamados Estados de occidente, podían arreglarlos por medio de sus políticas. Para ello, codificaron un discurso en torno al desarrollo el que creó relaciones jerárquicas y desiguales que facilitó y legitimó ciertas formas de intervención (Abrahamsen, 2001, citado en Gülseven, 2005). El discurso de desarrollo colocó al Primer Mundo sobre el Tercer Mundo. En el mismo sentido, en el discurso de Estado fallido, esta categoría implicó la existencia de un Estado de éxito con el cual el Estado fallido pudo ser medido y juzgado. Este estado de 'éxito' es el mismo que el Estado desarrollado y, por ende, ellos pueden dictar las normas por medio de las que se puede propender para la construcción de un Estado efectivo o *State Building*.

Este Estado de éxito vio que era eficaz representar de forma orientalista a Afganistán, ya que este país vivía todos los males que un país puede experimentar como lo es el terrorismo, el narcotráfico, la corrupción, la falta de ley. Para Gülseven (2005), estos países, de hecho, se han convertido en un blanco fácil de acusaciones, un chivo expiatorio no solo por dar espacio al terrorismo, sino también, por experimentar diferentes problemas mundiales como la inestabilidad, la pobreza, el tráfico de drogas y el SIDA. No obstante, con el transcurso de los meses y años que duró la intervención, salió a la luz pública que Afganistán y en si los Estados fallidos, no eran tan culpables de lo que se les acusaba, habida cuenta que como se detallará a continuación, su correlación con diferentes problemáticas responde a muchos factores que como es obvio, sobrepasarían la capacidad de cualquier gobierno o, peor aún, los problemas que les fueron impuestos no llegan a tal nivel, siendo así, exageraciones gestadas desde occidente.

2.5. Los Estados fallidos y su real amenaza a la seguridad internacional

Como ha sido descrito, la narrativa discursiva de Estado fallido, surgió de la mano del terrorismo, por el hecho de que la corrupción, la falta de ley y control por parte del Estado ciertas zonas permitieron que estos grupos puedan operar a lo largo de los territorios. Newman (2007) indica que la idea común que se

maneja es que el terrorismo es propenso a presentarse en países fallidos como Somalia, Sudán o Afganistán gracias al patrocinio estatal que el gobierno de turno les otorga.

No obstante, en diferentes estudios llevados a cabo, se cuestiona esta correlación. Gülseven (2005), Nguyen (2004), el mismo Newman (2007) y Patrick (2007a) sugieren que el ataque del 11 de septiembre es el recordatorio de un acto de terrorismo que, si bien fue concebido y planificado en Afganistán y otros Estados con carácter de fallidos, este mismo tuvo como centro de operaciones diversos Estados desarrollados o en desarrollo para su correcto funcionamiento, particularmente los europeos. Inclusive, información publicada por Mark Sageman sobre agentes de Al-Qaeda, muestra que la mayoría de sus operaciones se llevaron a cabo en Arabia Saudita, Egipto, Francia, Argelia, Marruecos e Indonesia —en ese orden— (Simons y Tucker, 2007).

Esto se debe a que hay ciertas funciones que las redes terroristas se ven en la necesidad de llevar a cabo en territorios donde haya la infraestructura suficiente para operar con eficacia. Por lo general, los Estados con carácter de fallidos no cuentan con adecuadas redes de comunicación, transporte o el acceso a los recursos financieros, lo que les obliga a estos grupos a diversificar sus centros de operaciones en diferentes países más desarrollados (Simons y Tucker, 2007).

Dentro de esta lógica, Piazza (2008) citando a Menkhaus (2003) sostiene que los Estados fallidos no se constituyen como refugios seguros para los grupos terroristas, porque en algunos casos, dada la conflagración interna, estas organizaciones o por un lado, se ven en la obligación de formar parte de los conflictos o por el otro lado, deben desviar sus recursos para protegerse del mismo.

Más bien, los Estados fallidos no solo son más propensos a ser blancos del terrorismo, sino en el mismo contexto, estos han sido más afectados por los ataques terroristas que los mismos países de occidente (Piazza, 2008). En un

reporte formulado por la Universidad de Maryland para el año de 2012, ellos demarcan que 6 671 ataques terroristas tuvieron lugar en estos países, con un aproximado de 11 000 muertes, 21 600 heridos, 1 280 secuestrados registrados en países como Afganistán, Somalia, Yemen y demás. Es decir solo en ese año, se llevaron a cabo atentados más devastadores que superan los registrados en EE.UU., España y Reino Unido.

Como consecuencia de estos eventos, la mayoría de gobiernos que alguna vez les dieron refugios a estos grupos, han empezado campañas para empezar a desterrarlos de sus territorios; no obstante, como hasta ahora, los resultados seguirán siendo negativos, si estas organizaciones siguen obteniendo grandes recursos provenientes de países como Arabia Saudita o Paquistán quienes por medio de diásporas siguen financiando a estos grupos de forma económica y militar.

2.5.1 Armas de destrucción masiva

Con respecto a la cuestión de la proliferación de armas de destrucción masiva (WMD por sus siglas en inglés), con base en los análisis desarrollados por Stewart Patrick (2007a), se denota una mínima correlación entre los Estados fallidos y las WMD. Como se demostró en Afganistán, e inclusive en Iraq, — Estado que antes de ser invadido era catalogado como un país débil y hostil más no como fallido— si bien existe una latente posibilidad de que en estos territorios se comercialice, se roben o se desarrolle armamento de este tipo, así como, se trafique los materiales fisibles para elaborarlas, más aún, si se toma en cuenta la expansión del mercado negro que generó el científico pakistaní Abdul Qadir Khan, al igual que lo que acaeció con el terrorismo, la elaboración del material nuclear con el que se elaboran este tipo armas requiere de tecnología e infraestructura avanzada que no se encuentran en estos espacios. La complejidad que suscita la elaboración de estas armas ha conllevado a que ni siquiera países como Irán —que de forma supuesta— estén cerca de culminar sus propias bombas y/o misiles nucleares, con toda la logística necesaria ha logrado concretarla. De igual manera, a países nucleares como

India, Pakistán y Corea del Norte, les tomó más de tres décadas el diseñar un efectivo aparato nuclear; inclusive en Pyongyang hasta el momento no han podido probar una ojiva nuclear exitosa.

En el mismo contexto, una mayor amenaza, emanan aquellos Estados que formaron parte de la Unión Soviética, habida cuenta que a pesar de que Rusia conjuntamente con EE.UU. trabajaron en el retiro del materia fisible, todavía en esos espacios existen diferentes ojivas que podrían ser utilizadas.

2.5.2. Crimen Organizado Transnacional

En cuanto al crimen organizado, la lógica que subyace la correlación entre estas bandas y los Estados fallidos, es la misma que forma parte de la conexión con el terrorismo. Estos países son usualmente retratados como nodos críticos, toda vez que proveen ciertos centros de operaciones para los grupos involucrados en la producción, tránsito, o tráfico de drogas, armas, gente y otros bienes ilícitos, así como el lavado de activos. Como se sabe los Estados fallidos pueden llegar a ofrecer ventajas a estas redes criminales como consecuencia de la corrupción, el débil cumplimiento de la ley, las fronteras porosas, las agencias de aduanas débiles y la falta de control de las actividades económicas ilícitas (Monroy, 2011).

Además, en lo que respecta al procesamiento de drogas, la producción de estas se concentran en países que experimentaron una guerra civil, por dos razones principales. Primero, la conflagración interna crea un territorio fuera del control de un gobierno reconocido en el que las drogas pueden ser cultivadas. Esto se debe a que se genera un entorno en el que muchas personas pueden comportarse de manera oportunista, al aprovechar que las instituciones policiales se debilitan y son incapaces de controlar estas actividades ilegales. Segundo, durante la guerra civil las oportunidades económicas convencionales se reducen severamente (Collier et al. 2003). Por ello, la conexión entre el fracaso del Estado y el cultivo y procesamiento de drogas quedó bien

establecida con lo que pasó con Afganistán que se convirtió en el principal proveedor de opio.

De manera más general, los grupos criminales se han convertido en expertos en explotar la débil capacidad del Estado en las zonas de conflicto (de Colombia a la República Democrática del Congo), donde la autoridad política es enfrentada o las instituciones formales se han derrumbado (Stewart, 2007).

Empero, este fenómeno del crimen organizado es más complejo de lo que se imagina. Primero, los mayores productores de cocaína del mundo, son Estados que inclusive están dentro de la categoría de estables o débiles, como Perú o Bolivia. De igual manera, en torno a otros tipos de crímenes como el tráfico de personas, el lavado de activos, el tránsito de drogas, el cibercrimen, el robo de propiedad intelectual, la falsificación de bienes manufacturados, se requiere de la infraestructura necesaria para transar estos bienes. En este sentido, otra vez, la carencia de infraestructura logística no coadyuva para que estos grupos operen.

Otro punto importante es la ubicación geográfica de los Estados habida cuenta que esto también determina su real atracción o no para los grupos del crimen organizado. Afganistán en ello, es un claro ejemplo de Estado de tránsito, al igual que México, Turquía, Indonesia u otros países no fallidos alrededor del mundo (Monroy, 2011).

2.5.3. Propagación de enfermedades infecciosas.

En último lugar, se tiene la correlación entre la propagación de enfermedades infecciosas y los Estados fallidos. En los discursos de Bush se divisó que la mayor preocupación era el VIH/SIDA y, por ello, estas enfermedades serían las que mayor cantidad de recursos recibirían. No obstante, según Patrick (2007a), si se hace un análisis más profundo de las tendencias globales de la

propagación de enfermedades contagiosas esta relación no es del todo consistente.

Primero, como quedó demostrado con las diversas enfermedades pandémicas, a lo largo del tiempo, estas se producen, en muchas oportunidades de forma inesperada en cualquier lugar del planeta, desde Estados fallidos hasta Estados desarrollados. Segundo, en muchos casos, la producción de estas se dan como consecuencia de factores endógenos que sobrepasan la capacidad misma del Estado. Tercero, si bien la situación interna, con especial deferencia en África es adversa, su afectación a la comunidad internacional es mínima, inclusive en términos financieros. Ni el mundo globalizado e interconectado ha servido como catalizador para acrecentar la propagación de estas enfermedades a nivel mundial (Monroy, 2011).

Lo que nos demuestra, este breve análisis es que la relación entre la debilidad Estatal y su amenaza real a la seguridad internacional tiene diferentes vacíos a la hora de convertirse en una verdadera problemática para el concierto mundial. Indiscutiblemente, esta relación fue la que motivó para que se tomaran acciones por parte de Estados Unidos, ya que desde su visión lo que primaba eran las cuestiones en torno a la defensa sobre las de desarrollo y diplomacia y además, esta es la que ha primado en los diferentes círculos académicos, a la hora de elaborar los modelos que han sido utilizados para medir la capacidad de los Estados. En este punto, la persecución de un modelo político (democrático-liberal) y económico (economías de mercado) como soluciones a la debilidad del Estado también encuentra críticas de su objetividad.

2.6. Democracia y libertad para los Estados fallidos

Como se demarcó, el segundo componente de la narrativa discursiva de Estado fallido, trató de posicionar la idea de que ante la falta de implementación de los valores democráticos y liberales, se ha acrecentado los problemas internos, mismos que han conllevado a estos países hacia su

fracaso y, con motivo de ello, es perentorio que estos sean utilizados si se quiere solventar la crisis interna que los aqueja.

En este punto, tuvo una marcada relevancia, la concepción del Estado moderno occidental que se creyó debía convertirse en el modelo universal de organización del poder político. Más aún, si en el campo académico, se estructuró un sistema de investigación que posicionó la idea de que la examinación de los Estados fallidos debía partir de la concepción de este Estado ideal. Esto, se vio coadyuvado por la tendencia a invocar la forma como las intervenciones legítimas por parte de terceros Estados podrían mejorar la situación interna de los países fallidos. En este punto, Woodward (2006) concluye que ésta aproximación es fútil, tras los resultados obtenidos en Iraq o Afganistán. Ha quedado demostrado, desde su percepción, que únicamente un Estado podrá restaurar su seguridad, al ejercer un efectivo control doméstico y al saber gestionar las conflagraciones internas. Las fuerzas extranjeras son solo un recurso provisional y altamente inadecuado. Además, factores como las elecciones no crean un Estado, lo pueden ayudar en su desarrollo, mas, si no se ve complementado por otros factores, fracasará en su intento. De manera que Woodward (2006) comprende que la imposición a la fuerza de un modelo democrático liberal, basado en elecciones, no garantiza la construcción de un Estado fuerte.

Para ahondar en el análisis, se ha visto que la implementación de modelos institucionales, de corte liberal, interpuestos desde el extranjero, son los que más han ido en detrimento del desarrollo endógeno de los Estados. Otra vez Woodward (2006) sostiene que:

“Las políticas de sociedad civil, descentralización, incluso el Estado de Derecho poseen frecuentemente esas falsas presunciones o están basadas en literatura académica, como la literatura de capital social o el trabajo de las bases económicas del conflicto de Collier que tiene fundamental e irreparablemente fallas”.

En consecuencia, la idea de establecer a la fuerza el modelo democrático liberal, junto con el desarrollo de una economía de mercado no llega a garantizar bajo ninguna circunstancia el fortalecimiento ulterior de los países. Como ejemplo de ello, el caso de Afganistán se vuelve fundamental, toda vez que la imposición de un esquema democrático para este país ha presentado marcadas falencias, más aún cuando nunca se tomó en cuenta las variables históricas, culturales, políticas, sociales y demográficas que caracterizaban a este país antes de la intervención armada de EE.UU. En la estrategia de Washington en Afganistán, se divisó como EE.UU. olvidó su ayuda a los muyahidines en su enfrentamiento contra el ejército rojo con armas, dinero y tecnología, y luego su pronta salida de este país apenas derrotaron a los soviéticos, en donde se permitió que los Talibanes llegasen al poder sin que esto importase a la agenda internacional de Clinton o Bush (Sidky, 2007).

Asimismo, la participación de actores externos en los procesos de paz y resolución de conflicto, que buscaron imponer el modelo de Estado democrático, como lo sucedido en los países centroamericanos en la década de los ochenta, marcan una clara tendencia de la forma como no se consideran las necesidades de los distintos actores locales y además, la forma como se mantiene a un régimen autoritario disfrazado de democracia.

Lo que esto posiciona, para Susan Woodward (2006) es que la debilidad y posible falla de los Estados no se debe única y exclusivamente a una cuestión de capacidad y de la voluntad de los gobernantes. Por el contrario, la causa de la debilidad puede encontrarse bajo el siguiente patrón.

Por un lado, se tiene Estados influenciados y afectados como parte de la agenda liberal que tiene sus cimientos en las nuevas directrices de las agencias de desarrollo, el FMI, el BM, el Departamento del Tesoro de los EEUU y los teóricos del crecimiento neoclásico y su concepto del Estado apropiado como se define explícitamente en las condiciones para acceder a la ayuda internacional y a mercados capitales y que al mismo tiempo se vieron

enfrentados por la creciente desigualdad económica a lo largo de diversas regiones del mundo. Y estos mismos Estados, son exigidos por parte de los Estados llamados desarrollados, a mostrar una mayor capacidad una vez que los Estados de Occidente venden un modelo de vida que supuestamente debe ser alcanzado por todos (Woodward, 2006).

Entonces, primero, los modelos creados a partir de una agenda liberal (por ejemplo el Consenso de Washington) han tenido consecuencias negativas en los Estados en desarrollo —salvo contadas excepciones—, que se han visto en la necesidad de aceptar y asimilar ese acervo en tan corto tiempo, debido a los procesos de globalización y las dinámicas propias del sistema internacional.

Segundo, estas exigencias por parte de estos actores externos, en presionar a estos nuevos Estados en la apertura de mercados y en acomodarse a las dinámicas actuales indiscutiblemente han dejado al descubierto las debilidades de éstos, muchos de los cuales, tan sólo tienen menos de 50 o 60 años de independencia (Monroy, 2011).

Por otro lado, Stewart Patrick (2007a) manifiesta que en varias ocasiones, la falla del Estado se debe a la acción u omisión de los Estados más fuertes. Estas incluyen: la toleración del soborno a estos gobiernos por parte de las compañías multinacionales ubicadas en los países de la OPEC; la provisión de paraísos fiscales de las ganancias obtenidas por estos regímenes; la demanda sostenible de narcóticos y otros bienes ilegales; y la participación del comercio lucrativo de armamento que como consecuencia circula libremente en las regiones conflictivas del mundo.

En este contexto, como dijo el Ministro encargado de Relaciones Exteriores de Sudáfrica, Sue van der Merwe en 2004 (citado en Lambach, 2004) durante una reunión del movimiento de los no-alineados.

“Hay una creciente tendencia, por parte de los países del norte para montar campañas globales en contra de amenazas que son percibidas y definidas allá, mas, se originan o tienen lugar en los países del Sur. Esto es hecho sin el previo conocimiento de la forma como los países en desarrollo definen y condenan estas amenazas”.

A pesar de ello, lo que guió el interés de Estados Unidos, puede ser visto desde la perspectiva teórica de Kant. Esch (2007) al analizar los escritos de este autor, recalca como este concebía como peligrosa la naturaleza internacional del Estado y además, creía que sus efectos nocivos solo podían ser mejorados por una transformación radical del orden doméstico. En su pensamiento, por el bien de la seguridad mundial cada nación puede, o más bien, debe exigir que otros entren en un contrato, de preferencia de tipo civil y así, garanticen los derechos de cada uno.

Para cumplir con esto, Kant le concedió a los Estados republicanos la potestad de obligar a otros Estados a adoptar el republicanismo con el objetivo de ponerle fin al estado de guerra internacional. Esto sucedió porque los Estados no republicanos, así como todos aquellos que no forman parte de la liga republicana son una amenaza y solo por medio de la intervención se puede lograr que estos regímenes se vuelvan compatibles con el sistema. Aquí, desempeña un papel importante el hegemón republicano, al fungir como un catalizador que coadyuva en el establecimiento de una liga republicana, habida cuenta que, solo este dispone de la capacidad de unir o ejercer coerción a las demás naciones (Esch, 2007).

Al afirmar esto último, Kant entrevé la importancia que tiene, dentro del sistema, un actor que sea el encargado de ejercer este rol de hegemonía para así expandir —o más bien imponer— los valores universales que deberían pregonar en todas las sociedades.

De manera complementaria, el Estado hegemónico es el único capaz de lograr este tipo de consenso a través de la construcción de la modernidad prime. A lo largo de la historia cada imperio, durante el período de su reinado, fue capaz de definir lo que significa ser moderno. En este sentido, como señalan Flint y Falah (2004), el excepcionalismo estadounidense, precisamente, se enmarcó dentro de esta forma de actuar, toda vez que, desde su percepción, su estándar de vida era deseado por todos, beneficiaba a todos y era alcanzable para todos.

No obstante, en vez de alcanzar esto, EE.UU. puso en marcha una agresiva política exterior con marcada tendencia unilateral en una forma inconsistente a los valores liberales que pregona (Esch, 2007). El problema que suscitó esta forma de actuar, es que EE.UU., al tratar de ser el juez del sistema internacional en su lucha en contra del terror, delimitó problemáticas, invadió países, violó principios de *ius cogens* y creó enemigos tangibles e intangibles.

CONCLUSIONES

A raíz de la aparición de diversos modelos que buscan evaluar la eficacia de los Estados para así diferenciar a quienes si son efectivos de aquellos que son considerados fallidos surgió la interrogante a cerca de ¿qué es un Estado fallido? O más bien ¿Quién determina lo que es un Estado fallido?

Con afán de responder dicha pregunta y con base en los lineamientos establecidos por la teoría de la securitización que permiten entender cómo se construyen, por medio del discurso, las diferentes amenazas que ‘afectan’ a los Estados se pudo comprobar lo siguiente:

En primer lugar, Estados Unidos, por medio de su presidente George Walker Bush y varios de sus asesores más cercanos, utilizaron —de forma efectiva— los eventos del 11 de septiembre para presentar al mundo una nueva amenaza como lo supone ser los Estados fallidos. A partir de su relación con el terrorismo, y otras problemáticas que afectan al sistema internacional, desde Washington construyeron un discurso a través del cual, convirtieron a estos países en una de las principales amenazas al concierto mundial. Esto se produjo, al señalar como ese tipo de Estados podrían afectar la seguridad territorial de EE.UU., y hasta el propio modelo político occidental —democracia liberal—.

En este punto, no se puede dejar de reconocer la efectiva retórica discursiva de Bush, quien al ser consciente de esa coyuntura, aprovechó para erigir su discurso, realzando los valores intrínsecos de su nación a los cuales los utilizó como ejes centrales, tanto para apoyar su accionar, así como, para construir un nuevo enemigo. Con ello, él tuvo la habilidad para distinguir entre buenos y malos y, a partir de eso, se posicionó como el protector de la libertad a nivel nacional e internacional.

Fue tan eficaz su discurso, que creó dualismos y enemigos a través de la demarcación del enemigo-otro y el amigo-nosotros. Aquellos que estaban del

lado del bien, eran los que defendían los valores humanos, mismos que se definieron por oposición a los terroristas y a los talibanes, quienes por su parte se encontraban en total oposición a estos valores.

Bush fue consciente y hábil en reconocer que el recurrir a un mal radical era de gran importancia, habida cuenta que la línea que separa la legítima e ilegítima interferencia en los asuntos internos de un Estado soberano descansa en ello.

Este manejo eficiente del discurso, que se aprovechó el surgimiento de nuevas amenazas internacionales, le ayudó a legitimar las acciones de emergencia que tomó para hacer frente a la crisis que enfrentaba Afganistán como lo fue la intervención militar y el proceso de *state building* y, más que nada, le coadyuvó a la hora de alcanzar el respaldo internacional e inclusive el académico. Por ello, fue común ver que solo tras el 9/11, en Europa y dentro de *Think Tanks*, la temática en torno al Estado fallido apareció como un problema que debía ser tratado y analizado.

No obstante, y, en segundo lugar, el manejar esta visión unilateral contrajo diversos inconvenientes en el debate en torno a los Estados fallidos. Por un lado, dentro de la administración Bush, se manejaron diferentes visiones para enfrentar esta temática. Esto generó un problema, caracterizado por la falta de trabajo en conjunto por parte de las diferentes entidades gubernamentales que se vieron sometidos al carácter militar que Bush le dio a la cuestión, lo cual mermó el trabajo de otras entidades como la Usaid que veían esta cuestión con un enfoque más social y humanitario.

La academia también falló a la hora de analizar e indagar sobre los causales que conllevan al fracaso de un Estado. Lo que más se cuestiona, ha sido y es, la inexistencia de criterios claros que definan lo que es un Estado fallido. Aplicar un criterio común para valorar a diversos países con características heterogéneas repercute de forma negativa al momento de llevar a cabo análisis. Si los modelos que estudian a los Estados fallidos, miden la capacidad

estatal con base en estándares que solo son cumplidos por los países desarrollados de occidente, hasta qué punto se puede hablar del fracaso del resto. No se puede abstraer al Estado de su contexto social e histórico al compararlos con los países que han alcanzado el éxito décadas o inclusive siglos atrás. Si se propende seguir utilizando este modelo tal vez jamás se analizará las mejoras vividas por este tipo de países en campos como la educación, salud, nutrición, infraestructura, progreso económico y estatus sociopolítico al verse contrastados con la situación coyuntural de Europa, Canadá o Estados Unidos.

Si bien en múltiples oportunidades, para entender un concepto se debe partir por comprender su antonimia, en este caso resultó ser problemático hacer un modelo analítico comparando a un Estado exitoso con un Estado fallido, toda vez que estos últimos tuvieron que atravesar un proceso complejo para alcanzar su desarrollo, el cual duró varios siglos, y, en cambio, los Estados fallidos, que han sido mencionados en este texto, recién alcanzaron su independencia a la mitad del siglo pasado.

En el mismo contexto, la justificación de lucha contra el terror global, no debería otorgar a los Estados de occidente tan marcada flexibilidad para intervenir en conflagraciones que se presentan en Estados a los que ellos han catalogado como fallidos, ya que ello, atenta contra la soberanía de terceros.

En tercer y último lugar, con todo esto descrito, nunca se justificó que existan regímenes que violen los derechos humanos de sus ciudadanos que inclusive se encuentran consagrados en distintos documentos internacionales del cual la gran mayoría de países son parte. Tampoco se negó que los Estados fallidos contribuyen —como muchos otros actores más— a la proliferación de las diferentes amenazas que aquejan a la seguridad internacional. Aún más, como se vio en el caso de Afganistán, sirven como cuarteles de operaciones para grupos terroristas o como centros de producción de drogas o como sitios de tránsito en el contrabando de armamento. Mas, como ya se señaló en muchas

oportunidades, en estos territorios no se otorgan todas las facilidades logísticas y operativas para que estos grupos criminales trabajen de forma adecuada por lo que un Estado fallido resulta tan culpable como otro Estado a la hora de propagar estas problemáticas.

La solución, como se vio no va a llegar interpuesta coercitivamente desde afuera. La persecución de un modelo político (democrático-liberal) y económico (libre mercado) funcionó para una parte del Occidente y bajo una diferente coyuntura internacional, más aún, si se ha visto que la implementación de modelos gubernamentales con base en esta tendencia, interpuestos desde el extranjero, en varias oportunidades han ido en detrimento del desarrollo de ciertos Estados con inclusive menores problemas sociales que los llamados fallidos.

Hoy en día, el debate en torno a los Estados fallidos sigue siendo caracterizado por el enfoque que se le da desde una concepción clásica en términos de seguridad. Esto se debe, a que por un lado, la naturaleza de los conflictos internacionales no ha sufrido mayor transformación, por el hecho de que las conflagraciones bélicas siguen siendo caracterizadas por la lucha entre comunidades pertenecientes a un propio Estado como lo es el caso de Yemen, Somalia o Sudán y Sudán del Sur, que vale recordar, hace menos de cuatro años seguían siendo un mismo país. De igual forma, por el otro lado, la participación de las diferentes potencias internacionales en estos conflictos sigue dependiendo de la importancia geopolítica que un país fallido posea para sus intereses tal como se ha podido ver los casos recientes de Ucrania (Rusia), República Centroafricana y Malí (Francia), Libia (Italia, Francia, EE.UU. y la Europa dependiente del petróleo libio) y ni hablar del complejo caso de Siria e Iraq en donde la presencia de jugadores internacionales es tan amplia que ha conllevado a que viejos enemigos tenga una especie de unión (EE.UU.-Irán).

Por todo esto, y de forma final, se exhorta a cambiar el enfoque de análisis que se le da a la presente cuestión. Como se conoce, el problema que subyace la

narrativa discursiva concerniente a los Estados fallidos no es —en última instancia— por la identificación empírica de las crisis políticas, económicas o sociales, sino por la manera como se caracteriza y se explica la naturaleza y la producción de estas crisis. Tanto los estudios, como los diferentes discursos deberían reflejar primero un carácter humanitario. Por ello, es perentorio seguir utilizando teorías críticas de seguridad —como la utilizada en este estudio—, habida cuenta que esta propenden indagar sobre las diferentes problemáticas, no solo desde la visión tradicional de defensa territorial del Estado, sino desde la propia seguridad de las personas, su medio ambiente, sus condiciones para el progreso y posterior desarrollo, que al final son los campos que más importan.

REFERENCIAS

- Alpers, P., y Wilson, M. (2014). *Afghanistan — Gun Facts, Figures and the Law*. Sydney. Recuperado el 05 de febrero de 2015 de <http://www.gunpolicy.org/en/firearms/region/afghanistan>
- American Foreign Relations. (s/f). *Post–cold War Policy - Isolating and punishing rogue states*. Recuperado el 17 de noviembre de 2014 de <http://www.americanforeignrelations.com/O-W/Post-cold-War-Policy-Isolating-and-punishing-rogue-states.html#ixzz3NssvpzoE>
- Ávila, A. (2006). *El discurso de terrorismo del presidente George Bush después del 11 de septiembre ¿política moral? O ¿teología más allá de la política?* (Tesis de Maestría). Recuperado el 29 de octubre de 2014 de http://conocimientoabierto.flacso.edu.mx/medios/tesis/avila_am.pdf
- Bolaños, J. (2013). *Entre puentes y barreras: la polémica cuestión fronteriza en la integración africana*. Recuperado el 14 de noviembre de 2014 de http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2013/DIEEEA39-2013_PolemicaFronteriza_IntegracionAfricana_JBM.pdf
- Borradori, G. (2004). *La filosofía en una época de terror. Diálogos con Jürgen Habermas y Jacques Derrida*. Buenos Aires, Argentina: Taurus.
- Brzezinski, Z. (2008). *Second Chance Three Presidents and the Crisis of American Superpower*. Nueva York, Estados Unidos: Basic Books.
- Bush, G. (2001a). *Missile Defense presentado en la Universidad Nacional de Defensa Fort Lesley, J. Mc Nair*. Recuperado el 22 de septiembre de 2014 de <http://1.usa.gov/1wydkbK>

Bush, G. (2001b). *Address to the Joint Session of the 107th Congress*.

Recuperado el 23 de septiembre de 2014 de

<http://1.usa.gov/1hLhIVD>

Bush, G. (2001c). *Address to The United Nations General Assembly* .

Recuperado el 23 de septiembre de 2014 de

<http://1.usa.gov/1hLhIVD>

Bush, G. (2001d). *Unite in Monumental Struggle of Good vs. Evil After Terrorist Attacks*. Recuperado el 22 de septiembre de 2014 de

<http://bit.ly/1JQZZ5E>

Bush, G. (2001e). *The President's Radio Address presentado en Radio Address to the Nation del 20 de octubre de 2001*. Recuperado el 05 de

octubre de 2014 de

<http://www.presidency.ucsb.edu/mediaplay.php?id=24996&admin=43>

Bush, G. (2001f). *Address to the Nation on the September 11 Attacks*.

Recuperado el 23 de septiembre de 2014 de

<http://1.usa.gov/1hLhIVD>

Bush, G. (2001g). *The President's Radio Address presentado en Radio Address to the Nation del 15 de septiembre de 2001*. Recuperado el 06 de

octubre de 2014 de <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=25001>

Bush, G. (2001h). *The President's Radio Address presentado en Radio Address to the Nation del 22 de septiembre de 2001*. Recuperado el 06 de

octubre de 2014 de

<http://www.presidency.ucsb.edu/mediaplay.php?id=25000&admin=43>

Bush, G. (2001i). *The President's Radio Address presentado en Radio Address*

to the Nation del 06 de octubre de 2001. Recuperado el 06 de octubre de 2014 de

<http://www.presidency.ucsb.edu/mediaplay.php?id=24998&admin=43>

Bush, G. (2001j). *Remarks on United States Financial Sanctions Against*

Terrorists and Their Supporters. Recuperado el 06 de octubre de 2014 de

<http://www.presidency.ucsb.edu/youtubeclip.php?clipid=64040&admin=43>

Bush, G. (2002a). *West Point Commencemen*. Recuperado el 23 de septiembre

de 2014 de <http://1.usa.gov/1hLhIVD>

Bush, G. (2002b). *The President's Radio Address presentado en Radio Address*

to the Nation del 06 de julio de 2002. Recuperado el 06 de octubre de 2014 de

<http://www.presidency.ucsb.edu/mediaplay.php?id=25060&admin=43>

Bush, G. (2002c). *The President's Radio Address presentado en Radio Address*

to the Nation del 25 de mayo de 2002. Recuperado el 06 de octubre de 2014 de

<http://www.presidency.ucsb.edu/mediaplay.php?id=25066&admin=43>

Bush, G. (2002d). *Promoting Compassionate Conservatism*. Recuperado el 23

de septiembre de 2014 de <http://1.usa.gov/1hLhIVD>

Bush, G. (2003). *Remarks on the Future of Iraq*. Recuperado el 23 de

septiembre de 2014 de <http://1.usa.gov/1hLhIVD>

Bush, G. (2008). *State of the Union Address to the 110th Congress, Second*

Session. Recuperado el 23 de septiembre de 2014 de
<http://1.usa.gov/1hLhIVD>

Buzan, B., Waever, O., y de Wilde, J. (1998). *Security: A New Framework for Analysis*. Londres, Reino Unido: Lynne Rienner

Center for Global Development. (2004). *On the Brink: Weak States and US National Security*. Recuperado el 18 de noviembre de 2014 de
<http://www.cgdev.org/publication/brink-weak-states-and-us-national-security>

Chomsky, N. (1998). *Los estados canallas*. Recuperado el 17 de septiembre de 2014 de <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-7/los-estados-canallas>

Collier, P., y Hoeffler, A. (1998). On the Economic Causes of Civil War. *Oxford Economic Papers*, 50, 563-573.

Collier, P., y Hoeffler, A. (2002). *Greed and Grievance in Civil War*, CSAE Working Paper 2002-01. Oxford, Reino Unido: Oxford University Press.

Collier, P., Elliot, L., Hegre, H., Hoeffler, A., Reynal-Querol, M., y Sambanis, N. (2003). *Breaking the Conflict Trap: Civil war and development policy*. Oxford, Reino Unido: Oxford University Press and World Bank Policy.

Consejo de Inteligencia Nacional. (2004). *Mapping the Global Future*. Washington, Estados Unidos: Government Printing Office.

Crawford, N. (2004). *Understanding Discourse: A Method of Ethical Argument*

Analysis. En Y. Herrera (Presidencia), *Discourse and Content Analysis*. Simposio efectuado en la Universidad de Harvard, Boston, EE.UU.

Crocker, C. (2003) Engaging Fragile States. *Foreign Affairs*, 82(5).

Darby, P., y Paolini, A. (1994) Bridging International Relations and Postcolonialism. *Alternatives: Global, Local, Political*, 19(3), 371-397.

Departamento de Defensa. (1995). *U.S. Security Strategy for Sub-Saharan Africa*. Recuperado el 05 de febrero de 2015 de <http://1.usa.gov/1A2T1Lr>

Departamento de Defensa. (2001). *Quadrennial Defense Review Report*. Washington, Estados Unidos: Government Printing Office.

Departamento de Estado. (2004). *La Constitución de los Estados Unidos de América*. Washington, Estados Unidos: Government Printing Office

Departamento de Estado y Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo. (2004). *FY 2004-2009 Department of State and USAID Strategic Plan*. Washington, Estados Unidos: Government Printing.

Diario El País. (21 de agosto de 1977). *Somalia rompe sus relaciones con la URSS*. Recuperado el 21 de octubre de 2014 de http://elpais.com/diario/1977/08/21/internacional/240962413_850215.html

Doyle, M. (1997). *Ways of War and Peace*. Nueva York, Estados Unidos: W.W. Norton

Duffield, M. (2001). *Global Governance and the New Wars: The Merging of*

Development and Security. Londres, Reino Unido y Nueva York, Estados Unidos: Zed Books

- Esch, J. (2010). Legitimizing the War on Terror: Political Myth in Official-Level Rhetoric. *Political Psychology*, 31(3), 357-391.
- Eliassen, H. (2012). American Exceptionalism: Is It Real, Is It Good? Old Paradigms in History Die Hard. *American Political Thought*, 1(1).
- Eubanks, P., y Schaeffer, J. (2004). A Dialogue between Traditional and Cognitive Rhetoric: Readings of Figuration in George W. Bush's Axis of Evil. *Rhetoric Society Quarterly*, 34(2), 53-70.
- Fatovic, C. (2009). Settled Law in Unsettling Times: A Lockean View of the War on Terror. *The Good Society*, 18(2), 14-19.
- Fearon, J., y Laitin, D. (2004) Neotrusteeship and the Problem of Weak States. *International Security*, 8(4), 5-43.
- Ferguson, N. (2004). *Colossus: The Price of America's Empire*. Nueva York, Estados Unidos: The Penguin Press
- Foucault, M. (1992). *El orden del discurso*. (Traducción A. González). Buenos Aires, Argentina: Tusquets Editores.
- Foucault, M. (1999). *Arqueología del saber*. México, D.F., México: Siglo XXI
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la Historia y el último hombre*. Madrid, España: Planeta
- Fukuyama, F. (2004). *State-Building: Governance and World Order in the 21st Century*. Nueva York, Estados Unidos: Cornell University Press.
- Gert, H., y Wright, C. (Eds). (2009). *From Max Weber Essays in Sociology*. (Primera Edición). Nueva York, EE.UU.: Routledge.

- Gobierno de la República de Guinea Ecuatorial (2014). *La UA celebra el Día Africano de Fronteras*. Recuperado el 14 de noviembre de 2014 de <http://www.guineaecuatorialpress.com/noticia.php?id=5292>.
- Goldman, M. (1965). A balance sheet of soviet foreign aid. *Foreign Affairs* 43(2).
- Gülseven, Y (2005). *Failed state discourse as an instrument of the US foreign policy in the post cold war era* (Tesis de Maestría). Recuperado el 05 de septiembre de 2014 de <http://etd.lib.metu.edu.tr/upload/3/12606726/index.pdf>
- Jones, S. (2005). *The Bush Doctrine A Combination of Unilateralism and Preventive Warfare*. Recuperado el 21 de diciembre de 2013 de: <http://abt.cm/Q4uWhU>
- Hardy, C., Harley, B., y Phillips, N. (2004). Discourse Analysis and Content Analysis Two Solitudes? En Y. Herrera (Presidencia), *Discourse and Content Analysis*. Simposio efectuado en la Universidad de Harvard, Boston, EE.UU.
- Herrera, Y., y Braumoeller, B. (2004). Symposium: Discourse and Content Analysis. En Y. Herrera (Presidencia), *Discourse and Content Analysis*. Simposio efectuado en la Universidad de Harvard, Boston, EE.UU.
- Hopf, T. (2004). Discourse and Content Analysis: Some Fundamental Incompatibilities. En Y. Herrera (Presidencia), *Discourse and Content Analysis*. Simposio efectuado en la Universidad de Harvard, Boston, EE.UU.

- Hughes, R. (2003). *Myths America lives by*. Chicago, Estados Unidos: University of Illinois Press.
- Ignatieff, M. (2003). *Empire Lite: Nation-Building in Bosnia, Kosovo and Afghanistan*. Londres, Reino Unido: Vintage.
- Kant, I. (1983). *Perpetual Peace and Other Essays on Politics, History, and Morals*. Cambridge, Reino Unido: Hackett Publishing Company.
- Kant, I. (2006). *La paz perpetua*. (Traducción F. Rivera). Recuperado el 04 de noviembre de 2014 de <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-paz-perpetua--0/html/>
- Keen, S. (1986). *Faces of the enemy: Reflections of the hostile imagination*. San Francisco, Estados Unidos: Harper & Row.
- Kennedy, J. (1961). *Discurso Inaugural del Presidente John Fitzgerald Kennedy*. Recuperado el 30 de septiembre de 2014 de <http://www.jfklibrary.org/JFK/Historic-Speeches/Multilingual-Inaugural-Address/Multilingual-Inaugural-Address-in-Spanish.aspx>
- Keohane, R., y Nye, J. (2001). *Power and Interdependence*. (Tercera Edición). Nueva York, Estados Unidos: Longman.
- Kerton, N. (2008). Justifying the Use of Force in a Post-9/11 World: Striving for Hierarchy. *International Affairs*, 84(5), 991-1007.
- Laffey, M., y Weldes, J. (2004). Methodological Reflections on Discourse Analysis. En Y. Herrera (Presidencia), *Discourse and Content Analysis*. Simposio efectuado en la Universidad de Harvard, Boston, EE.UU.
- Langford, T. (1999). *Things Fall Apart: State Failure and the Politics of*

- Intervention. *International Studies Review*, 1(1), pp. 59-79.
- Lambach, D. (2004). *The Peryls of Weakness: Failed States and Perceptions of Threat in Europe and Australia*. Recuperado el 20 de noviembre de 2014 de <http://bit.ly/1CsVhKF>
- Lambach, D. (2006). Security, Development and the Australian Security Discourse about Failed States. *Australian Journal of Political Science*, 41(3), 407-418.
- Lappe, F. (1989). *Rediscovering America's Values*. Nueva York, Estados Unidos: Ballantine Books
- Laub, Z. (2014). *The Taliban in Afghanistan*. Recuperado el 05 de febrero de 2015 de <http://on.cfr.org/1b4GwAT>
- Lazar, A., y Lazar, M. (2004). The discourse of the New World Orden outcasting the double face of threat. *Discourse and Societv*, 15, 223-242.
- Lincoln, A. (1863). *El Discurso de Gettysburg*. Recuperado el 30 de septiembre de 2014 de <http://www.libertad.org/el-discurso-de-gettysburg>
- Merskim, D. (2004). The Construction of Arabs as Enemies: Post-September 11 Discourse of George W. Bush. *Mass Communication & Society*, 7(2), 157–175.
- Minnerop, P. (2010). *Rogue States – States Sponsors of Terrorism?* Recuperado el 17 de noviembre de 2014 de <https://www.germanlawjournal.com/article.php?id=188>
- Monroy, S. (2011). *Análisis de la construcción del concepto teórico de estado fallido y su vinculación con la agenda política estadounidense como forma de legitimar la acción política internacional* (Tesis de Grado).

Recuperado el 28 de noviembre de 2014 de

<http://repository.urosario.edu.co/bitstream/handle/10336/2737/1020728071-2012.pdf?sequence=1>

Morgan, L. (2010). State-building in Afghanistan: a case showing the limits?

International Review of the Red Cross, 92(880), 1-25.

Neumann, I. (2008). Discourse Analysis. En Audie Klotz and Deera

Prakesh (Primera Edición). *Qualitative Methods in International Relations: A Pluralist Guide*, 61-77. Nueva York, Estados Unidos: Palgrave Macmillan.

Newman, E. (2007). Weak States, State Failure, and Terrorism. *Terrorism and*

Political Violence, 463-488.

Organización de las Naciones Unidas. (2001a). *Resolución N. °1368*.

Recuperado el 05 de febrero de 2015 de

http://www.cinu.org.mx/multi/ter/documentos/s_res_1368sp.pdf

Organización de las Naciones Unidas. (2001b). *Resolución N. ° 1373*.

Recuperado el 05 de febrero de 2015 de

http://www.cinu.org.mx/multi/ter/documentos/S_res_1373.pdf

Osborn, A. (2001). US has no problem with European force, says Powell. *The*

Guardian. Recuperado el 01 de octubre de 2014 de

<http://www.theguardian.com/world/2001/feb/28/usa.eu>

Patman, R. (2006). Globalisation, the New US Exceptionalism and the War on

Terror. *Third World Quarterly*, 27(6), 963-986.

Patrick, S. (2007a). Failed States and Global Security: Empirical Questions and

Policy Dilemmas. *International Studies Review*. 9(4), 644-662.

- Patrick, S. (2007b). *The U.S. Response to Precarious States: Tentative Progress and Remaining Obstacles to Coherence*. Washington, D.C., Estados Unidos: Center for Global Development.
- Piazza, J. (2008). Incubators of Terror: Do failed and failing states promote transnational terrorism? *International studies Quarterly*, 469-488.
- Reid, J. (2005). The Biopolitics of the War on Terror: A Critique of the 'Return of Imperialism Thesis in International Relations. *Third World Quarterly*, 26(2), 237-252.
- Rehn, F. (2005). *Drawing boundaries: The uses and consequences of orientalist discourses regarding Afghanistan after 2001*. Loughborough, Reino Unido: Loughborough University.
- Resolute Support Mission. (s/f). *History of ISAF*. Recuperado el 19 de marzo de 2015 de <http://www.rs.nato.int/history.html>
- Rice, C. (2000). Campaign 2000: Promoting the National Interest. *Foreign Affairs*, 79(1). Recuperado el 15 de septiembre de 2014 de <http://fam.ag/1z3abVD>
- Rice, C. (2004). *National Security Advisor Dr. Condoleezza Rice Discusses War on Terror*. Recuperado el 11 de septiembre de 2014 de <http://1.usa.gov/15DhvNz>
- Rotberg, R. (2003). *State Failure and State Weakness in a Time of Terror*. Recuperado el 08 de diciembre de 2013 de: http://www.brookings.edu/press/books/chapter_1/statefailureandstateweaknessinatimeofterror.pdf
- Rotberg, R. (2004). *The Failure and Collapse of Nation-States: Breakdown,*

- Prevention, and Repair, 1–51. En Rotberg, R. (Edición) *When States Fail: Causes and Consequences*. Nueva Jersey, Estados Unidos: Princeton University Press
- Said, E. (2003). *Orientalism*. Nueva York, Estados Unidos: Random House
- Shahrani, N. (2002). War, Factionalism, and the State in Afghanistan. *American Anthropologist*, 104(3), 715-722.
- Sidky, H. (2007). War, Changing Patterns of Warfare, State Collapse, and Transnational Violence in Afghanistan: 1978-2001. *Asian Studies*, 41(4), 849-888.
- Simons, A., y Tucker, D. (2007). The Misleading Problem of Failed States: A 'Socio-Geography' of Terrorism in the Post-9/11 Era. *Third World Quarterly*, 28(2), 387-401.
- Smith, R. (2008). Religious Rhetoric and the Ethics of Public Discourse: The Case of George W. Bush. *Political Theory*, 36(2), 272-300.
- Spillman, K., y Spillmann, K. (1997). Some sociobiological and psychological aspects of Images of the Enemy. En Fiebig-von Has y U. Lehmkuhl (Edición), *Enemy images in American history* (43–64). Providence, Nueva York, Estados Unidos: Berghahn
- Steele, B. (2007). Liberal-Idealism: A Constructivist Critique. *International Studies Review*, 9(1), 23-52.
- Stohl, R. (2000). Protecting the Failing States. *Weekly Defence Monitor*, 3(1), 11-18.
- Stohl, R., y Stohl, M. (2001). *The Failed and Failing State and the Bush*

Administration: Paradoxes and Perils. Recuperado el 14 de noviembre de 2014 de http://www.comm.ucsb.edu/faculty/mstohl/failed_states/2001/papers/Stohl.pdf

Tenet, G. (2002). *Converging Dangers in a Post 9/11 World: Testimony of Director of Central Intelligence George J. Tenet before the Senate Select Committee on Intelligence*. Recuperado el 27 de agosto de 2014 de <http://1.usa.gov/1z3avne>

The Fund for Peace. (2015a). *The Indicators*. Recuperado el 15 de enero de 2015 de <http://ffp.statesindex.org/indicators>

The Fund for Peace. (2015b). *The Methodology Behind the Index*. Recuperado el 15 de enero de 2015 de <http://ffp.statesindex.org/methodology>

The Fund for Peace. (2015c). *Afghanistan*. Recuperado el 15 de enero de 2015 de <http://library.fundforpeace.org/afghanistan>

The White House. (2002). *The National Security Strategy of the United States of America*. Recuperado el 15 de septiembre de 2014 de <http://1.usa.gov/JjOICV>

Tocqueville, A. (1911). *La democracia en América*. Madrid, España: Planeta

University of Maryland. (2012). *Annex of Statistical Information: Country Reports on Terrorism 2012*. Maryland, Estados Unidos: University of Maryland

U.S Agency for International Development. (2004). *U.S. Foreign Aid: Meeting the Challenges of the Twenty First Century*. Washington, Estados Unidos: Government Printing Office.

U.S Agency for International Development. (2005). *Fragile States Strategy*.

Recuperado el 15 de noviembre de 2014 de

<http://1.usa.gov/1DbNT55>

van Dijk, T. (1999). El análisis crítico del discurso. *Anthropos*, 186, pp. 23-36.

Waeber, O. (1996). The rise and fall of the inter-paradigm debate. En Smith, S.

et al. (Edición). *International Theory: positivism and*

beyond. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.

Waltz K. (1979). *Theory of International Politics*. Boston, Estados Unidos:

Addison-Wesley

Weinsteiner, R. (2013). *Narrativa Política en el #votojoven*. Recuperado el 15

de diciembre de 2014 de

[http://www.weinsteiner.net/2013/11/narrativa-politica-voto-joven-](http://www.weinsteiner.net/2013/11/narrativa-politica-voto-joven-ruben-weinsteiner-peron-kennedy-churchill-degaulle-lenin.html)

[ruben-weinsteiner-peron-kennedy-churchill-degaulle-lenin.html](http://www.weinsteiner.net/2013/11/narrativa-politica-voto-joven-ruben-weinsteiner-peron-kennedy-churchill-degaulle-lenin.html)

Wendt, A. (1992). Anarchy is what states make of it: the social construction of power politics. *International Organization*, 46(2), 391-425. Re

Wlodarek, L. (2010). George W. Bush's War on Terror from a Political

Discourse Perspective. *Styles of Communication*, 1(2), 140-175.

Wyler, L. (2008). *Weak and Failing States: Evolving Security Threats and U.S.*

Policy. Recuperado el 21 de noviembre de 2014 de

<http://fas.org/sgp/crs/row/RL34253.pdf>

Woodward, S. (2006). *Fragile States: Exploring the Concept*. Recuperado el 07

de diciembre de 2014 de [http://fride.org/publication/97/fragile-states:-](http://fride.org/publication/97/fragile-states:-exploring-the-concept)

[exploring-the-concept](http://fride.org/publication/97/fragile-states:-exploring-the-concept)